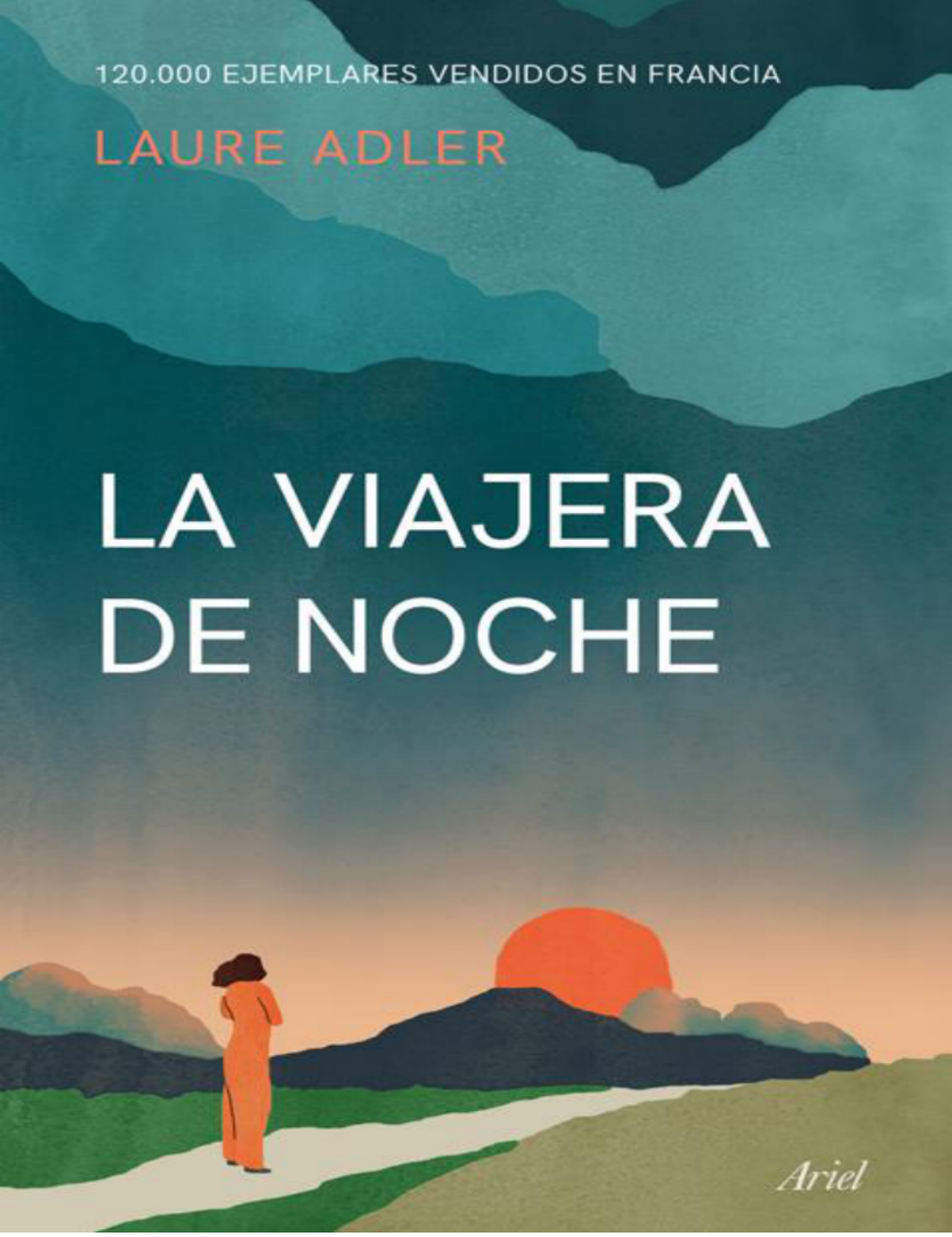
120.000 EJEMPLARES VENDIDOS EN FRANCIA

LAURE ADLER

# LA VIAJERA DE NOCHE



Ariel

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Es la hora de la siesta en un día de pleno verano...
El sentimiento de la edad
La experiencia de la edad
La visión de la edad
A modo de epílogo
Bibliografía
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# Sinopsis

Actualmente cumplir años se ha convertido en una desgracia o, como mínimo, en un proceso que la sociedad rechaza y silencia. Frente a esta realidad, esta hermosa obra nos revela no solo los estereotipos y prejuicios que rodean la edad madura, sino el valor que pueden tener el sentimiento de finitud y la experiencia de lo vivido.

Entremezclando experiencias personales, anécdotas y referencias a autores como Herman Hesse, Annie Ernaux, Elias Canetti, Marguerite Duras, Virginia Woolf, Roland Barthes y un largo etcétera, este libro nos muestra que, si sumar años está visto como una fatalidad, saber envejecer es una posibilidad e incluso un privilegio. No hay duda de que la vejez supone una aceptación, tal vez un desdoblamiento de uno mismo —te ves distinto de lo que has sido —, pero esta aceptación pasa por mantener el deseo de vivir.

*La viajera de noche* no es una guía para envejecer bien, es un grito contra la invisibilidad y el rechazo a los que se exponen los viejos y, sobre todo, las viejas, así como una invitación a oponerse a la exigencia de la sociedad contemporánea de que nos hagamos mayores en silencio y de forma disimulada. Como dijo Simone de Beauvoir: «La vejez es una cuestión de civilización. ¡Continuemos con la batalla!».

# La viajera de noche

Laure Adler

Traducción de Isabel de Miquel

*Ariel*

He aguardado la vejez con impaciencia. Porque puede ser la manera de escapar a lo que los demás esperan de uno.

LARS NORÉN

Es la hora de la siesta en un día de pleno verano. En la casa de vacaciones todos duermen. Subo por el empinado camino entre zarzas que lleva a las rocas desde donde te puedes tirar de cabeza. Delante de mí, un hombre hace *jogging*. Lleva una camiseta sin mangas y un pantalón corto, todo muy ajustado. A pesar del calor, no parece que sufra. En su cuerpo longilíneo se dibujan los músculos con nitidez. Siento envidia y maldigo mi edad, que no me permite ese tipo de placer. En lo alto del camino, el hombre se detiene frente a un coche y abre el maletero. Está de espaldas a mí. Coge una toalla para secarse el sudor de la frente y se da la vuelta. Es un señor de una cierta edad, o de una edad cierta, ya no sabemos cómo denominar a esa frontera invisible, personal, subjetiva y objetiva a un tiempo, a partir de la cual se alcanza... una región en la que ya no es posible hacer trampas, ni con uno mismo ni con los demás. Me siento engañada. ¿Por qué? ¿Acaso los viejos no tienen derecho a parecerse a los jóvenes? ¿Imitan desesperadamente a los jóvenes porque no aceptan su edad? ¿Por qué se niegan en redondo a parecer viejos, desdeñando la verdad de su edad? Pero ¿qué significa la verdad de la edad?

Y yo, ¿qué edad tengo? Setenta años. Pronto llegará la vejez, por más que una parte de mí no quiera pensar en ello. Soy consciente de que tengo una cierta edad, pero todavía no, o eso espero, una edad cierta. Me encuentro en una especie de zona de transición. Las consecuencias de la edad no me han alcanzado de lleno todavía, aunque algunas cicatrices de la vida, físicas y psíquicas, ya no se borrarán. Me tumbo sobre las rocas. ¿Por qué tengo la osadía de pensar que mi cuerpo está más acorde conmigo misma que el de ese hombre que actúa como si tuviera aún treinta años? Me duermo preguntándome qué edad me gustaría tener si me dieran esa posibilidad. Veinte años no, desde luego. Lo hice todo demasiado deprisa, demasiado pronto. A los veinte

años ya era una vieja adulta con responsabilidades de adulta, y vivía con personas mucho mayores que yo. Simulaba ser adulta y no lo lograba. Como dice Paul Nizan: «Todo es amenaza de destrucción para un hombre joven: el amor, las ideas, la pérdida de su familia, la entrada en el mundo de los mayores. Es duro aprender a ocupar tu lugar en el mundo». Para una chica también es complicado ingresar en el mundo a los veinte años, sobre todo si finge desconocer las dificultades y se comporta como si todo fuera bien. Al igual que el autor de *La conspiración*, no dejaré que nadie diga que los veinte son la edad más hermosa de la vida.

Estoy en un tren entre Lyon y Clermont-Ferrand un día de canícula. A la hora de comer entro en el bar, casi desierto en la jornada festiva. Delante de mí hay un hombre. Le suena el móvil. El hombre responde malhumorado y en voz alta, demasiado alta: «Sí, sí, todo va bien. ¿Por qué te preocupas? ¿Me tomas por un viejo gagá o qué?». Su voz se eleva cada vez más, y su letanía, sus reproches, son interminables. Los escasos pasajeros fingen no oír nada. Cuando llega ante la barra, el hombre cuelga por fin y se dirige al camarero: «Era mi hijo. Se cree que soy idiota. Con la excusa de que soy viejo, se preocupa cuando viajo solo». «Debería alegrarse de que se ocupen de usted», le responde el joven, en un tono tan solemne y profundo que su interlocutor se queda con la boca abierta. Tal vez no se le había ocurrido nunca.

¿Quién se ocupa de los viejos en nuestra sociedad? ¿De los viejos verdaderamente viejos? Antes los llamábamos «ancianos», ahora no nos atrevemos. Normalmente son sus hijos quienes se ocupan de ellos. ¿A qué precio? ¿De qué manera? ¿A partir de qué momento tienes que ocuparte de tus propios padres cuando se convierten en niños grandes? Responsabilizarse de ellos se convierte en un modo de vida, una obsesión, un tormento, una búsqueda que te lleva a reevaluar a tu pesar la escala de las edades y tu relación con el tiempo. ¿En qué clase de sociedad vivimos donde la ceguera ante la realidad compite con la mala fe de las instancias políticas que, sin dejar de hacer profesión de fe humanista, nos quieren hacer creer que se ocupan de la cuarta parte de nosotros, cuando de hecho estamos abandonados a nuestra suerte,

con las familias en primera línea?

Vivimos en un país de viejos que será cada vez más viejo, y simulamos que no lo vemos. En los últimos treinta años, la esperanza de vida de los franceses ha aumentado un 30 por ciento, y el 80 por ciento de esos años se viven sin incapacidad notoria. En 2050, habrá cinco millones de mujeres nonagenarias. En 2070, una persona de cada dos tendrá más de sesenta y cinco años y, en 2100, la esperanza media de vida será de noventa y cinco años. No vamos a exponer aquí todas las cifras de los demógrafos, los estadistas y los gerontólogos... pero ¿por qué lo que debería ser un avance demográfico y un salto cualitativo —no me refiero a personas que sufren, sino en buen estado de salud— se vive como una catástrofe colectiva, una pena nacional, una señal de desorientación de nuestra sociedad, que se vería copada y gangrenada a causa de los viejos, por quienes sentimos más temor que veneración, a quienes preferimos esconder antes que escuchar? ¿Por qué? ¿Sentimos vergüenza? ¿Qué parte de nosotros perdemos al aceptar eso en silencio? «El hombre no es una cosa; por consiguiente, no es un objeto que pueda tratarse como un medio, sino que debe ser considerado en todos sus actos como un fin en sí mismo».[1] Esto decía Immanuel Kant hace tres siglos. Al considerar a los viejos como algo de lo que hay que deshacerse, un sobrante, perdemos algo de nuestra humanidad. ¿Y por qué nosotros, en particular, cuando en otros países europeos la vejez es objeto de solicitud, por retomar el vocabulario kantiano, mientras que en Francia los viejos se han convertido en cuerpos molestos y un tema de tan escaso interés, embarazoso incluso, que preferimos esconder la suciedad debajo de la alfombra y no hablar de ella? Vejez, silencio ensordecedor. Vejez, desespero a gritos. Vejez, tema vital, sin embargo, tema principal que nos concierne a todos y a todas, cualquiera que sea nuestra edad. Vejez ciudadana. Vejez, benevolencia. Vejez, don de uno mismo. Vejez, principio eminente del derecho que condiciona nuestra relación con los demás. Todas y todos tenemos el derecho y la capacidad de querer convertirnos en viejas y viejos sin que nos arrojen a las papeleras de la historia posmoderna.

¿Cuántas veces me han dicho, cuando daba a conocer el tema en el transcurso de esta investigación: «Pero ¿no te da miedo?», «¡Qué asunto más triste!», «¿Eres masoquista o qué?», «¿Por qué te

empeñas?», «Nadie quiere oír hablar de eso...»? Sin embargo me lo he pasado bastante bien en mi búsqueda, y lo único que hago —con toda modestia— es retomar el tema que obsesionó a Simone de Beauvoir en el último tramo de su vida. En un libro notable, si bien con una acogida discreta, titulado sencillamente *La vejez*, Beauvoir quiso romper la conspiración del silencio y expresó su inquietud por una sociedad que despreciaba y maltrataba a sus ancianos. Actualmente hay que reconocer que el balance sigue siendo negativo, que la indiferencia gana terreno, que las desigualdades económicas y sociales se acentúan, y que cumplir años se ha convertido en... un defecto, como mínimo, para los más ricos, que tienen medios para combatirlo, en una desgracia y una disminución para la mayoría de nosotros, o en una vida desastrosa para los más frágiles. Esta simbólica puesta en fuera de juego de nuestro futuro resulta inquietante en más de un sentido: en lo político, en lo económico y en lo social, pero también a causa de la definición y la comprensión de lo que significa vivir, estar en el mundo. ¿Seguiremos asistiendo a una deshumanización sistemática de las clases de edad —el número de viejos muy viejos va en aumento— sin presentar resistencia, sin proponer otras soluciones? No lo creo, ya que los cuidadores de ancianos —hombres o mujeres— son numerosos, silenciosos y ejemplares, y así lo han demostrado de forma admirable durante la pandemia. No solo las estructuras familiares resisten todavía de forma notable, sino que las redes asociativas se multiplican y son cada vez más imaginativas y creativas, y también los médicos y los investigadores progresan día a día en el descubrimiento de nuevos medios para cuidar de una población que se ha vuelto invisible.

Siempre somos el viejo o la vieja de alguien. Más nos vale prepararnos.

Estoy nadando en la piscina municipal de mi barrio, en la calle reservada a la braza.

Voy los domingos por la tarde, un momento poco frecuentado por los musculosos hombres tatuados que practican con ostentación el estilo espalda. Una señora de mi edad adelanta sin esfuerzo a un

treintañero. Una, dos, tres veces. Es tan elegante y eficaz en sus movimientos que deduzco que se trata de una antigua campeona. El joven le bloquea el paso justo a mitad del recorrido para obligarla a nadar más despacio. La mujer toma una inspiración, pasa por debajo del hombre y sigue nadando. El hombre le bloquea el paso en el otro extremo de la piscina, se quita las gafas de nadador y le escupe en la cara gritando: «Vete a la mierda, vieja asquerosa, deja de fastidiarnos y de fingir que vales más que nosotros». La mujer sube en silencio la escalerilla de la piscina, coge sus chanclas y desaparece.

Por citar a Victor Hugo, que tan bellamente habló de la vejez, este texto, que más que un libro de ensayo es un cuaderno de notas, un amoroso vagabundeo al país de la literatura y la poesía, una investigación abierta al encanto de los encuentros y al azar de las preguntas en esos lugares «de retiro», recoge las cosas que he visto.[2]

¿He entrado en la vejez? ¿Cómo se entra? ¿Por qué la mayor parte del tiempo no queremos saberlo? ¿Qué señales nos indican que hemos superado una barrera? Cuando conseguimos superar una barrera, como la del océano Atlántico, ¿qué es lo que nos permite seguir nadando sin miedo hacia el mar abierto?

Recuerdo que, siendo yo muy pequeña, mi tía bisabuela vino a casa de mis abuelos, en Auvernia, para celebrar en familia la fiesta del 15 de agosto. Era una solterona, como se decía entonces, vestida de gris, con gruesas medias de lana que formaban arrugas y un olor a violetas algo mustias. Una señal particular: tenía pelos alrededor de la boca. Y como me había traído pasteles, llegó el momento de besarla para darle las gracias. Nunca he hablado del terror que sentí, hasta tal punto hubiera sido indecente decir en voz alta esas cosas sobre las viejas y los viejos.

Mi abuela se quedó viuda muy joven. Desde la muerte de su marido, se convirtió en una vieja. Llevaba eso que se denominaba «vestido de

vieja», que ella misma había comprado en París, en La Belle Jardinière, en el departamento adecuado. La única fantasía que se permitía era una piedra de azabache prendida en el vestido. Se parecía a todas las demás señoras mayores. Así vestidas, no se podía adivinar su edad.

¿Soy de verdad vieja? ¿Y a ojos de quién? A mi entender, depende de los días y de las circunstancias. Es algo fluctuante. Aun así, ¿acaso a ojos de los demás hace mucho que mi suerte está ya echada?

Si hay algo sobre lo que no puedo hacer nada es la edad. Claro que puedo hacer trampas —conozco a personas que se arriesgan a falsificar su carnet de identidad—, puedo mentir o no revelarla. Curiosamente, algunos actores y actrices se niegan a poner su fecha de nacimiento en su currículum, aunque saben que les es imposible olvidarla. ¿Puedes ser joven para los demás y vieja para ti misma? Está la expresión «aparentar la edad que se tiene». Me parece especialmente absurda. Nunca aparentamos la edad que tenemos. Según el día, nos parece que «la aparentamos» o que «no la aparentamos (todavía)». Puedo decirme, efectivamente, que tengo la edad de mi partida de nacimiento, sin por ello ser plenamente consciente o creerlo. De hecho, en mi interior tengo todas las edades, y en mi rostro la que me otorgan los demás. No soy yo quien decide.

Al final de su vida, Marguerite Duras estaba más allá de su edad, lo mismo que está más allá de cualquier categoría literaria. Ella misma decía que era vieja desde los veinte años, que su rostro quedó devastado para siempre en un determinado momento de su vida. Y como ya lo sabía, no sufría por ello. Incluso le sacó partido al elegir amantes mucho más jóvenes que ella, hombres que sentían atracción por las mujeres mayores. Así que nunca se sintió envejecer. Al principio de *El amante*, escribe: «Un día, ya entrada en años, en el vestíbulo de un edificio público, un hombre se me acercó. Se presentó y me dijo: “La conozco desde siempre. Todo el mundo dice que de joven era usted hermosa, y he venido para decirle que la encuentro

más hermosa ahora que en su juventud, su rostro de muchacha me gustaba mucho menos que el de ahora, devastado"».

Ayer, en la tienda de debajo de casa, al ver que un anciano se colaba delante de ella sin pedir permiso, una amiga empieza a rezongar en voz alta y perfectamente inteligible: «Ay, esos viejos, nunca los he podido soportar. Les cogí manía de pequeña y todavía se la tengo». No me atrevo a decirle a mi amiga, de setenta y ocho años —físicamente en buen estado, pero de setenta y ocho años— que hace tiempo que forma parte de esa categoría.

No nos sentimos envejecer. ¿Se trata de un aumento o de una disminución de la vida? ¿Es una sedimentación de experiencias o una serie de golpes contra nuestra vitalidad?

Ignoramos todavía a qué edad empieza la vejez, y probablemente no lo sabremos nunca. Fue Marcel Proust quien nos introdujo en unas coordenadas espacio-temporales que nos hicieron sentir el flujo y reflujo de los latidos de la existencia. Nos condujo al interior de nuestra psique y, gracias a sus palabras, podemos constatar —en ocasiones con deliciosa maldad— cómo envejecen los demás, sin apercibirnos de que nosotros también estamos embarcados en el mismo proceso. Por lo menos a ojos de los demás. No necesariamente en nuestro interior. Cómo saber qué edad aparentamos en una sociedad donde hace cuarenta años que se nos insinúa sin cesar —a través de imágenes, eslóganes e imposiciones— que la juventud no es un modelo, sino EL modelo, que únicamente la juventud es deseable, que solo ella encarna nuestros valores, impulsa nuestros gustos y puede representar nuestras aspiraciones y esperanzas en constante superación de nosotros mismos.

¿Y si algunos jóvenes se hubieran convertido, ya desde los veinte años, en pequeños viejos? ¿Y si nosotros, los viejos, fuéramos también capaces de diseñar nuestro futuro, y no solamente ese futuro restringido que nos preparan? Tenemos el derecho de reivindicar tanto como de esperar. Dejemos de aceptar que nos traten —en ocasiones

desde los cincuenta años— como no-sujetos, como esos productos caducados que los empleados de los supermercados tiran al contenedor de basura al caer la noche.

Pertenezco a una generación que vio a sus propios padres y a la hermana de mi madre acoger, cuidar y proteger a mi abuela materna, quien, desde bastante joven —hace medio siglo tenía sesenta años—, sufría de una grave depresión que le impedía moverse y comunicarse; lo único que hacía era sonreír. Recuerdo sus ojos azulísimos y la tristeza de su sonrisa, sentada en el sillón del salón, de donde no se movía en todo el día.

Hace unos días telefoneé a mi madre para felicitarla por su cumpleaños. No le gustó. De entrada me explicó que se trataba de un no-acontecimiento y, sobre todo, que llegar a los noventa y dos años resultaba obsceno. «Obsceno», fue la palabra que pronunció. Al comprender que yo no entendía la violencia del adjetivo, se corrigió: «Ridículo, si quieres». Como si se excusara de estar en este mundo. Fuera de edad, más allá del límite, fuera de tiempo. «Noventa y dos años es mucho, demasiado tiempo», añadió riendo.

El verano pasado, a media tarde, en la plaza desierta, un hombre muy viejo estaba sentado en un banco delante de la torre del campanario con un niño de ocho o nueve meses sobre las rodillas. En esa ciudad medieval de la Suiza alemana, el ambiente era de fiesta, y en los cafés se bebía y se cantaba. Solo ellos dos conversaban en silencio, mirando el horizonte.

Hay algo peor que un viejo sin ningún signo distintivo: una vieja. Hay algo peor que una vieja, y es un viejo pobre. Hay algo peor que un viejo pobre: una vieja pobre. Actualmente son estas viejas —cada vez más numerosas— las que constituyen la clase más frágil y expuesta. Con sus pensiones minúsculas o inexistentes se convierten en sujetos de no-derecho y, pese al esfuerzo de las organizaciones caritativas, no

alcanzan a vivir en condiciones decentes. También por ellas, por todas las que he conocido en los hospitales públicos o en los centros gerontológicos y que tanto me han dado con su mirada y su esperanza de ser mejor tratadas, he escrito este libro.

# EL SENTIMIENTO DE LA EDAD

¿Desde cuándo eres viejo? Desde mañana.

ELIAS CANETTI,
*El libro contra la muerte*

Vivimos una nueva época en la que cuatro o incluso cinco generaciones pueden estar vivas al mismo tiempo. ¿Significa esto que estamos dotadas de la misma energía y que definimos la vida de la misma manera? Vivir la propia vida ha sido siempre una tarea difícil; vivir la relación con el tiempo que pasa se convierte en un deporte de riesgo. Sin embargo, la publicidad elogia la mezcla de generaciones. Tras las campañas, que duraron años, para que las madres se vistieran como sus hijas, les llegó el turno a las abuelas, que debían rejuvenecer su aspecto a toda costa para no parecer demasiado «abuelitas». Alimentación, deporte, forma de vestirse, de expresarse e incluso de seducir... desde hace un tiempo, ser una septuagenaria *à la page* implica tener una agenda sobrecargada. En las redes sociales se multiplican los sitios de citas entre *seniors* y, si no te das prisa en despachar a tu nuevo amante, significa que te contentas con desempeños mediocres y que no confías en tu atractivo. En algunas residencias de ancianos, los karaokes se multiplican y tienen más éxito que las conferencias sobre san Francisco de Asís. En otras —lamentablemente todavía son pocas— se permite a los pensionistas de ambos sexos moverse con libertad a la hora de la siesta, y nadie entra en sus habitaciones, único lugar donde gozan de intimidad.

Por otra parte, esta semejanza intergeneracional era nefasta tanto para la estima de los viejos como para la de los jóvenes. La homogenización falsa y ficticia de las apariencias y las capacidades nos degrada a todos y elimina nuestra singularidad como individuos, que sin embargo determina nuestra relación con el mundo.

«La riqueza de las almas viejas y de los cuerpos en proceso de decadencia es inmensa, espléndida, sorprendente. Cuanto más me

sumerjo en la vida cotidiana de lo que me queda de vida, más me intereso por los mínimos detalles: rostros, cuerpos, gestos, destinos... Nunca dejamos de descubrirnos. Mi relación con el Tiempo ha cambiado. He entrado en el Tiempo...»

Por desgracia, esa feroz alegría que poseía Dominique Rolin, que contaba ochenta y cuatro años de edad cuando se expresaba así en su libro de entrevistas, *Plaisirs*, no está al alcance de todo el mundo. Hace falta buena salud, fuerza de carácter y un inquebrantable deseo de ser feliz. La felicidad y la plenitud en la vejez se dan en todas las latitudes y en todas las civilizaciones. Envejecer no es una enfermedad, pero el sentimiento de la edad varía en función de criterios psíquicos, físicos y geográficos. Todos lo experimentamos a partir de una edad, que puede variar mucho. Un buen día te sientes o te sentirás viejo o vieja. Puede ser algo pasajero o retornar como una malvada cantinela. A los veintisiete años, Chateaubriand veía que su juventud se alejaba de forma inexorable. Gustave Flaubert se descubrió viejo el día que cumplió treinta y seis años. Le escribió a su amiga Mlle. Leroyer de Chantepie: «... las cosas se han desgastado por sí mismas [...]. Actualmente hago como las cosas. Me deterioro día a día, y la confianza en mí mismo [...], el sentimiento de una fuerza vaga e inmensa que se respira con el aire, todo eso mengua poco a poco». El 29 de diciembre de 1940, con cincuenta y ocho años, Virginia Woolf escribió en su diario: «Detesto la dureza de la vejez. La siento venir. Estoy amargada».

La edad es un sentimiento, no una realidad. Puede aparecer un bonito día al despertarte, o cuando te sobreviene una fatiga inexplicable, o cuando al doblar una esquina ves sin querer tu silueta en el escaparate, más encorvada de lo que imaginabas. También te la puede infligir otra persona. Los niños son los reyes de la crueldad en este ámbito, te relegan al campo de los *has been* sin sentimiento alguno de culpa. Están también los jóvenes bien educados que, creyendo cumplir con un deber cívico, te despachan sin esfuerzo al campo de los débiles a los que hay que proteger. Como ese joven en un autobús repleto de gente que me cedió su asiento, destruyendo así para todo el día mi espontáneo buen humor. Por el contrario, no siento deseos de olvidar una mañana que caminaba por la calle y, al pasar junto a una obra,

me saludó el silbido alegre de los obreros. Es cierto que me veían de espaldas y que no me volví, pero me sentí tontamente revitalizada durante todo el día.

La prueba del espejo siempre es decisiva. Así y todo, hay que tener el valor, no de mirarse, sino de verse. ¿Cuántos fantasmas de rostros superponemos al que tenemos delante? Hace unos meses, en los lavabos de una estación de servicio donde me lavaba las manos, vi a alguien delante de mí. Una frente arrugada en los dos extremos, unas líneas marcadas en el lado derecho de la boca, unas gafas grandes que ocultaban el contorno de los ojos. Me dije que tenía algunos puntos en común con esa persona. Al darme la vuelta, me di cuenta de que veía a la otra en la que me había convertido en el espejo. Me había equivocado de gafas y veía borroso.

¿Envejecer no será aceptar que lo vemos todo un poco borroso, como si una bruma bastante ligera ocultara una pizca del mundo real?

En la película *Adiós al lenguaje*, diario de a bordo de un hombre al que la realidad se le escapa cada vez más, canto a la libertad que nos otorga la edad de saltarnos todas las convenciones, rabioso poema contra cualquier tipo de renuncia, grito de amor a la pintura, Jean-Luc Godard suelta amarras para inventar justamente un nuevo lenguaje. Y como viático, esta frase de Claude Monet en el momento en que pierde la vista tras pintar sus *Nenúfares*: «No pintar lo que uno ve, puesto que no ve nada, sino pintar lo que no ve».

¿Envejecer será acaso esa sensación de que sigues en el mundo real, pero de manera menos acerada, más deslavazada, tener que pensar cuando antes todo te resultaba evidente? ¿Envejecer será divorciarte del mundo? Al ver menos claro, se modifica el equilibrio entre el mundo y yo. ¿Cómo mantener abierta y batiente esa puerta que lleva a la vejez? No hay que negarla. No hay que acostumbrarse a ella.

«No me daba cuenta de lo mucho que había cambiado. Por fin comprendía lo que era la vejez. Entre todas las realidades, la vejez es seguramente la que durante más tiempo vemos como algo abstracto en nuestra vida [...] hasta el día en que el nieto de una amiga —un hombre joven al que, instintivamente, tratamos como a un camarada — sonríe como si nos burláramos de él, porque nos ve como si fuéramos su abuelo.»

En su obra *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust nos hace notar que conocer nuestra edad participa de un tipo de emoción, es un trabajo, voluntario o involuntario. No estamos inmersos en nuestra edad de una forma evidente. A menudo te la recuerdan. O te la echan en cara, o te la señalan. O bien la comprendes de golpe, como el narrador de *En busca del tiempo perdido*, que comprende que ya no es un hombre joven, aunque instintivamente «se sienta» joven.

No es el número de años lo que nos define. No es el acta de nacimiento la que fabrica nuestra identidad. No es la experiencia ni el recuerdo de lo vivido o acumulado lo que construye nuestra relación con el mundo. Por más que nos sepamos viejos —cuando lo somos—, eso no significa que nos sintamos tales. No siempre, por lo menos. De jóvenes, podíamos sentirnos viejos. Y de viejos podemos, de vez en cuando, sentirnos jóvenes, jovencísimos. No podemos confundir el hecho de ser viejos —una realidad objetiva que nadie puede negar— con la percepción que tenemos de ello. En este sentido existe, a mi entender, lo que denomino «sentimiento de la edad». Nadie se reduce a la edad que tiene. Es posible incluso tener varias edades a lo largo de un mismo día. Por más que la sociedad te envíe continuas señales de alerta que te recuerdan tu edad, en tu fuero interno puedes escapar, y es lo que haces casi siempre, para vivir lo que el presente te propone.

Puedes tomarte «la revancha» en el momento de la vejez. Las obligaciones conscientes o semiconscientes desaparecen progresivamente, permitiendo que la imaginación tome la delantera. Cada vez tienes más confianza en ti misma. Esa sensación de no tener edad te da alas, ya no has de rendir cuentas a nadie salvo a ti misma. Tienes la impresión de desafiar el ciclo de la vida, de tu vida.

«Cuarenta años es la vejez de la juventud, pero cincuenta años es la juventud de la vejez» (Victor Hugo).

Thérèse Clerc, fundadora de la casa de las mujeres de Montreuil y más tarde de la de las babayagas, residencia de mujeres mayores basada en la solidaridad, la ecología y la autogestión, y creadora de la universidad de todos los saberes sobre la vejez, nació a su «verdadera» vida cuando llegó a su edad madura. Se libró de todas las imposiciones sociales: vida conyugal, apariencias sociales, estereotipos de comportamiento... Vivió abiertamente su homosexualidad, se convirtió en ardiente feminista y, a raíz de la enfermedad de su madre, decidió tener una vejez feliz. En 2014, dos años antes de morir, cuando yo empezaba mi investigación, me confió lo siguiente: «Nosotras, las viejas, somos la vanguardia ilustrada. El viejo mundo está detrás, y nosotras corremos al encuentro del nuevo mundo. Corremos con nuestras viejas piernas, que no son tan rápidas pero sí eficientes, y lo esencial es que la cabeza siga siendo eficiente. Hay que crear, inventar, salir de las convenciones, de las ideas prefabricadas. Considero que mi vida es absolutamente apasionante, porque a mi edad soy como una vieja potranca que se ha escapado del establo y galopa a través de prados que no hemos pisoteado todavía. Los hombres tienen más tendencia a aferrarse al pasado, un pasado que se les antoja prestigioso, pero que a mí me parece una piltrafa. Lo conseguiremos, somos las sembradoras del futuro, estamos aquí para alumbrar otra sociedad».

Marguerite Duras nunca se preocupó de su edad, sintió hasta muy tarde la intensidad del deseo, deseo sexual, deseo de vivir hasta la última gota el cáliz que es la vida. No significa que no se acuerde del tiempo de ayer, el del esplendor de la juventud, el de la belleza. Sin nostalgia. Es su secreto: «Pienso en esa imagen que solo he visto yo y que nunca he mencionado. Sigue ahí, silenciosa, hermosísima. De entre todas las imágenes mías que me gustan, en esta me reconozco, esta me encanta». A causa de su don de bruja —sabía encontrar en la tierra los lugares donde brotaban las fuentes— consideraba que su

adversario era el tiempo, no la edad. No le importaba la muerte física; en cuanto a la interrupción de la escritura, temía lo peor: «Cuando ya no escribes tienes que internarte en un bosque que nunca se cierre, porque aquí es el bosque el que se cierra, y te atrapa». Escribió hasta su último aliento, regresó de la muerte en varias ocasiones y desarrolló un conocimiento de los confines, una lucidez venenosa, unos celos feroces de los vivos, ella que ya no lo era, con la fuerza de una edad prehistórica: «Fuera. No me atraparéis. No estoy aquí. Para nadie. Ni para mí siquiera».

Envejecer, «envejecer bien», ¿consistirá en no huir del Tiempo?

*Si hemos de llorar cuando salen los payasos,*
*si tropezamos cuando tocan los músicos,*
*el Tiempo se limitará a decir: ya te lo dije.*

*Nadie adivina el porvenir y, sin embargo,*
*porque te quiero más de lo que puedo expresar,*
*ah, yo te lo diría si tan solo pudiera.*

*De alguna parte vienen los vientos cuando soplan,*
*las hojas se secan por alguna razón.*
*El Tiempo se limitará a decir: ya te lo dije.*

*Tal vez la rosa desee de verdad abrirse,*
*y la visión quiera de verdad permanecer.*
*Ah, yo te lo diría si tan solo pudiera.*

*Supongamos que los leones se levantan y se van,*
*y que los riachuelos y los soldados salen huyendo.*
*El Tiempo se limitará a decir: ¿ya te lo dije?*
*Ah, yo te lo diría si tan solo pudiera.*

W. H. AUDEN

Empecé a envejecer el día que cumplí cincuenta años. Fue una sensación muy intensa. Aquel día comprendí el significado de «menos»: en adelante tendría menos días por vivir, menos energía, menos deseo, menos vitalidad. Ha empezado el descuento. El reloj interno se ha modificado. Sin embargo, no había dejado nada al azar:

elegí el paisaje que me gustaba, puse el reloj en la hora de mi nacimiento, leí el libro que releo desde hace decenios, paseé por un bosque de cipreses, por la tarde llegaron mis amigos, y un corte de luz eléctrica nos llevó a improvisar endiablados temas de rock frente a los faros de los coches, en el exterior, con una radio crepitante y bajo un cielo estrellado. Nada me hizo efecto. Tenía un gusto amargo en la boca y la impresión de que mi vida de antes había sido insulsa. Como si hubiera desaprovechado lo que me había sido dado. En realidad, calculaba el tiempo que me quedaba y me concedía un cuarto de siglo. Hoy me estoy acercando. Una mujer que nazca hoy tiene todas las posibilidades de llegar a centenaria. ¿Debería darme yo también un poco más de tiempo?

¿Somos los directores de la película que rodamos sin cesar? ¿Vivimos una colección de momentos mal ensamblados? ¿Contamos, como antes, con la continuidad de nuestras percepciones? Al llegar a una edad avanzada, la escritora Dominique Rolin alude a su verdadera memoria, que se aleja para dar paso a otra que marca el tiempo de diferente manera y que progresivamente la acostumbra a la idea de su propia desaparición, sencillamente inevitable, y por lo tanto impensable. «Un río caudaloso me lleva y, a pesar de que me rebelo, me dejo arrastrar por la gracia de los nombres con una suerte de alegre pasión. Conservo mi Amor, glorias y tormentos entremezclados. Me torno bella.»

A Nathalie Sarraute le parecía increíble llegar sin problemas a la ancianidad. Ella, que tan bien supo expresarse de jovencita en *Tropismos*, su primer libro, evocando esos movimientos indefinibles en los límites de nuestra conciencia, supo atravesar todas las fases de la vejez con lucidez, introspección y humor. Vivió la llegada de la vejez como una bendición y esperó a tener ochenta y tres años para escribir *Infancia*, un libro espléndido, donde hace visible lo invisible, donde despeja a base de palabras el palacio mental que era para ella, de pequeña, el aprendizaje del mundo. La vejez permite el regreso desnudo casi hasta el nacimiento. «¿En serio que lo vas a hacer? ¿Evocar tus recuerdos de infancia? [...] Cómo te molestan esas palabras, no te gustan, pero reconoce que son las únicas adecuadas. Quieres evocar tus recuerdos [...], no le des más vueltas, es eso.»

Recuerdo una ocasión en que fui a verla a su apartamento y me propuso que la acompañara al café de enfrente, donde solía escribir. Nathalie caminaba a pequeños pasos. Era toda una aventura cruzar por el paso de peatones. Al otro lado de la calle, una señora la observaba con una mezcla de admiración y socarronería. Cuando Nathalie llegó al otro lado, la señora se puso a aplaudir ruidosamente. Nathalie gruñó: «¿Por qué se mete? ¿Por quién me ha tomado esa señora? Envejecer es seguir haciendo lo que hacías antes sin dar la impresión de que has perdido facultades. En mi interior sigo teniendo dieciocho años. ¿Cuántos años piensa que tengo? ¿Sabe lo que le respondió la princesa Metternich a alguien que se sorprendía de que siguiera teniendo amoríos a los ochenta años? “Solo tengo veinte años. ¿En nombre de qué me quiere usted privar del amor?”».

Se mantiene erguida, muy tiesa sobre el escenario de madera, vestida con una túnica ocre y un pantalón ancho. Sobre su cabeza, las estrellas, que ella observa largamente antes de esbozar sus primeros gestos. Mueve la nuca despacio, despliega su columna vertebral, avanza hacia el círculo de luz y, con sus enormes ojos, que el cráneo rasurado pone de relieve, nos mira como si dijera: ya veis, a mi edad sigo siendo capaz, y empieza a bailar. Se llama Germaine. Cuando era pequeña, su abuela, una sacerdotisa yoruba, le dijo que poseía un don. Desde entonces, Germaine Acogny está mundialmente considerada como inventora de la danza africana contemporánea, y ha fundado la École des Sables para transmitir sus técnicas, que son también modos de vida. Esta mujer, a la que en su país, Senegal, llaman «la mamma», se ríe de los años que pasan y los considera ventajas que le permiten más creatividad y más audacia. Su cuerpo, añade, le responde mejor, más profundamente. Cuanto más envejece, más recupera lo que ella denomina «el cuerpo olvidado», los latidos del corazón, los pies desnudos sobre la tierra, un ritmo interno que data tal vez de la primera infancia. Germaine se compara con su árbol preferido, la ceiba, cuyas raíces, profundamente hundidas en el suelo, son imposibles de arrancar. Cuando trabajaba en Francia, se negó a interrumpir su carrera de bailarina y recibir su pensión de jubilada a la edad legal para su profesión: cuarenta años. «En mi país los viejos siguen bailando hasta el último día.» Famosa a una edad avanzada,

Germaine ahonda cada vez más en su propia genealogía. «Soy la madre de mi padre», dice mientras representa bailando, como en trance, la obligada conversión de su padre al catolicismo. A medida que cumple años, Germaine se reafirma en su voluntad de romper con esa visión occidental de la vejez que con tanto humor combate sobre el escenario. Montaigne consideraba la vejez la edad de la «verdadera vida», porque contiene la certeza de la finitud, y añadía que la vejez nos disminuye día a día; nos come tanto que la muerte, cuando llega, se lleva solamente la mitad o un cuarto de persona. Germaine, a quien su abuela enseñó que envejecer era una distinción y morir un rito de paso, afirma que al envejecer podemos ver de otra forma el vínculo entre cuerpo y pensamiento, siempre que asumamos un cierto grado de «desapego».

Tener la edad que se tiene es un derecho que no tiene edad. Incluso cuando alcanzamos lo que se denomina, por comodidad, una edad avanzada. Habréis reparado en que esa expresión se oye cada vez menos; más bien decimos la tercera o la cuarta edad, y pronto diremos quinta edad para hablar de las personas de más de cien años, que será una edad normal, como cualquier otra. El lenguaje se ha modificado, las expresiones se han dulcificado. Ya no decimos los viejos, sino los *seniors*, hablamos de territorio *silver*, de economía *silver*, de *silver life* para referirnos a esta población que cada vez está más en forma, con unas finanzas cada vez más sólidas, y es cada vez más numerosa, hasta el punto de que amenaza con invertir la pirámide poblacional. Las mujeres de pelo blanco y los hombres de sienes plateadas amenazan nuestro modo de vida, inmovilizan su capital, no ceden su sitio, se muestran exigentes y arrogantes hasta el último suspiro. Todos contra los viejos. El envejecimiento de la población es un fenómeno crucial de nuestra civilización, y avanza con una rapidez que nos llevará al abismo, proclama desde hace años Emmanuel Todd desde sus conocimientos de demógrafo. Es angustioso, dice. Un cataclismo. Asistimos a una inmigración salvaje de viejos, afirma, llegando a una conclusión más que discutible. Entonces ¿cómo nos deshacemos de nuestros viejos? ¡Según él, somos una amenaza para la curva demográfica! Ser viejo es pertenecer a una misma comunidad sin necesidad de que te señalen, lo que equivale a decir que te

estigmatizan. Al igual que no te pueden definir ni por tu lengua ni por tu origen ni por tu clase social, no deberían categorizarte —incluso podríamos decir reducirte— según tu edad. Ser humano significa vivir como si no fueras uno más, explica Emmanuel Lévinas, es saber que eres tú quien apoya a los demás, que eres responsable. ¿Es necesario que nos recuerden que tenemos un deber de solidaridad hacia nuestros mayores? Antes de la Segunda Guerra Mundial, esta pregunta no se planteaba nunca o casi nunca: las familias se quedaban con sus ancianos progenitores y se las arreglaban como podían, aunque es verdad que en el campo, el abuelo cedía a menudo su patrimonio al hijo que lo acogía. Hoy en día, la urbanización, la falta de espacio de las viviendas, la fragmentación y la dispersión de las familias obligan a los hijos a colocar a sus padres en lugares aparte que reciben el desgraciado nombre de residencias de ancianos. Así pues, todos los viejos juntos y apartados. Y lo más lejos posible del centro de las ciudades. Con la máxima invisibilidad, lo más lejos posible de la comunidad de los vivos. Y sin embargo, cada uno de nosotros depende de los demás. Los jóvenes encarnan el futuro; los viejos, el pasado. Y no se sienten separados, como pretende hacernos creer un discurso cada vez más vociferante. No hay por un lado una humanidad esencial, positiva y representativa, y por el otro una humanidad debilitada, una infrahumanidad.

Hemos pasado de una sociedad de transmisión a una sociedad de consumo. Hoy en día, lo que denominamos «saber» no tiene mucho sentido. Se considera que los viejos ya no tienen nada que comunicar a las jóvenes generaciones. De ahí la sensación de que son perecederos, desempleados de sí mismos, reducidos no a lo que son ni a lo que fueron, sino a una sola y única categoría: la clase de la edad.

Alcanzar una edad como quien alcanza una estatura. Es algo a lo que llegamos sin darnos cuenta. Si tienes la fortuna de no sufrir problemas de salud, durante años no te preocupas. El ritmo de la vida con sus rituales se repite siempre igual y nos lleva a creer en la inmovilidad del tiempo. Tenemos la sensación de que el tiempo está fijo, aunque sabemos que fluye a través de nosotros y para nosotros. Como cuando

estás en un tren parado en la estación y el de la vía paralela se pone en marcha, y te parece que eres tú quien se mueve. Quiero pensar en mi edad, pero diversas edades cohabitan a un tiempo: soy una niña cuando me pongo a cuatro patas para jugar al Lego con mi nieto; soy adolescente cuando en la radio suena un tema de Johnny Hallyday y me entran ganas de bailar; sigo siendo estudiante cuando me instalo durante horas en una biblioteca consultando bibliografías en busca de archivos inéditos; aún se me acelera el corazón cuando se enciende la luz roja en el estudio, incluso tras cuarenta años haciendo directos; sigo sintiendo la pena de no haber vuelto a empezar mi primer año de Medicina después del suspenso, tanto me atormenta todavía el deseo de ser psiquiatra. Lo lamento más hoy que hace treinta años. Esa parte idealizada de mí misma que no he sabido llevar a cabo se expande con la vejez. No es tanto un pesar como la certeza, ay, de que nunca más podré intentar esa aventura, el dolor sordo de haber dejado pasar la ocasión.

Hay situaciones que te recuerdan tu edad sin grandes aspavientos. Como cuando a los cincuenta y tres años me vi en el paro. Acudía todas las semanas a la oficina de empleo de Hauts-de-Seine para fichar y, una vez al mes, una mujer joven me recibía en su minúsculo despacho, que me recordaba a un confesionario, para hacer balance de mi situación. Simpatizamos desde el primer momento. Era una mujer viva, positiva, pragmática y avispada, y se conocía al dedillo la legislación de los desempleados. Un buen día me vino a buscar a la cola con una sonrisa en los labios, cerró la puerta de su despacho y me dijo en tono triunfal: «Tengo una buena noticia». Sacó una serie de gráficos y de listados de mis trabajos. «Como ha trabajado usted sin interrupción desde los dieciocho años, puede retirarse con la pensión completa desde la semana próxima.» Para su inmensa sorpresa, rompí a llorar casi sin darme cuenta. Sentía pena por partida doble: la jubilación como una suerte de eterno desempleo. El mercado laboral me arrojaba al vertedero. Tenía la sensación de haber pasado definitivamente a ser inútil. Mi historia es muy habitual. La mayoría de los cincuentones en paro no vuelven a encontrar empleo, y suerte tendrán si pueden jubilarse. Sin embargo, busqué un empleo. No me bastó con atravesar la calle. Cuando conseguí uno, me sentí reparada,

hasta tal punto mi generación se ha construido —sin duda en exceso— para y por el trabajo.

Tiene ochenta años y no los aparenta. Acaba de abrir la puerta de su casa, al fondo del jardín, sobre un meandro del río Oise. Sin maquillar, con la larga melena suelta y unos pantalones vaqueros, parece una adolescente, hasta tal punto la animan la energía, la sinceridad y el deseo de expresarse con total precisión cuando abordamos el tema sobre el que ha escrito textos conmovedores. Mientras prepara la tisana y corta unas hojas de la verbena que tiene sobre la repisa de cemento de su cocina, suspira: «De todas formas, no podemos escapar». Luego cambia de opinión: «Bueno, sí, envejeciendo antes que los demás. Yo era vieja a los veintiún años. Incluso de niña me sentía más vieja que los demás. Tenía la sensación de que las demás niñas del colegio religioso donde estudié eran más infantiles, más ligeras. Yo carecía de ligereza. A los quince años me parecía que tenía una experiencia de la vida mucho más amplia que los demás. Tardé en comprender que, debido al oficio de mis padres, con quienes vivía, sabía cosas acerca del sexo y de la miseria que a mi edad no hubiera debido conocer. A consecuencia de este desfase, me sentía vieja». En *Los armarios vacíos*, y más tarde en *La vergüenza*, Annie Ernaux evocó sus años de infancia y adolescencia en la tienda de comestibles de Yvetot, ese otro mundo al que no pertenece, ese desfase permanente que experimenta con respecto a lo que viven sus amigos, ese peso de lo vivido que le aporta edad a ella, a quien se le ha negado la inocencia. «La experiencia que me hizo envejecer aún más fue mi aborto. Abortar envejece a todas las mujeres. Yo era joven, y las chicas de mi entorno no habían pasado por esta prueba. Yo sabía.» En *La ocupación*, Annie Ernaux explicó magistralmente ese saber del sufrimiento. De golpe, todo su cuerpo se volvió viejo: «Aunque era muy joven, sin darme cuenta a partir de entonces empecé a vestirme como una señora, me hice un moño, tenía el aspecto de una persona respetable...». Así pues, vieja muy joven, tanto interior como exteriormente. Aparentemente todo concuerda para avanzar en edad, hasta el momento en que, cuando ya no es joven, recupera su cuerpo, sus deseos, su poder de seducción, su alegría de vivir: «Puedes sentirte muy joven de golpe. Me ha ocurrido varias veces, la primera cuando

me separé de mi marido, la segunda cuando me sometí a una operación que me permitió dejar de cojear y poder caminar sobre dos piernas iguales, la última cuando tuve amantes más jóvenes que yo y comprendí que todavía era atractiva. Apartaba de mí la vejez, pero sin ser consciente de ello. Cuando, a los sesenta y dos años, supe que tenía cáncer de mama fue cuando me dije, de forma puramente objetiva: "No voy a llegar a vieja". Antes no lo esperaba, no pensaba en el tema. De repente deseé con todas mis fuerzas llegar a vieja. En el tren, cuando volvía de la quimio, miraba con envidia a las mujeres mayores que yo y pensaba: "Yo no tendré esa suerte". En aquel entonces mi hijo esperaba el nacimiento de su primer hijo, y yo estaba impaciente por ser abuela. Pero, en contra de lo esperado, y como estuve bien cuidada, volví a ponerme en marcha. He tenido la suerte de llegar a vieja».

La tarde de invierno llega a su fin. Antes de que caiga la noche, Annie Ernaux me cuenta la tristeza que sintió por su gata, a la que vio morir de vieja... Me muestra los grandes abetos que hay delante de su biblioteca. Los más viejos, me dice, pierden con los años las ramas más bajas. Lo mismo que nosotros. No hay que entristecerse: «Mi piel, mi cuerpo... caen, mis pechos bajan. Es una especie de caída. Es una ley de la naturaleza que no me perturba. En mi caso, este sentimiento de la vejez vino acompañado de una pérdida del deseo. Ya no tenía ganas de vivir aventuras con los hombres, a decir verdad ya no tenía ganas de sufrir. Eso se puede combatir, claro. ¿Hacerme un *lifting*? Había pensado en ello, como todo el mundo, me decidí y, entonces, como si se tratara de una broma, una psoriasis gigantesca me lo impidió. Desde entonces decidí no luchar más».

Le digo que no aparenta la edad que tiene. Annie Ernaux no está de acuerdo. Cree que *sí* que la tiene y la aparenta, que no puede trabajar en el jardín como antes, ni caminar durante días enteros, ni dormir toda la noche sin despertarse varias veces, lo que hace que por la mañana se sienta confusa y tenga ganas de echar una siestecita después de comer. Luego se ríe y dice que no quiere soltar una retahíla de lamentaciones. Ha hecho con su vida lo que ha podido, no lamenta nada, su vida puede acabarse, se siente colmada: «Lo importante es el sentimiento de existir. Tengo otra existencia además de mi existencia. La edad no cambia eso».

En cuanto a ella, acaba de cumplir sesenta años. Vive en París, en el sexto piso de un edificio, con su marido André, un científico de altos vuelos que ha decidido abandonar su actividad porque se sabía ya demasiado viejo para ejercer su profesión a pleno rendimiento. Ella no ha podido elegir: como todos los funcionarios, se ha visto obligada a retirarse al alcanzar la edad de jubilación, y de repente tiene tiempo, demasiado tiempo, un tiempo ilimitado que se le pega al cuerpo y le produce angustia. Para no aburrirse sale a la calle, y ahí, en el espacio público, ve viejos, muchos viejos que antes no veía: viejos poco cordiales, desaseados, amargados, algo agresivos. Y empieza a tener miedo de parecerse pronto a ellos. Desde un punto de vista administrativo, está en la misma categoría que ellos. De hecho, ya no sabe bien quién es, ni con su hijo, que la decepciona, ni con su marido, que según ella envejece muy deprisa. Desde su jubilación se siente prisionera en su apartamento, y cree que su angustia disminuirá si sale al mundo exterior. De modo que sale: abre la puerta del primer bar que encuentra, bebe alcohol, va a otro. Sus recuerdos afloran a la superficie: se ve a sí misma en un tiempo anterior. Antes, cuando era profesora, la repetición anual de los rituales, sobre todo el de la vuelta a clase, le daban la falsa sensación de estar fuera del tiempo. Estaba fuera del tiempo y, de golpe, se ha visto arrojada dentro: «En el océano del tiempo yo era una roca azotada por olas siempre nuevas, una roca que no se movía, que no se gastaba. Y de repente me arrastra la corriente, y me arrastrará hasta que me precipite en la muerte. Mi vida se precipita de forma trágica. Sin embargo, con qué lentitud se escurre en este momento, hora a hora, minuto a minuto. Es preciso esperar a que el azúcar se disuelva, a que el recuerdo se borre, a que la herida cicatrice, a que el sol se ponga, a que se disipe el aburrimiento. Es extraño el corte entre estos dos ritmos. Mis días se escapan veloces, y cada uno de ellos me parece interminable». En *La edad de la discreción*, Simone de Beauvoir explica maravillosamente cómo el desmoronamiento psíquico nos puede proporcionar el sentimiento de envejecer interiormente. De la protagonista del libro se dice que está «bien conservada» —¡menuda expresión!— y, sin embargo, se encuentra socialmente fuera de uso. «La vejez existe, y no es agradable decir que estamos acabados», le dice a su esposo, quien la aconseja que no mire al futuro y viva el día a día, que no se haga

daño pensando en la muerte. A pesar de sus consejos, ella no sigue ese camino... El marido ha encontrado la solución para proyectarse en el futuro: aprender cosas que todavía no conoce, únicamente por el deseo de aprender. Pero a la protagonista de Simone de Beauvoir no le interesa el futuro, ni siquiera el presente. Se ve envejecer, se queda atrapada en ese sentimiento, no puede imaginar otro horizonte que la decrepitud. Paradójicamente, su misma impaciencia por vivir, esa exigencia de vivir al máximo le impide aceptar esa lenta metamorfosis. ¿Cómo no quedar triturada por la rueda del tiempo? Practicando la lenta aceptación de un destino que podemos transformar en libertad interior, viviendo en un aprendizaje filosófico. Así lo hace François Mauriac, que anota en su diario: «No me siento alejado de nada ni de nadie. De aquí en adelante, vivir me bastará como ocupación. La sangre que afluye todavía a mi mano posada en la rodilla, este mar que siento agitarse en mi interior, este flujo y este reflujo que no son eternos, el mundo tan cerca de su fin requiere una atención a todos los instantes antes del último instante: la vejez es eso». Mauriac se siente feliz de seguir vivo. Felicidad de la vejez. Júbilo incluso, por la profunda necesidad de comprender su presencia para el mundo y en el mundo. Aprobación de uno mismo a uno mismo en esta percepción de la sobreabundancia de experiencias y de sensaciones que otorgan los años vividos. Eso conlleva una cierta lentitud, un acostumbrarse a verse envejecer, un consentimiento que excluye que la edad te caiga encima de golpe, igual que un rayo en una noche tormentosa. Es lo que le ocurre al señor Monde —vaya un nombre—, el personaje inventado por Simenon en su novela *La huida*: el sentimiento de la vejez le cae encima de golpe la mañana que cumple cuarenta y ocho años. Le invade una extraña melancolía, una sensación de desvanecimiento, una fatiga inconmensurable que le impide introducirse de forma mecánica en el flujo del tiempo como solía hacer. Ya no está ahí. Ni para sí mismo, ni para los demás, además de que todos —su mujer, su hijo, su hija, sus empleados— se han olvidado de que era su cumpleaños. De modo que el señor Monde parte a la aventura, va a parar a Marsella, a la habitación de un hotel del puerto viejo, y acaba acostándose sobre la arena junto al mar. «Lo que brotaba por sus ojos desde lo más profundo de su ser era todo el cansancio acumulado durante cuarenta y ocho años, pero eran lágrimas de alivio porque la prueba ya había terminado.» El genio de

Simenon explica de forma existencial la manera en que un ser humano puede sentirse viejo, aunque no lo sea. Lo más difícil, para todos nosotros, no es tanto tener que envejecer —ningún ser vivo escapa a eso, pese a todos los pequeños trucos que nos proponen para no aparentarlo—, sino situarnos voluntariamente en la categoría de los que ya son viejos.

¿Podemos escapar a la edad y a la vejez? Sin saberlo, albergamos infinidad de edades en nuestro interior, prisioneros como somos del estatus que nos atribuyen desde el exterior. Somos infinitamente jóvenes y viejos a un tiempo, infinitamente finitos, disminuidos por la falta de creencia en nuestras posibilidades.

Al sentirse envejecer, él mismo decide dejarlo todo: poder, riqueza, responsabilidades. Para dos de sus hijas ha sido siempre un lunático, y temen que la vejez no haga más que aumentar sus incoherencias, sus caprichos. Después de que la primera lo eche de casa tras pedirle que sea sensato —como es viejo, debería ser venerable—, sigue adelante como un vagabundo. Busca entonces refugio en casa de la segunda hija, que también lo rechaza: «Señor, sois viejo. En vos, la naturaleza se encuentra en un estrecho reborde, a merced del menor movimiento. Sería preferible que os dejarais gobernar, que os sometierais a la guía de personas que ven mejor que vos el punto en el que estáis». Lear suplica a Regania que lo acoja en su casa. Se arrodilla ante ella y se excusa... de ser viejo:

> Hija mía, te confieso que no sirvo para nada.
> Tengo vergüenza de mis años, no debería estar vivo.

Solo el loco podrá calmar a Lear del dolor de seguir siendo humano. Lear no es solamente un viejo, también es un moribundo. Y solo la tercera hija, Cordelia, será capaz de hacérselo entender. Ella lo sacará de la tumba. Al reconocerlo, le permite reconocerse tal como es:

> Soy un pobre viejo idiota que ha amado demasiado.
> Ochenta años, tal vez más, seguramente no menos.
> Para ser sincero, tengo miedo de haber perdido

la cabeza.

Cuando Cordelia muere, Lear sube su cadáver a escena. Cordelia es la muerte, dice Freud. Cordelia le da permiso a Lear para elegir la muerte, para familiarizarse con la idea de morir.

Lear muere con Cordelia en brazos, después de vivir lo peor, con la sensación de que ha usurpado la vida, su vida. Lear nos es muy próximo. Lear nos habla al oído. Lear, nuestro contemporáneo, nos enseña a encajar con esa nada que somos, a trabajar para intensificar esa toma de conciencia que nos señala cómo llegar a nuestro yo profundo, para quien el fin de la vejez supone también el final de los engaños y las vilezas.

¿Es la vejez un camino de sabiduría? Son numerosos los textos que desde la Antigüedad dan fe de esta creencia, que sigue hoy vigente en sociedades donde el saber y la experiencia conservan su aura de credibilidad y de legitimidad. En la mayoría de las sociedades tradicionales del Sudeste Asiático y del África negra, los ancianos, más valorados puesto que son más escasos, reciben numerosas muestras de distinción y de consideración al convertirse en intérpretes del mundo sobrenatural. Envejecer es una suerte, un beneficio para uno mismo, pero también para toda la sociedad, que lo aprovechará. Las personas de edad avanzada conservan o adquieren un estatus social más alto que el que tenían en otras edades de la vida, y conservan o adquieren el poder de controlar y gestionar los recursos tanto materiales como inmateriales. Son las que poseen el conocimiento de los rituales, de las genealogías, de las alianzas. Son temidas y admiradas. En las sociedades de cazadores-recolectores de los aborígenes australianos, solo los viejos pueden casarse con varias mujeres, aunque ya no sean cazadores y no puedan correr. Los jóvenes deben esperar a cumplir treinta años para casarse, y aun así tendrán la obligación de cazar para su suegro. Se vincula la calidad del desempeño a la ecuación saber-poder. Así, la edad es un privilegio, porque las personas viejas dominan los rituales de los que depende el futuro de los jóvenes.

Este equilibrio entre la edad y el saber se ha roto en nuestras sociedades europeas. Envejecer se vive casi siempre como una alteración que trae consigo un sentimiento de devaluación. En lugar

de ser un proceso evolutivo, la vejez se ha convertido en un fenómeno degenerativo, y de ahí ese sentimiento de recelo y de indiferencia, incluso de agresividad, que se transmite y se repite desde hace decenas de años. Afortunadamente, hay quienes se rebelan y lanzan sus alertas en este continente gris donde se los quiere arrinconar para no tener que oírlos.

El descubrimiento de la vejez también puede ser una puerta a nuevas capacidades que desconocíamos. La vejez como atrevimiento. La vejez como puesta en cuestión. Así, en su nota final a sus *Cien vistas del monte Fuji*, Katsushika Hokusai explica que ha hecho infinidad de dibujos, pero que no estuvo satisfecho con ellos hasta los setenta años: «A los setenta y tres comprendí la verdadera naturaleza de los pájaros, los peces, las plantas... A los ochenta años habré progresado mucho, habré llegado al significado profundo de las cosas; a los cien habré alcanzado un estado superior, indefinible, y a los ciento diez, cada punto, cada línea, poseerá vida propia». Lo mismo que el pianista Sviatoslav Richter, quien, en sus últimos años, después de muchísimas interpretaciones, seguía soñando con una gira de un concierto cada dos días, aunque fuera en una pequeña iglesia, anunciado por el guardia municipal, o en un aula de la escuela pública de un pueblecito cualquiera. Sin olvidar al pintor y grabador Pierre Soulages, quien, indiferente al guirigay en torno a su centenario, sigue pintando a diario con el mismo placer y sin renunciar a sus experimentos para hacer salir el color negro de la oscuridad. La vejez como un compromiso con uno mismo de no apartarse de lo que se intenta ser. Mantenerse despierto aun sin el brillo de la existencia, no desilusionarse, resistir pese a las dificultades y no quejarse jamás. Son muchas las personas que practican como una segunda naturaleza el arte de vivir con discreción, sin hacer ruido. Esto requiere ciertamente sentido del humor, una salud de hierro, valor y capacidad de ver las cosas con cierta distancia. Ver la vejez no como un destino trágico ni como un adormecimiento generalizado, sino como un arte de vivir.

Me recibe en su apartamento, donde los libros dialogan con los cuadros en todas las estancias. La atmósfera es silenciosa y serena en esta tarde de invierno. La observo. Hace tiempo que la conozco —decenas de años— y cada vez que la veo me asombra su aire travieso

de chiquilla. Sus ojos ríen. Tiene el aspecto de una adolescente encorsetada y bien educada: el cuerpo erguido; la compostura impecable; el rostro, un óvalo perfecto. A la pregunta «¿Te sientes vieja?», responde inmediatamente: «Tengo diecisiete años». Mona Ozouf, que tan bellamente ha explicado en el libro *Composición francesa* su educación bretona a cargo de una madre que enviudó muy joven y de una abuela temerosa de las convenciones sociales y del qué dirán, se acuerda perfectamente de la liberación que supuso su inscripción en un curso preparatorio en Rennes, su marcha del domicilio familiar, la felicidad de hacer lo que quería cuando quería, sin que nadie le preguntara. Con los años, Mona ve cada vez más claro que su abuela —seguramente con buena intención— fue quien impidió a su madre seguir su carrera y la enterró bajo un manto de tristeza. En cambio Mona, tal vez como reacción, siempre ha querido ser feliz: «Detesto la desgracia. Tuve un proyecto en mi vida, amar a un hombre, leer libros, vivir leyendo. La edad de la felicidad fueron los diecisiete años, luego la treintena. Tuve la vida que había soñado: vivir con un hombre al que amaba y en el que tenía total confianza, compartir con él las mismas pasiones». Trabajarán juntos, escribirán libros entre los dos, militarán juntos, harán periodismo juntos... Para mi generación fueron una pareja modélica de intelectuales comprometidos. Desde la desaparición de Jacques Ozouf, un gran historiador, un profesor alabado por sus alumnos —entre quienes me encuentro— que luchó como un león contra las consecuencias de un ictus, Mona vive sola. Aunque sufre una grave enfermedad ocular, no se queja. Sigue viviendo como si tuviera diecisiete años, consciente de los riesgos que corre sin pretender en realidad evaluarlos: «Viajo demasiado, respondo a las invitaciones, tropiezo en la calle o no veo algunos letreros. En una estación, me subí con la maleta a las escaleras mecánicas en el sentido opuesto. Tuve suerte, porque solamente me fisuré dos costillas. Habría podido ser peor. Ya no puedo correr detrás de un autobús, y pienso que, vaya, no iré más a Venecia. No me siento envejecer, sino que la existencia se está atrofiando. El mundo se está despoblando. La semana pasada fui al cementerio de Père-Lachaise. Vi a personas a las que hacía mucho tiempo que no veía y las encontré desmejoradas, supongo que ellas harían la misma reflexión sobre mí. Tenía la impresión de estar físicamente en *El tiempo recobrado*, de Marcel Proust. He perdido a mis amigos de toda la vida, con quienes

podía llorar de risa con las bromas más trilladas; gracias a Dios tengo unas cuantas amigas un poco más jóvenes que yo». Mona procura no encerrarse en la soledad y mantiene relación con el mundo exterior, a veces incluso se obliga a ello. Las tardes de invierno, cuando preferiría quedarse en casa, sale a pasear por la ciudad y acepta invitaciones: «No quiero que digan de mí: ya está, ya no sale de su casa, se acabó». Las palabras de Mona me hacen pensar en esa página de *El tiempo recobrado* donde el narrador, al mirar a los otros, comprende por fin que también él viaja a bordo de la misma nave del tiempo: «A partir de las metamorfosis que habían sufrido esas personas, yo, que desde mi infancia he vivido al día y que he tenido siempre una impresión de durabilidad de mí mismo y de los demás, me di cuenta finalmente de que para ellos había pasado el tiempo, y me conmocionó comprender que también había pasado para mí. Y aunque su vejez en sí misma me era indiferente, me resultaba desoladora como advertencia de que la mía se acercaba». Mona, sin embargo, le encuentra ventajas a la vejez: «La edad permite, por retomar una expresión de Flaubert, un cierto aligeramiento de la existencia. Qué placer. Hemos ordenado más o menos las cosas y sabemos distinguir lo esencial de lo accesorio. Ya no malgastamos nuestra vida en detalles. Después de los golpes recibidos por la vida, he aprendido que no hay que perder el tiempo con las pequeñas irritaciones de la existencia. La vejez te muestra a ti mismo, te permite comprender quién eres, le repite George Sand a Gustave Flaubert, que no parece convencido. Yo sí estoy convencida. Los capirotazos de la existencia te sacan de ese sentimiento de disminución que se apodera de repente de ti. Lo desagradable no es tanto que te encuentres fea en el espejo, sino que no te reconozcas. Es preciso tener un proyecto, nos permite confiar en que no todo está perdido. En definitiva, la vejez complica la vida física y material, pero simplifica la vida moral».

Al día siguiente, Mona me envía por correo electrónico varias definiciones. Un auténtico catálogo al estilo de Jacques Prévert a partir de esa maldita pérdida que con tanto empeño se asocia a la vejez: «Perdemos pelo, perdemos la paciencia, perdemos el norte, perdemos confianza, perdemos el trabajo, perdemos la partida, perdemos a nuestros seres queridos, perdemos nuestra alma, perdemos las gafas (el bolso, los guantes, el paraguas), perdemos la razón, perdemos el habla, perdemos de vista el mundo exterior, perdemos

nuestro rastro y, al final, lo hemos perdido todo».

Sí, pero ganamos mucho más que lo que perdemos: ganamos el desapego, una cierta serenidad, un jubiloso qué-más-me-da, la felicidad de los pequeños momentos —el gusto del té, un claro azul en el cielo gris de noviembre, una canción en la radio—, sabemos que de todas formas seguimos aquí en el flujo de la vida, a veces más vivos en la mirada de los demás que para nosotros mismos en nuestro soliloquio interior, donde en ocasiones tenemos la impresión de no estar del todo vivos. Como si el sentimiento de la vida se fuera desvaneciendo en una especie de confortable bruma, dejas de ser uno contigo mismo, te vuelves menos impaciente, menos glotón, lo notas y es desagradable, pero tienes la certeza —algo que no habías pensado ni de joven ni de adulto— de seguir vivo por debajo de todo eso. Seguir preguntándote qué te hace vivir es consustancial al ser humano. Envejecer es también no olvidar que dentro de ti respira la juventud, a la que el tiempo no ha tocado. Incluso cuando eres viejo, tus alegrías son jóvenes, al igual que tus sufrimientos. La vejez no es el precio que pagas por los momentos de felicidad vividos. No es una taquilla donde mostrar tus documentos. No es una inmovilidad, sino un movimiento perpetuo, un viaje peligroso pero festivo donde sueltas amarras. Es seguir siendo tú mismo en una suerte de inocencia reivindicada.

La vejez es una construcción social. El hecho de que todavía hoy se tenga menos consideración por las mujeres, pese al avance de algunos derechos, ¿nos permite afirmar que ser vieja es más difícil que ser viejo? Por desgracia, todos los datos lo evidencian: para empezar, la anciana da tanto miedo hoy como en tiempos pasados. En la comarca del Rosellón, el Martes de Carnaval se quemaba en la plaza pública un monigote que representaba a una vieja con siete pies (por las siete semanas de Cuaresma). En Italia, el cuarto domingo de Cuaresma se celebraba la fiesta que llamaban «aserradura de la vieja»: consistía en simular que se cortaba a una mujer en dos para a continuación arrojarla al fuego. La última ejecución tuvo lugar en Padua en 1747. En todas partes y en todas las civilizaciones se considera que la anciana es portadora de maleficios y sortilegios. En la Antigüedad, las mujeres que llegaban a viejas eran desprovistas de todo poder, igual

que los esclavos, y no podían formar parte de ningún consejo, al contrario que los hombres viejos, para quienes la edad constituía un privilegio. Ellas, sin embargo, estaban fuera de juego. Se casaban muy jóvenes —desde los doce años en la antigua Roma— y ya no se las veía en la ciudad ni participaban de la vida de los hombres. En algunas civilizaciones africanas, esta falta de participación en la vida política se explica por el miedo que inspiran, unido a su poder de dar a luz. Cuando una mujer es mayor, está en la menopausia, de modo que *a priori* se la debería considerar menos peligrosa. Pero ocurre lo contrario: la mujer menopáusica acumula calor en su cuerpo porque ya no pierde sangre, y ese calor crea tal desorden que a menudo se la acusa de brujería, sobre todo cuando no está tutelada por un marido o un hermano. Se la considera sospechosa de sentir envidia porque ya no puede tener hijos, y todavía más sospechosa si sigue manteniendo relaciones sexuales, a las que en principio debería renunciar, puesto que al hacer el amor podría hacer enfermar al hombre que ha elegido e incluso provocarle la muerte. Hace veinte años, en su libro *Masculino/femenino: el pensamiento de la diferencia*, Françoise Héritier hablaba de las ancianas que eran expulsadas de sus aldeas y abandonadas en la sabana para que murieran, sobre todo en Burkina Faso. Semejantes prácticas perduran hoy en día, y algunas ONG y asociaciones religiosas intentan ayudar a esas ancianas. En ámbitos tradicionalistas de la India, la viuda se considera aún responsable de la muerte de su marido y se la expulsa. Para que no la mutilen o la maten, huye y se refugia en lugares de acogida cerca de los templos, donde sobrevive miserablemente a cambio de rezos y cantos a la divinidad. Brujas, locas, las mujeres de edad avanzada quiebran el orden simbólico de la sociedad. Son raras las civilizaciones que las respetan, como sucede entre los kikuyu, donde se considera a la anciana una «resucitada de los ancestros», «llena de inteligencia», que interviene en los asuntos del poblado. Entre los wolof y los serer, en Senegal, la anciana madre del rey era venerada por el pueblo. En general, en el África negra son las mujeres de edad las que escogen al marido de su hija y a la esposa de su hijo. Esta consideración hacia las viejas, así como el poder que se les atribuye, se deben a que, al envejecer, pierden su feminidad y son cada vez más similares... al hombre.

«¿Qué vale más? ¿Una efímera flor fresca en un jardín o una eterna flor seca en un herbolario?» (Vladimir Jankélévitch).

¿Se dice que las viejas son hermosas? Sí, pero de forma peyorativa. Más bien se dice de una vieja que se las da de guapa: miradla, lleva ropa ajustada, colores chillones, tacones, tiene el pelo largo y teñido. En el fondo inspira lástima. Aunque tuvo su momento de gloria, es verdad que ya no se habla tanto del fenómeno de la *cougar*, la mujer que se permite escoger amantes más jóvenes que ella para conservar su fluido vital. Actualmente tiene que llevar a cabo sus travesuras a escondidas. En el siglo XIX, una mujer de treinta años ya se había realizado, o bien había visto arruinadas todas sus esperanzas. Balzac la inmortalizó en el personaje de Julie, la mal casada —en este texto Balzac escribe que el matrimonio es una prostitución legal— que se da cuenta de que es rehén y esclava de las normas sociales. Julie se rebela porque todavía es joven y no quiere envejecer como esas mujeres que ve en los salones, ese rebaño de patéticas damas de rostros tan arrugados que pronto no les quedará más remedio que vivir recluidas, escondidas, del miedo que causan: «El rostro de una anciana ya no pertenece ni al mundo que, desde su frivolidad, se espanta de ver la destrucción de todas las ideas de elegancia a las que está acostumbrado, ni a los artistas vulgares que no descubren nada en él, sino a los poetas». Para Balzac, solo el poeta es capaz de descifrar y comprender la belleza de los viejos. Los demás la rehúyen. Entonces, desaparecer es la única salida: «¿Qué es lo que no se perdona a los viejos cuando desaparecen como sombras y no quieren ser más que un recuerdo?». El autor de *La comedia humana* considera que hay cuatro edades en la vida de una mujer, y que en cada edad se crea una mujer nueva. Pero esto se acaba a los cuarenta y cinco años, a partir de aquí ya no hay nada, ya no existe. Hay que decir que la mortalidad de la época le daba la razón, y el propio Balzac murió a los cincuenta y un años. ¿De dónde viene entonces la avidez y la energía con la que George Sand vivió el último tercio de su existencia? Nunca escondió que la vejez era para ella un periodo de realización, la edad en la que se podía hacer por fin lo que se quería. A Flaubert le escribió: «Pronto entrarás en la edad más feliz de tu vida, la vejez». Los amigos de

George Sand elogiaban lo que denominaban «sus apartamientos». Siguió coleccionando amantes durante mucho tiempo, siempre tenía alguno a su disposición, por si acaso, nunca dejó de afirmar su independencia y su libertad, sin dejar de reivindicar la satisfacción de sus deseos físicos. A su parecer, la práctica de la pasión es una norma de vida. Si el cuerpo quiere, el espíritu puede seguirlo. Sand se rebela contra «la prédica de ese misionero calvo y de barba blanca al que llamamos Tiempo». No es que se prive del placer, pero practica lo que hoy llamaríamos la escucha de su propio cuerpo. Y llega un momento en que el cuerpo ya no reclama su parte. Sand toma nota, pero no se alarma, sino que considera que supone para ella la entrada en una segunda inocencia. Son pocas las mujeres que, tras haber superado un cierto «umbral», se atreven a hablar de su sexualidad. Al igual que George Sand, la escritora Benoîte Groult practicaba el arte del amor físico como panacea para no sentirse envejecer. El amor físico es bastante más eficaz —y agradable— que cualquier *lifting*.

En *Journal d'Irlande*, publicado después de su muerte, Benoîte nos explica cómo, durante sus vacaciones, abandona a su marido Paul para reunirse con su amante Kurt, quien le repite todo el día que la ama y se lo demuestra. No como Paul, que en lugar de acariciarla le habla de sus estados de ánimo. Kurt, en cambio, arranca a la primera y la desea varias veces al día: hace treinta y cinco años que dura. Hasta el punto de que Benoîte concluye: «Es mi mujer. Y es una mujer lo que necesito: dulce, entregada, capaz de retirarse cuando es necesario. Con el plus milagroso de convertirse en hombre por la noche». ¿Fue el amor lo que le permitió no caer por el precipicio? ¿Es así como habla de la vejez? Benoîte no se ve vieja, no se imagina vieja. Los demás sí que lo son: «Paul es un viejo prematuro, Kurt lo es de forma tardía. En cuanto a mí, aparte de mis arrugas no siento ningún síntoma de vejez». Tuvo que esperar a los setenta y nueve años para sentir su cuerpo más pesado, para cansarse, para que sus deseos se embotaran: «He entrado en un nuevo país. He atravesado una frontera, aunque sigo vagabundeando en la verdadera vida, sin preocupaciones». Por desgracia, Benoîte se precipitará más rápidamente de lo que imaginaba en la inconsciencia de la senilidad y, en nombre de la libertad de su madre, su hija Blandine de Caunes explicará en *La mère morte* su trágico final.

¿Ha acabado definitivamente la época de vilipendiar a las

mujeres de edad madura que reivindican su deseo? Jane Fonda dice que esperó a tener ochenta años para «cerrar la tienda». Anteriormente había tenido tanta necesidad de sexo como de amistad, y asegura que a los setenta años descubrió el éxtasis amoroso con su nuevo marido. En su novela *La femme coquelicot*, Noëlle Châtelet nos presenta a una viuda de setenta años que, para su estupefacción, se enamora de un hombre de su edad al que conoce en un café. Esta mujer, a la que sus propios hijos habían categorizado como señora mayor, y que no se imaginaba con una vida sexual, cambia poco a poco su percepción del mundo. El deseo de este hombre tan tierno despierta el suyo propio. Gracias al respeto que el hombre le muestra, ella puede convertirse, por primera vez en su vida, en sujeto y objeto del deseo. Ella, que estaba cerrada, se convierte en hendida, y por esta hendidura se derrama por fin la pasión. Ella, que era invisible, vive desde entonces a plena luz; ella, que estaba relegada, se convierte en «plena, entregada, tomada por asalto».

De hecho, la lentitud y la ternura son las dos reivindicaciones que con más insistencia aparecen en las encuestas sobre este tema todavía tabú. *Slow sex*. En Japón —el país más longevo del mundo—, el erotismo para ancianos constituye un jugoso negocio. Uno de los maestros eróticos de esta nueva práctica se llama Shigeo Tokuda. Tiene ochenta años y es el actor porno más viejo del mundo. Sus más de 350 vídeos son un éxito imparable desde que, tras jubilarse como guía turístico, comprendió que podía hacer de sus encantos —calvo, de baja estatura, con un aire de señor normal y corriente— un auténtico negocio. En Japón, más de treinta millones de personas tienen más de sesenta y cinco años. El mercado del porno está en plena expansión. Entendámonos bien. El señor Tokuda se queda con su traje chaqueta y consigue que las mujeres lleguen al éxtasis lamiéndoles los dedos o besándoles los pies. También en Japón hace tiempo que hay muñecas robot que imitan el amor. Un ordenador en su cabeza permite programar la aplicación deseada. Estas muñecas se envían por internet a viudas que se sienten solas, y en algunas residencias de ancianos se ponen a disposición de los pensionistas. En Corea, unos hologramas sexis con faldita mini y voz cristalina cuidan de sus propietarios y los arropan en la cama por la noche haciéndoles sofisticados arrumacos. En Estados Unidos descubrimos otra especialidad erótico-maníaca en los vídeos especializados en el sexo

MILF, como *Moms I'd like to fuck* (Mamás a las que me gustaría follar), para señoras de edad muy excitadas que piden más, más rápido, más fuerte, más a menudo. Si tenemos en cuenta los datos demográficos, el mercado del sexo para mayores tiene un futuro prometedor en todo el mundo: los hombres viven menos que las mujeres. En las residencias de ancianos de Francia hay actualmente dos hombres por cada ocho mujeres, y por lo general son las mujeres las que cortejan a los escasos pretendientes, ante la reprobación de algunos miembros del personal, que se muestran escandalizados y reprimen a los residentes, hasta el punto de que la propia ministra de Sanidad estableció en el verano de 2018 una hoja de ruta en la que detallaba la estrategia nacional de salud sexual para las personas de edad avanzada y precisaba que las residencias de ancianos eran lugares para vivir, y que el amor no estaba prohibido. En Francia estamos muy atrasados todavía en cuanto al reconocimiento de este tema, que sigue siendo tabú. Cuando se entrevista, como he hecho yo, a decenas de mujeres de más de sesenta años y se aborda este tema, una aplastante mayoría confiesa: «Desde que soy vieja, por lo menos me he librado de esta carga». El *leitmotiv* de una nueva etapa de la vida libre del «deber conyugal», sin tener que pasar por la taquilla del sexo, se une a las reflexiones y a los estudios realizados por las últimas generaciones de feministas que denuncian con razón el orden patriarcal ancestral al que seguimos sometiéndonos las mujeres. No puede ser que deseemos envejecer cuanto antes para librarnos de esta sociedad que rechaza la necesidad de consentimiento. En su hermoso libro, que lleva por título *Automnes* y como subtítulo «Cuanto más envejezco, más dispuesta a vivir me siento», Christine Jordis se hace eco de las conversaciones con amigas suyas que, al envejecer, concentran sus esfuerzos en lo que es visible —el rostro y el aspecto general— y cada vez prestan menos atención al cuerpo. Si bien algunas mujeres consideran que envejecer no implica poner fin a su vida amorosa, otras, que vivieron la seducción y la necesidad de gustar como una esclavitud, abordan esta etapa de la vida como un insospechado espacio de libertad. La invisibilidad que otorga la edad les permite entrar en un mundo nuevo, libre de la dominación masculina y del cuidado personal. Este nuevo «misticismo de la edad» va acompañado de la lectura de los grandes maestros del budismo, de la posibilidad de revitalizarse contemplando paisajes o la intensa felicidad de la música. La vejez, en fin, como un

renacimiento.

En 2007 nació en Suiza una nueva profesión: la de asistente sexual. Es una profesión reconocida y reglamentada como servicio a la persona. Estos asistentes —hombres y mujeres—, que ejercen paralelamente otra profesión, ayudan a las personas ancianas a recuperar su sexualidad. En las residencias de ancianos de Dinamarca, los residentes tienen a su disposición vídeos porno, y todas las habitaciones pueden colgar el letrero de NO MOLESTAR. Hace años que en Quebec se puso en práctica con gran éxito la opción de «habitaciones para la intimidad». En Francia, las publicaciones médicas en revistas especializadas y las encuestas sobre este tema, en otro tiempo tabú, señalan un cambio de perspectiva, aunque por desgracia no se perciba todavía en las instituciones.

¿Alcanza la sensación de la edad antes a los hombres que a las mujeres? A menudo, los hombres se sienten menos viejos de lo que son, aunque tienden a encontrar a sus compañeras más viejas que ellos. Por eso algunos cambian de compañera, como si fuera una ley natural. Que un hombre de cabellos grises salga con una guapa mujer que podría tener la edad de su hija no despierta recelos. No ocurriría lo mismo con una mujer madura que saliera con un hombre joven. Al envejecer, los hombres suelen preocuparse por la merma de sus capacidades sexuales. La literatura está repleta de ejemplos. *La casa de las bellas durmientes*, de Kawabata, nos ofrece un espejo perfecto: un solitario albergue donde solo los ancianos pueden entrar para descansar y dormir junto a jóvenes vírgenes con las que no tienen derecho a hacer el amor. Igual que los vampiros chupan la sangre de sus víctimas, los ancianos se nutren de la belleza de esas jóvenes. De todas formas, ya no serían capaces de tratarlas como ellas desearían. En la persecución de sus placeres perdidos, tumbarse junto a esas jóvenes artificialmente dormidas constituye un premio de consolación. De madrugada, tras pagar lo que deben, se marchan acunados por los sueños que han forjado durante la noche. La búsqueda obscena de la virginidad para ayudar a las erecciones cada vez más dificultosas de estos señores es una de las fantasías más trilladas. El exhibicionismo y

el voyerismo son las pobres pitanzas de aquellos que buscan a toda costa alejar a la Parca. La edad no es la que tienes, sino la que sientes. Es lo que creen todos a pies juntillas, tan ebrios están de su virilidad triunfante y placentera. No se puede hacer otra cosa: así lo cree David Kepesh, profesor de literatura, quien pese a sus setenta años no puede evitar representar el papel de seductor. Y no siente culpabilidad alguna. ¿Es culpa suya si todavía le importa la dimensión carnal de la comedia humana? En su novela *El animal moribundo*, Philip Roth describe los estados de ánimo de este seductor impenitente que no se decide a envejecer con sensatez, fumando su pipa en la mecedora delante del televisor. Esto no le va, en realidad. De modo que aprovecha las ventajas de su posición de profesor: invita a sus alumnas a fiestas, un inmejorable terreno de caza para sus conquistas. No importa que esas jóvenes tengan un tercio de su edad, asegura. Él está convencido de que si esas jóvenes salen con él, no es a pesar de su edad, sino gracias a ella. Sí, les gusta que sea mayor. En ocasiones, el profesor las juzga demasiado inexpertas en cabriolas y no puede evitar darles clases particulares. Las jóvenes casi nunca se muestran a su altura. De modo que el septuagenario continúa con su caza desenfrenada. «Es posible que la gente siga escandalizándose al ver que no queremos acompasarnos al viejo péndulo de la vida. Ya entiendo que no puedo contar con la mirada virtuosa de los demás adultos. Pero ¿qué puedo hacer realmente si, que yo sepa, ninguna, absolutamente ninguna faceta del hombre queda suspendida, sea cual sea su edad?»

«Siempre hay que añadir un renacer al nacer incompletable» (Pascal Quignard).

Quignard cita a Séneca, autor del magistral tratado *De la brevedad de la vida*, que diferencia entre vivir su vida y existir. Un viejo auténtico es el que ha vivido su vida, en tanto que otros se limitan a verla pasar. ¿Es la vida un viaje interrumpido, y tan rápido que podemos distraernos y pasarla por alto?

> Trabaja tu impulso y reduce tu equipaje. [...]
> Incluso en el momento de la muerte concéntrate en tu salto.

Coge impulso.
Tú en la nada.

La edad es un sentimiento que te puede hacer enloquecer. En 2018, un ciudadano holandés de setenta años presentó una denuncia contra el Estado porque no encontraba trabajo. Se siente como si tuviera cuarenta y nueve años, y no setenta, y es víctima de discriminación a causa de su edad objetiva. Con toda lógica, pues, demanda una reparación al Estado.

Esta mañana he visto en el escaparate de una óptica la fotografía en blanco y negro de una mujer muy guapa y muy mayor con el nuevo modelo de su colección de primavera. ¡Qué buena idea! Al bajar al metro descubro una nueva campaña de carteles para una marca de agua mineral. Por lo general, los que proclaman la pureza del agua son bebés mofletudos. Hoy es una mujer, digamos que... de cierta edad, muy guapa, de aspecto relajado, el blanco cabello recogido en una trenza que le cae sobre un hombro, sin maquillar, vestida con una camiseta blanca sobre la que hay impresa la imagen de un bebé. Nos mira sonriente. ¿Cuál es el eslogan? *Live young*. Le va perfecto. Otra publicidad, esta vez para una compañía de seguros, a toda página en un importante diario: una señora de cabellos plateados y sonrisa maliciosa que dice: «Me encanta que me pregunten mi edad». ¡A mí también! ¿Y si la edad se convirtiera en un asunto aspiracional?

¿Aprendemos a envejecer? No lo creo, pero experimentamos en nuestro interior una extraña dialéctica. Por una parte, todo te empuja a renunciar, a dejar de hacer ruido, a ceder; pero, por otra parte, te dices que no tienes por qué abandonar el campo de juego, y puedes llegar incluso a convencerte de que la acumulación de años equivale a experiencia, a perspectiva. Entonces vuelves a la carga, igual que el caballero de Ariosto,[1] que salió a combatir sin recordar que había muerto.

¿Qué edad tendrán los amigos que se fueron cuando nos los encontremos en el paraíso?, se pregunta François Mauriac. Es una pregunta curiosa, dirigida también a los no creyentes. Ver partir a las amigas y los amigos es la primera sensación de edad que tenemos. Y no porque los seres queridos que se marchan sean viejos, sino precisamente porque son escandalosamente jóvenes. Entonces ¿por qué ellas y no yo? Los primeros duelos te amargan la vida. Al sentimiento de dolor se suma el de la incomprensión. Y el sentimiento natural, evidente, impalpable, de la plenitud de la existencia queda maltrecho para siempre. Al desaparecer, mis amigas se llevaron consigo emociones, confidencias, sensaciones y secretos que formaban parte de mí misma. Así pues, envejecer es perder a tus amigos. Yo no he sabido acostumbrarme al aumento —inevitable— de las desapariciones. Tengo una amiga que siente la necesidad moral de acudir al entierro de todas y cada una de las personas que ha conocido. Yo hago lo contrario. Si no son personas muy cercanas, decido no ir. Sin sentirme culpable. Saber envejecer es también no dejarse atrapar por esa cita a comparecer en cada desaparición. Evidentemente, no se trata de negarla, sino de alejarla pensando en la pujanza de tu vida. La «vida viva», por retomar la expresión de Pascal Quignard, es por definición dispersa, impulsiva, va en todas direcciones. Vive en la inmanencia, no calcula, se lanza.

«No es viejo, todavía odia la muerte: no será nunca viejo, la odiará siempre» (Elias Canetti, *El libro contra la muerte*).

Ve detenerse los relojes de la plaza de su pueblo, un coche fúnebre se bambolea antes de arrojar sobre la acera un féretro del que se escapa un brazo que implora ayuda. Así comienza la jornada de este médico jubilado que tiene que ir a festejar su retiro al pueblo donde ha ejercido tanto tiempo como médico. Atormentado por este sueño, en compañía de su nuera, que espera un bebé de su hijo, que no quiere descendencia, el hombre coge su coche para ir a visitar a su madre, una anciana egoísta y gruñona de noventa y cinco años que se queja irónicamente de su soledad y del desinterés que inspira a sus hijos y a sus nietos: «Es evidente que tengo un defecto, y es que no me muero».

En su película *Fresas salvajes*, Bergman hace trizas la idea misma de la edad. La anciana es la más joven, la más cáustica, la que está más en el mundo. «Un auténtico cohete», dice acerca de ella el hijo, el más joven, el treintañero, también médico, que es y se siente muy viejo y que, para justificar su negativa a tener hijos, le espeta a su mujer: «¿Es que no ves que estoy muerto, aunque viva?».

¿Quienes han decidido luchar contra la muerte envejecen más tarde que los demás? Es lo que afirma Jankélévitch, que hace como que él no piensa nunca en la muerte y nos anima a hacer lo mismo, como si nos diera una buena receta. Para él, envejecer es vivir la irreversibilidad del devenir.

¿Cómo mantener abierta esa puerta necesaria que lleva a la vejez sin hundirse en la nostalgia y conservar el gusto por el futuro? Desde hace un tiempo hago lo que sé hacer todavía. ¿Por cuánto tiempo? Primero me aseguro de saber. ¿Me sobrecarga esta continua inspección de mis capacidades?

En su libro *La liebre de Patagonia*, Claude Lanzmann escribe: «En mis muchos años de vida, nunca he pensado en disociarme del presente, en decir por ejemplo “en mis tiempos”. Mis tiempos son los que vivo, y aunque el mundo me guste cada vez menos (y con razón) es totalmente el mío. No estoy retirado ni en retirada, no sé lo que es envejecer, y esta juventud es sobre todo garante de la del mundo». Esta generación, por desgracia a punto de desaparecer, no tiene intención alguna de cambiar sus actividades, modificar su vida cotidiana o prestar atención a su edad, que no considera un dato que haya que tener en cuenta. Fingen, siguen adelante no por negación de la realidad, sino por instinto de supervivencia: «La peor muerte para una persona es perder aquello que conforma el centro de su existencia y hace de ella lo que realmente es. *Retiro* es la palabra más repugnante del idioma. Ya elijamos hacerlo o nos veamos obligados a ello, retirarse y abandonar las ocupaciones que nos hacen ser lo que somos equivale a enviarnos a la tumba», escribe Hemingway. Tenemos poco

tiempo, nos repite la sociedad. Cuanto más avanza el reloj, más probabilidades tenemos de aceptar, es decir, de anticipar o practicar la negación, como hizo Ionesco: «No, yo no soy como ellos, no soy ellos. Pese a todos mis malestares, me siento y me veo más joven que ellos». ¿Quién es viejo? Hoy te consideran un *has been* a los cincuenta años, y en caso de regulación de empleo en la empresa en forma de «salidas voluntarias», te señalan y te invitan a ser uno de los primeros en salir, explicándote que te has convertido en un «peso». Y puesto que la edad es un factor de discriminación, volver a encontrar trabajo se convierte en un viacrucis psicológico y un desafío económico.

No hace tanto tiempo, se decía que «entrábamos en la vida». Nos convertíamos en adultos. Para los chicos era al finalizar el servicio militar; para las chicas era el primer trabajo o el matrimonio. Estábamos colocados. Hoy en día la juventud es un ideal para todas las edades. Los que, según los demógrafos, son adultos alargan su adolescencia, de la que conservan el aspecto y los rituales. En cuanto a los viejos, hacen lo posible por obedecer al imperativo categórico de nuestra sociedad: seguir siendo jóvenes. La juventud ha adquirido un valor de modelo para toda la existencia, lo que sitúa los años de la vejez, por lo tanto, no en la idea de realización personal, sino en la de sobrante, de desecho, de sinsentido.

Durante mucho tiempo no tienes edad. Es una cuestión en la que no piensas siquiera: tienes un futuro por delante. No se da por supuesto que continuarás lo que hayas empezado, que insistirás hasta lograr un objetivo. Todavía puedes cambiar de vida, puedes tomar un camino distinto al iniciado, o eso crees. Y de repente un día tienes una edad. Y esa revelación tiene un gusto desagradable. Ya sabes que no puedes volver a empezar con tu vida, y todavía menos inventarla, que sin duda el pasado determinará el futuro. Se atenúa el sentimiento de que no tienes nada que perder, ya no eres como antes, cuando veías ante ti una infinidad de posibilidades. Formas parte de una edad social que no es necesariamente tu edad fisiológica: te colocas o tal vez te colocan, pero lo aceptas, en una categoría en la que ya no te rebelas tanto, en la que te asustan los riesgos; te instalas y te encierras en una

casilla en la que no te interesa —precisamente por tu edad— apartarte de lo que la sociedad espera de ti. Como rentista del peso de los años, te sientes cada vez más pesada. Lo que lees y entiendes en los mensajes a ti dirigidos —exclusivamente a causa de tu edad— es que debes gestionar tu vida como gestionarías un capital. Todavía resistes un poco. No eres solamente la suma de tus actos pasados. Sabes que no eres dueña de tu cuerpo ni de tu memoria. Todavía tienes la ilusión —¡quimera de juventud!— de que te guía tu instinto de libertad. Desde la pandemia, con la insistencia de los discursos oficiales sobre las personas de edad, esta ilusión ha perdido fuerza. ¿Confinados? ¿A partir de qué edad y hasta cuándo? En un texto visionario que data de 1964, titulado *Le vieillissement*, André Gorz escribe: «El envejecimiento es la experiencia de que ya no formas parte de aquellos que tienen todo el futuro y el tiempo ante sí; es el hecho de que, en lo que respecta a tu verdad, habrá un después».

Cada uno tiene su propia escala temporal. Voltaire tiene sesenta y seis años cuando decide ocuparse del caso Calas, y sesenta y ocho cuando publica su libelo. Tres años más tarde defiende al matrimonio Sirven y a los setenta y siete años consigue su rehabilitación. Malesherbes tiene setenta y dos años cuando defiende a Luis XVI. Verdi compone su ópera *Falstaff* a los ochenta años. Bertrand Russell tiene ochenta y nueve cuando, en 1961, como miembro del Comité de los 100 contra las armas nucleares, invita al público a sentarse en el suelo en la calle para manifestarse pacíficamente. Borges escribe en su prefacio a *El informe de Brodie* que solo pasados los setenta años ha encontrado por fin su lenguaje. En sentido contrario, Freud le escribe a Lou Andreas-Salomé que a los sesenta y siete años desarrolló sin pretenderlo un caparazón de insensibilidad inorgánica. Denominó a esto la indiferencia de la edad avanzada. En cuanto a Chateaubriand, decidió que ya era viejo... a la edad de treinta años: «Desgraciado de mí, que no puedo envejecer y que sigo envejeciendo». Él detectó antes que nadie la metamorfosis de la palabra vejez. Así pues, algunos perciben la juventud de la vejez, mientras que otros tienen la sensación de una eterna juventud.

Recuerdo la aparición del libro de Stéphane Hessel *¡Indignaos!* Recuerdo su mirada, su viveza, su entusiasmo al explicarme que, a los noventa y tres años, para no perder la memoria, todos los días al despertarse y todas las noches antes de acostarse recitaba un poema, preferiblemente uno largo. Habíamos celebrado el éxito de su libro en un restaurante africano, y ya por la noche, los músicos bajaron al sótano a tocar. Stéphane (un señor) fue uno de los primeros que se puso a bailar en la improvisada pista de baile.

Recuerdo la pequeña cabina de montaje en el distrito 16 de París, donde Manoel de Oliveira daba los últimos toques a su penúltima película, *El extraño caso de Angélica*. Me explicó la importancia que tenía el fuera de campo en la dramaturgia, y se asombraba entre risas de tener noventa y ocho años. La vida es una fiesta, repetía una y otra vez.

Recuerdo aquel domingo de enero en que Agnès Varda me invitó a tomar un café en su casa, en la rue Daguerre. Le llevé un pequeño ramo de flores, que ella contempló un buen rato antes de disponer las flores artísticamente en un jarrón. Para ella todo era digno de admiración: el color y la forma de los ranúnculos, la llegada del gato, el delicioso aroma del café, la ensalada de lentejas que había preparado —«No te vas a ir ahora mismo, voy a echar una siestecita y mientras tanto puedes ver mi última película en el editor de vídeo»—, y al final del día yo me había convertido en su cautiva enamorada. Me encontraba inmersa en su universo, sus palabras, sus imágenes. Por la tarde me llevó con ella a la Filmoteca, donde estaban dando una retrospectiva de su obra. Agnès Varda hablaba como una adolescente de su última película, *Jane B*. Incandescencia, dudas, cuestionamiento de su práctica artística. Agnès con el arrebato mismo de lo que significa crear. El domingo por la tarde, delante de la explanada de la Filmoteca, todo el mundo estaba cansado y tenía ganas de volver a casa; ella, por el contrario, relanzaba las preguntas. Antes de separarnos, me espetó con coquetería: «¿Sabes cuántos años tengo? ¿Crees que los aparento?».

Dos semanas más tarde, su último día fue muy ajetreado. Empezó el día muy pronto y quería terminar una obra. Estuvo buscando y creando hasta el último momento.

# LA EXPERIENCIA DE LA EDAD

Hemos de reservar una trastienda que sea solo nuestra, un espacio de total sinceridad donde podamos ser auténticamente libres y que constituya nuestro lugar de retiro y soledad.

MONTAIGNE

Fue a principios de 2015. Tras muchas dificultades a causa de sus viajes por todo el mundo, sus conferencias en Europa y las numerosas invitaciones que recibía, por fin logré una cita con uno de los primeros en interesarse, cuando todavía era joven, por la vejez como experiencia, y se convirtió en objeto y sujeto de su investigación. Aunque no oculta su edad, sigue sin poder creerlo, sigue sin verse y vivirse como viejo. Me cita en su minúsculo despacho en una calle tranquila del distrito 13 de París, un despacho cedido por el CNRS (Centro Nacional de Investigaciones Científicas) por ser profesor emérito. Hace mucho mucho tiempo, citaba a sus alumnos —entre los que yo tenía la fortuna de encontrarme— en su apartamento, y allí tenían lugar apasionadas conversaciones que podían durar toda la tarde. Este hombre, considerado el inventor del pensamiento complejo, ya no tiene apartamento en París —la ciudad se ha vuelto demasiado cara para los jóvenes, pero también para los viejos— y se ha instalado en Montpellier. El día de mi visita viste una camisa de un rosa oscuro, lleva colgado del cuello el amuleto protector que le conozco desde hace decenios y parece de un humor juguetón. Le leo un fragmento de *El tiempo recobrado*: «No eran viejos, sino jóvenes de dieciocho años extremadamente marchitos».

Él no se siente en absoluto marchito, sino más bien verde, y me devuelve la pelota con esta frase de Picasso: «Lleva mucho tiempo llegar a ser joven».

Es su programa desde hace lustros. Tal vez porque perdió a su madre cuando era muy joven y porque se sintió viejo desde su adolescencia, Edgar Morin decidió romper con la melancolía que experimentó en su juventud, desde que se unió a la Resistencia. Resolvió sobre todo conservar sus aspiraciones de adolescente, no permitir que lo adulteraran. Este fue su *leitmotiv*, una filosofía de vida sobre la que primero teorizó y hace años puso en práctica. Percibe en sí mismo los signos de decadencia física —tiene cada vez más

dificultades para andar y decidió por fin comprarse un bastón muy trabajado, un bastón *super rock*—; lamenta sus pérdidas de memoria, que sin embargo no le impiden recitar de memoria durante media hora a Baudelaire o a Victor Hugo; dice que no se obliga a ir despacio, pero que de tanto en tanto se ralentiza. Sabe que posee muchísima energía, pero que algún día desaparecerá. De modo que emplea su tiempo en lo que más le gusta: la lectura, los viajes, el amor, la amistad. Sus facultades de ser, afirma, se amplían cada vez más. No lo puede evitar, constata encantado. Dice que aprende sin cesar de la experiencia de la edad, aunque percibe una cierta indiferencia. Se maravilla continuamente ante la vida, ante esos momentos de felicidad de los que goza como un epicúreo y que tanto le gusta compartir. Es encantador verlo, porque te hace participar en el banquete de la vida: el canto estridente de un pájaro, el azul del cielo, un salteado de setas, un café al sol, los gestos de un niño que juega a la rayuela en la plaza. ¿Esa intensidad viene acaso del hecho de que en su juventud tuviera el valor de arriesgar su vida en la Resistencia? Los hombres y las mujeres que vivieron la guerra no perciben el futuro igual que nosotros, los *baby boomers*. La edad es también una experiencia colectiva y generacional. Edgar lo sabe bien: en 1967, en una de sus primeras investigaciones sobre el terreno, en Plozévet (Bretaña), conoció a viejos que habían hecho la guerra de 1914, sabían lo que era vivir sin agua ni electricidad, y recordaban la llegada de los primeros automóviles a la región. Habían vivido el tiempo de las lámparas de aceite y poco después verían en la televisión la llegada del hombre a la Luna. Para ellos, envejecer era natural, lo mismo que tener conflictos con sus hijos por las propiedades. A todos les tocaría sentirse progresivamente excluidos de la vida del pueblo y después de la vida familiar, de modo que no había razón para rebelarse.

En las ciudades, en cambio, esa misma generación se rebeló contra la vejez. Ver que sus padres ya no bajaban a la calle porque no había ascensor y se apagaban lentamente, encogidos en sus ropas negras, les producía horror. Empezaron a pensar que, si bien no podían escapar a la muerte, sí escaparían a la vejez. Vencerían a la vejez, sabrían hacerlo. Si uno no quería envejecer, estaba en su mano no hacerlo. No pretendían escapar a la última rendición, pero querían morir lo más tarde posible y sin dejar de existir nunca. Recuerdo que

en esa época se empleaba la expresión «sentar la cabeza». Los viejos no querían sentar la cabeza. Hoy en día todo el mundo lucha por retirarse lo antes posible con toda la pensión —y no es de extrañar—, pero, al mismo tiempo, a las personas de cierta edad, a las que se considera quejosas, adormiladas, irrecuperables en suma, se las aparta cada vez más enérgicamente del centro de las ciudades, de cualquier actividad o puesto de responsabilidad. ¿Quién nos hará creer que la inactividad se ha convertido en un privilegio?

Nuestra actitud hacia la vejez constituye uno de los temas principales de la fuerza de nuestra civilización. Es necesario retrasar la muerte, dulcificar la vejez, reintegrar en el contrato social esta clase de edad que en otros tiempos era respetada.

Edgar decidió seguir siendo lo que él denomina «un joven viejo». Resolvió vivir como le diera la gana, enamorarse a los noventa y seis años y casarse con su dulcinea, no parar de trabajar, pasar parte de la noche leyendo, seguir llevando camisas indias, nadar en el océano, preparar sabrosas comidas a fuego lento, maravillarse de un amanecer, hacer la ruta de los pastos con los pastores al principio de la primavera, divertir a sus amigos inventando chascarrillos, imitar a los famosos, bailar la samba, aprender cada día un nuevo poema, escribir un nuevo libro cada seis meses, volver a ser profesor...

A su lado parezco una vieja. Una vieja de verdad.

Hace más de ocho meses que mi oftalmólogo me ha prescrito un examen un poco complicado cuyas consecuencias me dan cierto miedo. Después de haberlo retrasado durante mucho tiempo, por fin me encuentro en una sala de espera ocupada por personas que me parecen muy viejas. Una chica me instala ante una pantalla con un gráfico y un lápiz. Frente a un conjunto de imágenes, he de responder a una larga batería de preguntas. Me siento envuelta en un velo oscuro. A mi alrededor, todo el mundo rellena tranquilamente el cuestionario. Cuanto más concretas son las preguntas, más tiemblo. Concluyo que, a pesar de que no lo parece, soy la más vieja de todas las personas aquí presentes.

Hay personas que se sienten especiales simplemente porque son viejas. De modo que se agrupan, viven atrincheradas en sus campamentos guardados por vigilantes, lejos de los jóvenes que podrían hacerlas enfermar de envidia, que podrían recordarles que hubo un tiempo en que también eran jóvenes. Hacen ejercicio físico para negar lo que son, rebasan sus límites, rechazan toda idea de mortalidad y, si una de ellas cae enferma, es inmediatamente evacuada del lugar. Nada de moribundos, la idea misma de cementerio está proscrita. Es el reciclado de lo idéntico, la vida en compañía de los que son como tú, reforzada por campañas publicitarias donde aparecen abuelos bronceados que se zambullen en la piscina mientras echan el ojo a unas abuelitas tratadas con bótox. La vida soñada.

La primera villa para jubilados fue Sun City, construida en Arizona en 1960 por el mismo empresario que (¿casualidad?) construyó los campos de internamiento para japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Tuvo un gran éxito de inmediato. La edad mínima era cincuenta y cinco años. La edad media, setenta y ocho. El precio era alto. Sus dos principales reclamos eran la seguridad y el relax. Sun City atrajo a personas de todo el país, de raza blanca en un 99 por ciento. Hoy el modelo se ha multiplicado en Estados Unidos, y muchas de estas villas se construyen cerca de los parques de atracciones. Seguridad, privacidad, vida en comunidad. Las normas establecen que no es aconsejable la presencia de niños, y que los jóvenes pueden entrar únicamente para proporcionar algún servicio o si vienen a visitar (brevemente) a sus padres. Hay campo de golf, piscinas, gimnasios, supermercados... Los cuarenta mil residentes no tienen mucho tiempo de aburrirse. Dentro de cincuenta años, el 30 por ciento de los estadounidenses vivirán en este tipo de complejos residenciales. ¿Conquistarán Occidente estas reservas para personas blancas y de cabello canoso?

¿Dónde viviré yo cuando sea vieja? ¿Con mi novio? ¿Con amigos? ¿Sola?

Boris Vian era un visionario. Jacquemort, el protagonista de *El*

*arrancacorazones*, llega a un pueblo donde se está celebrando... una feria de los viejos. El vendedor municipal calcula el precio de los viejos y las viejas de acuerdo con su peso, sus arrugas y estado de degradación, para regocijo de los vecinos grandes y pequeños, quienes exigen comprobarlo con sus propios ojos a fin de obtener una rebaja. Uno de los viejos se desabrocha el pantalón, otro abre la boca, y otros escapan de los niños, que los muelen a golpes hasta hacerlos caer. La feria de los viejos es una fiesta muy apreciada en la que todo el mundo se divierte. Jacquemort es el único que se indigna. ¿No os da vergüenza?, les pregunta a los vecinos, mientras las subastas continúan a todo tren. La respuesta que recibe es un puñetazo que le parte el labio. Tambaleante, con el gusto de la sangre en la boca, se marcha del pueblo.

En Argentina tienen otras costumbres, si hemos de creer a Jorge Luis Borges. En su maravilloso cuento titulado *La señora mayor* evoca a una anciana señora centenaria honrada por su familia y por sus amigos, que no querían llevarle la contraria y dejaban que creyera, ella que vivía en una duermevela, que para ella no había pasado el tiempo. Con mirada clara y serena, y una sonrisa en los labios, la anciana palpaba todos los días sus begonias, cuya modesta vida silenciosa era similar a la suya. Se llamaba señora Jáuregui. Decir que pasó los últimos años de su existencia en un caos tranquilo sería acaso un error, dijo Borges. El presente siempre es el mismo para cada uno de nosotros, la felicidad de vivirlo es idéntica. Tal vez no lo medimos de la misma manera que la señora Jáuregui, pero lo compartimos igual. No seamos como esos que desprecian a los que ya no viven al mismo ritmo. Pensemos en la señora Jáuregui, ya que «es este presente que atravesamos cada mañana antes de recordarnos y cada noche antes del sueño. Todos los días somos dos veces la señora mayor».

En la Biblia la vejez es un eterno recomienzo, una promesa. No es edad ni categoría, sino historia y persona. Pensemos en Matusalén, que se apagó a los novecientos sesenta y nueve años. Noé, a los novecientos cincuenta. Adán, a los novecientos treinta. Abraham estableció su alianza con Dios a los noventa y un años. Sara tuvo un

hijo a los noventa años y murió cuando tenía ciento veintisiete. Abraham, a los ciento setenta y cinco. Siete de los grandes patriarcas vivieron más de cien años. Hubo que esperar al diluvio para que Dios limitara la vida, primero a ciento veinte años, luego a ochenta. La vejez resuena como esperanza infinita, superación, elección. Es un logro porque en ella se despliegan todas las potencialidades de la vida.

En efecto, la experiencia de la edad puede incrementar incluso el placer de vivir. Y es así desde la Antigüedad. En *Alcestis*, de Eurípides, Feres le responde a su hijo, quien le propone que muera en su lugar puesto que ha llegado a una avanzada edad: «Te dispenso de que mueras por mi persona tal como me ves, y yo me dispenso de hacer lo mismo, eso es todo. ¿Acaso no te complace ver el día? Y a tu padre, ¿crees que no le complace? Ya hago mis cálculos: largo es el tiempo que pasaré bajo tierra, y corta es la vida sobre la tierra, pero no por ello menos dulce... Si la vida es amable, lo es para todo el mundo». Eurípides precisa: no hay prioridades en la taquilla de la muerte: ni la riqueza ni la juventud tienen valor para el príncipe de ultratumba, que aprecia la fuerza y el coraje de los que saben mantenerla alejada.

El otro día vi a lo lejos en la calle, a mediodía, una silueta que parecía una flor con los pétalos tan abiertos y pesados que le hubieran hecho doblar el tallo. Me acerco. Una anciana sostiene con las dos manos el poste de hierro del semáforo y se agarra fuerte para no caer. Tiene la cabeza inclinada, y sus cabellos blancos forman una especie de gargantilla. Le pregunto si la puedo ayudar. La señora es tan incapaz de responder como de moverse. Decido quedarme a su lado. Un cuarto de hora más tarde, un hombre joven y musculoso, con una camisa blanca, viene a buscarla y me dice: «Todos los días me reclama su instante de libertad». El hombre se marcha con la anciana en brazos.

«Esperemos, veamos, hagamos lo que podamos, tampoco podemos hacerlo todo. No caigamos en esa prudencia de la edad, que es un poco estúpida. Conservemos el recuerdo de nuestro cuerpo joven,

infatigable, disponible, político: y el espíritu nos lo devuelve. De modo que hay que seguir siendo político, en definitiva» (Pierre Guyotat, *Divers*).

Lo más habitual es que experimentemos la edad constatando lo que nos falta: pérdida de memoria —ahora, cuando busco un nombre, recurro al ordenador—, falta de aliento —se acabó el *jogging* matutino —, pérdida de confianza en mis capacidades: tengo tanto miedo de no estar a la altura de lo que quiero hacer que lo pospongo una y otra vez. ¿Envejecer será negar con obstinación y optimismo esas pérdidas que nos afectan? Así pues, «asumir la edad» consistiría en una serie de renuncias, en apariencia anodinas y minúsculas, que forman una trama de no-acciones que nos estorba y nos debilita, lo queramos o no.

¿Envejecer es aceptar el hecho de que perdemos poco a poco el beneficio de la atención de los demás? ¿Son los otros los que nos declaran viejos o somos nosotros mismos quienes decidimos que lo somos? La socialización modela siempre la más secreta intimidad de las personas.

Podemos también alejarnos pasito a pasito para desaparecer, aunque hayamos vivido en el ojo del huracán, rodeados de admiración y respeto. El director escénico Claude Régy decía a menudo que de muy joven se sentía viejo. Viejo, feo, anticuado. Eso le molestaba y le hacía sufrir y, para su desesperación, no seducía a nadie. Pero de repente, superada la treintena, empezó a sentirse deseado, tanto en su profesión como en sus relaciones amorosas. Por fin le había llegado la juventud. En ella permaneció hasta los noventa años. El autor de *Du régal pour les vautours*, uno de los mejores directores de teatro, era también un filósofo de su tiempo y un pensador sobre su propio futuro. Le interesaba la biología celular y conocía las teorías según las cuales morimos permanentemente para regenerarnos, así que aplicó en su persona esos criterios sobre el final del juego. Vivió como un hombre joven hasta la edad que llamamos venerable, sin reducir su esfuerzo, sus desplazamientos o la intensidad de sus investigaciones. Hasta que un día dijo basta. Recuerdo su sonrisa cuando yo subía jadeando a su apartamento, en un piso alto. «Si quiere un café, todavía

falta un piso más.» Sus amigos le insistían para que se mudara... era demasiado mayor para un piso tan alto. Claude Régy no les hacía ningún caso y continuaba viviendo como si tuviera treinta años, o casi.

Un día, cuando estaba residiendo en Japón, en un lugar rodeado de campos de té, y una o dos veces al mes hacía representaciones en un pequeño teatro de madera, me confesó que pronto se retiraría. No se podía creer que hubiera trabajado tanto. Sabía que tenía que crear dos o tres espectáculos más, y después ya se retiraría. No lo creí. Nadie lo creyó. Él insistía en ello, no obstante. Tuve la fortuna de asistir al pase del que sería el último espectáculo, *Rêve et folie*, adaptación de un texto de Georg Trakl: como un chamán, Claude Régy nos dirigía en la oscuridad, nos conducía hasta el temblor del aliento, el aliento del actor y del texto poético, hasta el vértigo de lo inefable. No estaba satisfecho, no se sentía preparado para el estreno al día siguiente, estaba nervioso como un debutante. Gracias a Dios, es la última vez, decía con guasa.

No hubo otra vez. Claude abandonó su apartamento para marcharse a una casa donde decía que lo trataban bien. Se retiró voluntariamente. Murió en Nochebuena, mientras dormía. Tenía noventa y seis años. Su partida es digna de admiración. Guardo de él la imagen de un hombre joven.

Cuando la esposa, interpretada magníficamente por Emmanuelle Riva, tiene el primer ataque en la película *Amor*, de Michael Haneke, Jean-Louis Trintignant no quiere darse cuenta de que a partir de ese momento todo irá de mal en peor. Finge que no pasa nada. En su situación, todos haríamos lo mismo. Nos aferramos a los momentos felices, olvidamos aquellos en los que la persona amada divaga, cerramos los ojos a la incapacidad del cuerpo para mantenerse en pie, para controlarse. Te acostumbras, te encierras en casa para no aguantar la mirada de reproche o el juicio de los demás, los familiares o las amistades cercanas. Entras en un nuevo mundo tejido de una desesperada complicidad con el ser amado. Vives a su ritmo, aprendes a hablar esa lengua de sonidos inarticulados como si fuera la verdadera. Ya no quieres que te ayuden. En realidad, nadie te puede ayudar. Ni las enfermeras, ni la familia, ni los amigos; la música tal

vez sí, de vez en cuando. Corres las cortinas, luego cierras los postigos. Fuera hay demasiada claridad. En tu interior es de noche. La muerte tarda en llegar. Es mejor provocarla.

«Acabas de cumplir ochenta y dos años. Te has encogido seis centímetros, pesas solo cuarenta y cinco kilos, y sigues siendo guapa, graciosa y deseable. Hace cincuenta y ocho años que vivimos juntos y te quiero más que nunca. Siento de nuevo en mi pecho un vacío lacerante que solamente se calma con el calor de tu cuerpo contra el mío.» Así empieza la narración de André Gorz, *Carta a D.*, que se publicó unos meses antes del suicidio de Gorz y su esposa. La mujer de Gorz sufría una enfermedad incurable, y André, gran intelectual, autor de importantes obras visionarias, no quiso sobrevivirla. «No quiero asistir a tu cremación, no quiero que me entreguen una urna con tus cenizas... Vigilo tu aliento, mi mano te toca suavemente. Ninguno de nosotros quisiera sobrevivir a la muerte del otro. A menudo nos dijimos que, por imposible que parezca, si tuviéramos una segunda vida, nos gustaría pasarla juntos.» Los encontraron por la mañana en la cama de un hotel de París, cogidos de la mano, dormidos para siempre. Ambos tenían ochenta y dos años.

En *La balada de Narayama*, del director Kinoshita, diferente a la versión posterior de Imamura que Kinoshita calificó de «pornográfica», el joven viudo que tiene que acompañar a su madre a la montaña para morir está sumido en una terrible angustia; si abandona a su madre allí, al otro lado del mundo, es por obedecer la tradición y porque no puede regresar al pueblo con ella. *La balada de Narayama* es una leyenda. Hoy las dos películas nos conmueven en lo más hondo. Las dos plantean la cuestión de la responsabilidad de la comunidad frente a la vejez. En ese pueblo, si uno nace, otro debe morir.

Entre los inuits era costumbre abandonar a los ancianos, tanto hombres como mujeres, sobre una banquisa con algunos víveres para que esperaran la muerte. Los que sienten que ha llegado su hora designan a una mujer encinta —incluso hoy, aunque sean cristianos—

para reencarnarse en el niño que lleva en su vientre, que llevará su mismo nombre. El anciano o la anciana que muere no se siente morir, puesto que se reencarna en el bebé que va a nacer. A los inuits no les importa el sexo de sus hijos, porque cada niño que nace es un muerto que vuelve a la vida.

Oí esta conversación entre una madre y su hija en un café semivacío de un pueblo balneario en pleno invierno, un sábado a la hora de comer. Sentadas frente a un sándwich de jamón y queso y unas patatas fritas, la hija intenta persuadir a la madre para que acepte festejar su cumpleaños en ese mismo café con algunas amigas. Podrían «celebrar la ocasión a la hora del aperitivo», dice la hija. La madre se niega. La hija insiste. La madre la hace callar soltándole: «Escucha, noventa y un años no es una edad significativa, esperemos a que cumpla noventa y cinco y entonces decidimos». La hija enmudece y baja la cabeza.

El día en que cumplía noventa años, durante una ceremonia informal en la Academia Francesa, uno de los grandes maestros del devenir de las civilizaciones, Claude Lévi-Strauss, improvisó un discurso acerca de su experiencia personal de la vejez. Roger-Pol Droit lo transcribió, con el permiso de su autor: «En esta avanzada edad que no esperaba alcanzar, y que constituye una de las grandes sorpresas de mi existencia, tengo la sensación de ser como un holograma roto. Este holograma ya no está completo y, sin embargo, cada uno de los fragmentos restantes conserva una imagen y una representación del todo. De modo que para mí existe hoy un yo real que ya no es más que la mitad o un cuarto de un hombre, y un yo virtual que todavía conserva viva la idea del todo. El yo virtual dibuja un proyecto de libro, por ejemplo, comienza a ordenar los capítulos y le dice al yo real: “Ahora tienes que continuar tú”. Y el yo real, que ya no puede más, le dice al yo virtual: “Es asunto tuyo. Tú eres el único que ve la totalidad”».

¿Es la vejez el precio que hemos de pagar por haber conocido la

belleza de la vida?

Esta idea de que tenemos que pagar un suplemento nos obsesiona. Como si debiéramos pagar este más con un menos. Menos deseo, menos posibilidades, menos futuro. ¿Y qué hacemos con la alegría de vivir que conservamos? ¿Por qué tendríamos que sentirnos culpables?

La sexualidad puede jugar un papel importante en esta privación involuntaria de una parte de nosotros mismos. Si bien hoy se habla con más libertad de la menopausia, que en Occidente se percibe todavía como una pérdida —al contrario que en algunas sociedades tradicionales, como las africanas, donde se considera una fuerza—, todavía perdura el silencio alrededor de la andropausia, a pesar de importantes testimonios literarios como el de Romain Gary. Su libro *Próxima estación: final de trayecto*, publicado en 1975, es de una sinceridad y una crudeza que resultan estimulantes. Solo Gary podía abordar con tanto humor y rebeldía el fracaso de la erección cuando la edad mengua tus fuerzas. El narrador tiene sesenta años y su amada treinta y siete menos. El libro narra con todo lujo de detalles el lento descenso a los infiernos del narrador para «estar a la altura» de su anterior rendimiento sexual. ¿La vejez sería, entonces, esta zona crepuscular de la impotencia sexual? ¿O de la impotencia sin más?

J. M. Coetzee también habla de la pérdida de la virilidad en varias de sus novelas, y en especial en *Hombre lento*. A causa de un accidente, el narrador sufrió de golpe la experiencia de la edad. Paul, un joven jubilado en plena forma, sale una mañana a dar su acostumbrado paseo en bicicleta y, cuando está pedaleando tranquilamente, lo arrolla un coche. Se despierta en el hospital. Él, que se tomaba por un hombre en buena forma, con buena salud, en lo mejor de la vida, se ve de repente tratado como un viejo, un maldito viejo, un viejo que chochea. Por supuesto, sabe que tiene que reparar su cuerpo, muy deteriorado por el accidente, pero no tiene la fuerza de voluntad ni el deseo de hacerlo, hasta tal punto le ha afectado descubrir de repente la experiencia de la edad, algo en lo que nunca se había parado a pensar. El hombre que era ya no es más que un recuerdo que se desvanece a toda prisa. Siente que conserva un alma cuya vida no está disminuida, pero por lo demás tiene la impresión de

no ser más que un saco de huesos y de sangre con el que debe cargar. La experiencia de la vejez lo ha destruido para siempre, y se ha llevado consigo toda esperanza de un futuro feliz. También el príncipe de Salina, en la novela *El gatopardo*, de Tomasi di Lampedusa, siente primero en su cuerpo que la vitalidad desaparece, su voluntad de vivir disminuye más y más, de forma lenta pero ineluctable: como esos granos de arena que se amontonan alrededor del orificio del reloj de arena y fluyen rápidamente uno tras otro, la vida se le escurre a largas oleadas. Puede oír literalmente el sonido interior de la vida que se escapa. A su alrededor nadie parece darse cuenta, y no son cosas que se confiesen fácilmente. De modo que el príncipe no dice nada. Tal vez el único que lo presiente es Tancredi, que un día le dice: «Tú, querido tío, cortejas a la muerte». Una declaración que queda sin respuesta. Este cortejo ha acabado ya. Basta con esperar. Y sucederá un lunes de julio, frente al mar de Palermo. El final de *El gatopardo* es una descripción minuciosa y prodigiosa de la vejez como una inevitable reducción de las reservas de vida, hasta su total desaparición. El príncipe de Salina no necesita que nadie le avise del peligro supremo. Lo conoce desde siempre. ¿Somos todos como el príncipe de Salina? ¿Poseemos el saber que nos indica cómo y en qué momento se convierte en peligrosa esa hemorragia del tiempo? La fatiga vital parece ser uno de los signos precursores de nuestra conciencia de que estamos envejeciendo. No hay por qué hacer un drama. Jankélévitch afirma que la existencia tiene un ritmo propio que proviene de ese envejecimiento inevitable, que es un envejecimiento metafísico. Para nosotros es imposible no pensar en nuestra finitud, no podemos dejar de darnos cuenta de que los recuerdos saturan nuestra memoria, de que disminuye nuestro interés en el futuro. Sabemos dónde estamos, aunque no queramos enterarnos demasiado. Como dice con elegancia Jankélévitch, cada uno sabe «medir la pista escalonada de la existencia, lo que ya ha vivido y lo que le queda por vivir».

Algunos acontecimientos, sin embargo, ya sean de menor o mayor importancia, suelen provocar una toma de conciencia que desemboca en lo que yo denomino la experiencia de la vejez. El más habitual, el que muchos de nosotros hemos experimentado, es el día de nuestro cumpleaños. Durante mucho tiempo no se festejaba. Hasta el final del Antiguo Régimen, era costumbre decir: «La edad solo es importante en los caballos». Más tarde se convirtió en un rito social,

una ceremonia familiar. Aunque no para todo el mundo, como en el caso de Michel Tournier, quien el día que cumplió setenta y cinco años declaró: «Hoy es mi cumpleaños. ¿Diremos que soy un adulto viejo o un joven anciano? Me da igual». ¿Es simple coquetería? El cumpleaños es a menudo el toque de alarma en la aparente continuidad de un tiempo que fluye, aunque nos gustaría creer que no se mueve. La escritora y política Françoise Giroud escribe en su diario que haría cualquier cosa por escapar de esta suma matemática del número de años. De hecho, finge que se olvida de la maldita edad, y son su familia y sus amigos quienes tienen la amabilidad de organizarle una celebración, de la que ella prescindiría con mucho gusto... El día en que cumple ochenta y un años escribe con ironía: «Tengo ochenta más uno, igual que decimos que estoy en el primer año de carrera». Le gustaría inspirar respeto, como le corresponde a una señora de su edad, pero no lo puede reclamar, ya que, cuanto más envejece, más cerca se siente de convertirse en una anciana indigna. El día en que cumple ochenta y tres años se limita a escribir: «No hay nada de lo que pavonearse. Y yo que pensaba que la vejez solo les ocurría a los demás». Cae como un jarro de agua fría. Es un hecho objetivo. Imposible rebatirlo, y menos aún interpretarlo. Entre dos cumpleaños finges o, mejor dicho, vives tal como te sientes, libre, intentando hacer lo que quieres, siguiendo el camino de tus deseos, negando en ocasiones tu estado de salud. Como Françoise Giroud, que siguió trabajando como una condenada hasta el último día, desoyendo los consejos de los médicos, saliendo por la noche incluso cuando estaba cansada, haciendo siempre caso omiso de las señales que le enviaba su cuerpo. «¿Qué ha ocurrido? La vida y soy viejo», dijo Louis Aragon. La vida como apilamiento de años, y no como sedimentación de lo vivido. La verdad es que no te planteas llegar a una edad muy avanzada. Cuando resulta que llegas y van pasando los años, lo que te irrita es la mirada de los demás. Como si no tuvieras derecho. Te parece increíble, obsceno para ti mismo, normal y correcto cuando son los demás quienes llegan a esa edad que llamamos avanzada. Es como una sorpresa, un torbellino de pensamientos y de sensaciones que llegan de improviso, y no una erosión progresiva de las capacidades, lo que por lo menos te permitiría acostumbrarte. Sin embargo, no entendí el enfado de mi padre cuando, el día de su noventa cumpleaños, mi madre, creyendo que le haría ilusión, organizó con la

complicidad de la familia una fiesta sorpresa en un buen restaurante. Cuando nos vio llegar a todos se sintió desconcertado y un poco molesto por no poder cenar tranquilamente en su casa; hubo que rogarle para que finalmente aceptara a regañadientes asumir un papel protagonista que no deseaba en un día que habría preferido olvidar. Nunca te acostumbras a la edad que tienes. Son los acontecimientos externos los que te obligan a asumirla: la muerte de tus padres es por lo general el momento en el que te das cuenta de que ya estás en «la primera línea», y a continuación el duelo te obliga a no hacer más trampas y a «aceptar de verdad» la edad que tienes. Recordemos la primera frase de *El extranjero*, de Albert Camus: «Hoy ha muerto mamá». Luego añade: «Hoy ha muerto mamá. O tal vez ayer, no lo sé». El narrador, Meursault, ya no sabe en qué tiempo se encuentra. Está fuera de sí mismo. Lo hace todo mal y no se siente triste, no lo bastante triste para comportarse como un hijo que ha perdido a su madre. La culpa que siente cuando le pide a su jefe un día libre para el entierro, su malestar cuando una chica que ha conocido en la playa el día siguiente al entierro le pregunta, al verle vestirse, por qué razón lleva un brazalete y una corbata negra... son detalles que nos indican que el protagonista no está afectado. «Pensé que de todas maneras era un domingo malgastado, que mamá estaba enterrada, que volvería a mi trabajo y que, en suma, no había cambiado nada.» Para el tribunal que lo juzga, la insensibilidad que muestra Meursault al pensar en la muerte de su madre después de haber cometido un asesinato será una de las claves que explican su falta de principios morales. Solamente la noche previa a su ejecución podrá Meursault pensar en su madre por primera vez en mucho tiempo, y de esta forma retomar su historia personal y comprender sus errores. En este tipo de situación no es bueno hacer trampas.

Ver morir a tus padres te lleva a experimentar con más intensidad que antes el sentimiento de tu propia finitud. A partir de ese momento te encuentras en «primera línea». En su libro *Una muerte muy dulce*, Simone de Beauvoir explica cómo, ante la inminencia de la muerte de su madre, ya no sabe quién es ni qué le provoca un dolor tan profundo. Al principio intenta razonar diciéndose que, después de todo, su madre ya tiene edad para morir, pero ver sus sufrimientos cuando ya no hay esperanza de curación le provoca una inmensa angustia. Igual que Philip Roth, que pasa a ser el padre de su padre,

Simone de Beauvoir se convierte en su madre, imita sus gestos, se acurruca, siente que una oleada de dolor le recorre el cuerpo, como si quisiera «acompañar» a su madre en esta última etapa en la que solo puede llorar con voz de niña. El ciclo se ha cerrado. Convertirte en la madre de tu madre hasta el agotamiento; asimilar la muerte de aquella que te ha traído al mundo te permite desprenderte de ti misma. «Pensar contra una misma a menudo resulta fecundo, pero mi madre es otra historia, ella vivió contra sí misma.» Queda la niña con ese camino de rebeldía que su madre no pudo tomar, la hija que supo reanudar el diálogo roto desde la adolescencia, la hija desprotegida, la mujer expuesta a la noche del tiempo. En *Una mujer*, Annie Ernaux explica cómo se atrevió a escribir en lo alto de una página en blanco «mi madre ha muerto». Fue tres semanas después de su entierro, tres semanas durante las cuales ella pensaba en su madre durante el día: «ya no vale la pena», o «ya no hace falta que haga esto o aquello para ella», y por la noche soñaba con su madre, con su madre muerta. Desde el entierro de la madre, Annie Ernaux llora por cualquier cosa y en cualquier lugar, y cuando emprende tareas cotidianas lo hace todo mal. Estar por debajo de la literatura, dice Annie Ernaux, para explicar lo que era su madre más allá de ella. Recuperar el orden y la decoración adecuada para volver a sentirla viva, seguir viviendo con ella cuando estaba en este mundo. Cuando llegó a cierta edad, Annie Ernaux la acogió en su casa, con sus dos hijos. Luego, en los últimos dos años, el alzhéimer de su madre se agravó y Annie se vio obligada a internarla en un centro especializado. La visitó a diario, siempre desgarrada entre el deseo de llevársela consigo para cuidarla y la imposibilidad de hacerlo. Durante esos dos años, la hija conducía durante horas sin saber adónde iba, sufría pequeños accidentes sin entender por qué. También se asombra a veces de sus ataques de risa, y de lo mucho que llora. Está desorientada. Ni siquiera siente curiosidad por conocer la razón de su, en ocasiones, absurdo comportamiento, como su relación consentida con un hombre que le repugna. El día del entierro, amigos y familiares intentan consolar a Annie: «Me decían: “No tenía sentido que viviera más años en ese estado”. En su opinión, era mejor que hubiera muerto. Es una frase, una afirmación que no comprendo». La madre de Annie Ernaux murió ocho días antes que la de Simone de Beauvoir. Unos meses después de que muriera su madre, Annie Ernaux pasa por delante del centro

donde estuvo internada y ve luz en su habitación. Escribe por primera vez con asombro: «Hay otra persona en su lugar. Me dije que un día, en los años 2000, yo sería una de esas mujeres que doblan y desdoblan su servilleta mientras esperan que les sirvan la comida. Aquí o en otra parte». Roland Barthes explica que no puede imaginar su vida sin la presencia de su madre, con la que vivió y a la que cuidó hasta su último aliento. La desaparición de su madre le provoca un desdibujamiento genealógico. También él se convirtió en el padre de su madre o, mejor dicho, en su compañero, su desconsolado viudo: la primera noche tras la muerte de su madre se sorprende de que exista la expresión «noche de bodas» para la primera noche tras la boda y no exista en cambio «primera noche de duelo». Durante los últimos seis meses había cuidado de su madre como de un niño pequeño, y ahora que ya no estaba tenía la extraña sensación de haber perdido a su hija, puesto que ha ejercido el papel de madre. Sin embargo, hace lo posible por asumirlo y cumplir con sus obligaciones. Para darse ánimos, se dice que tiene una vida por delante —tiene entonces sesenta y dos años— y que empezará a escribir una novela. Anota esta extraña expresión: «Estoy en la mitad de la vida». Se siente capaz de recuperarse. Continuará con sus clases en el Collège de France, escribirá en la sombra proyectada por su madre. La sobrevivirá solo tres años. En su *Diario de duelo* explica que conoce a personas que sabe que morirán pronto. Ellas no lo saben, pero él lo presiente. A este respecto, escribe: «Ahora que mamá está muerta me veo empujado a la muerte».

El dolor del vivo. Tu incapacidad de considerar la vida como algo que no debes dar por sentado cuando pierdes a quien te la ha dado. ¿Cómo unir la mujer o el hombre que eres con el niño o la niña que fuiste? ¿Cómo no desmoronarte y seguir aparentemente de una pieza, cómo unir la existencia de antes y la de después sin dejar de sentir la continuidad del mundo?

Hace algunos años tuve una relación mitad amistosa y mitad amorosa con una persona más joven que yo. Esa persona insistía a menudo en que teníamos la misma edad —nos llevábamos quince años—; insistía

en que, digámoslo así, yo «no aparentaba mi edad» y que, por lo tanto, no hacía falta que la dijera. Durante un tiempo me sentí tontamente halagada y me deslicé por la pendiente de sentir cierta vergüenza de mi edad. Hasta que un día —para mi contento— «asumí» mi edad y me sentí liberada.

También podemos convertir en un viático, es decir, una moral de vida, saber que tienes cierta edad. Para algunas personas, la vejez puede convertirse en una experiencia de resignación, una obsesión por contabilizar las pérdidas, la edad del nunca más. En *La plenitud de la vida*, Simone de Beauvoir escribe: «Sí, ¡ha llegado el momento de decir nunca más! No soy yo la que se aparta de mis viejos placeres, son ellos los que se apartan de mí: los senderos de montaña rechazan mis pies. Nunca más me desplomaré, muerta de cansancio, en el olor del heno... Nunca más un hombre». Simone de Beauvoir, que prefiere la lucidez fría y devastadora del ocaso de la vida, rechaza de plano la lamentación y se enfrenta a la edad como a un enemigo que es preciso combatir sin descanso. ¿Son más valientes las mujeres que los hombres frente a lo que podemos llamar la catástrofe de la edad? Por lo menos no les gusta fingir y no se refugian en la ilusión de que podrán escapar a ella. Hay muchos testimonios que demuestran la tranquila determinación con la que se enfrentan a la Parca. La marquesa de Rambouillet murió a la edad de setenta y siete años en 1665. Hacía tiempo que había decidido que ya no existía y se había retirado de la vida pública. Para qué cargar a los demás con los días que ya no deberías estar viviendo. Madame de Montespan sabía que moriría pronto, y su único temor era morir sola en su lecho. Todas las noches pedía a sus criadas que se quedaran junto a su cama y encendieran todas las velas. El 27 de mayo de 1707, sabedora de que estaba viviendo sus últimas horas, «hizo lo que tenía que hacer», escribe el duque de Saint-Simon en sus *Memorias*, y ya moribunda pidió que corrieran las cortinas cuando muriera. ¿Es posible que te conozcas tan bien como para adelantarte unos instantes a tu muerte? Madame de Staël no se permitió nunca abandonarse a la nostalgia del pasado. Creía en los eternos reinicios y mantenía los ojos abiertos, siempre al acecho de nuevas aventuras. ¿Cuál era su método? Adelantarse a la edad. Para empezar, escogía nuevos amantes, era

capaz de desaparecer para que la buscaran, no prestaba atención a los que le hablaban de las nefastas consecuencias de la edad, frecuentaba solamente a los más jóvenes que ella y se casó con un hombre veintidós años más joven. Murió de forma repentina a los cincuenta y un años. Cincuenta años es la edad a la que se declaró a sí misma vieja Madame de Sévigné; le dijo a su hija que esto le había llegado de repente, al mismo tiempo que había dejado de creer que era inmortal. Antes lo creía. Vivía en el mundo como pez en el agua. Y de repente, cataplum, aparece la vejez. Se presenta y dice: «Aquí me tienes». Imposible escapar, y menos alargar la fecha límite. De modo que Madame de Sévigné se esconde y ruega al cielo que el destino no la lleve demasiado lejos. George Sand, en cambio, tendrá la oportunidad y la fortuna de verse envejecer y de no quejarse jamás. En su correspondencia describe minuciosamente las consecuencias de esta evolución: «No regresamos, nos vamos, somos como el agua que fluye con un murmullo. ¿No hemos fluido y murmurado lo suficiente cuando hemos plasmado cosas hermosas que otros han cantado y amado? Continuar nos aburriría, volver a empezar nos daría miedo. Envejecemos solos, tristes y en recogimiento, pero tranquilos, siempre tranquilos». Cuando ya no puede caminar apenas, pinta acuarelas y descubre el Tachismo, se compra una cámara de fotos, disfruta de su nieta, siente correr por sus venas la felicidad de la realización personal. Más adelante nota que se está debilitando. Lo constata sin darle importancia. Se encuentra en paz consigo misma y con la naturaleza que la rodea. El 29 de mayo de 1876 le escribe a su primo Oscar lo que resultará ser su última carta: «Nohant es tranquilo y alegre. He visto muchos otros sitios y he vivido mi vida, y no hay nada que me entristezca. Me parece que todo está bien, vivir y morir es morir y vivir cada vez mejor». También Colette celebrará a su manera el otoño de su vida. La artritis le impide moverse, pero en lugar de lamentarse por la reducción de su mundo, alabará el techo cercano. No vale la pena añorar lo que queda lejos y resulta inalcanzable. Aprendamos a contemplar la azulada flor del cardo, la verde culebra, y también «la hierba corta donde se alzan, cargados de minúsculos frutos oblongos, coronados de hilos plateados, los últimos dientes de león». El tacto y el olfato adquieren, pues, una particular importancia y se revelan capaces de muchas promesas de felicidad. El arte de envejecer se convierte en una segunda naturaleza con la recompensa

del reencuentro con la primera infancia.

Naomi Kawase fue abandonada al nacer, y más tarde la acogió y la crio su abuela Uno. Naomi se convirtió en directora de cine muy pronto. Se compró una cámara Super-8 y eligió como protagonista de sus películas a... su abuela. Durante varios lustros la filmó en todas las estaciones, en todas las situaciones. Para verla envejecer. La cámara se convierte en una mano exploradora que describe en detalle los pliegues y repliegues, los intersticios, las lentas metamorfosis. Nos invita a contemplar durante horas y horas la belleza del trabajo del tiempo sobre el rostro y el cuerpo de su abuela. Naomi no le hace preguntas. Excepto en una ocasión: cuando la abuela se siente tan vieja y cansada que le pide dejar de ser su madre adoptiva. Aquí Naomi se irrita y le grita: la edad no es una excusa, y menos aún una razón para abandonar a los que queremos. Naomi continuará filmando a su abuela cuando esta pierde la memoria. La seguirá grabando cuando Uno ya no la reconozca. La abuela Uno morirá a la edad de noventa y siete años. La última película que le dedica Naomi se titula *Chiri*. Gracias a la magia del cine y a su fe en el cine, Naomi transforma la vejez, la convierte en algo espléndido, nos ofrece en forma de luz la presencia y la ausencia de su abuela.

«Montand y yo tenemos la misma edad. Si él ha vivido mi envejecimiento, yo he vivido su maduración junto a él. Es lo que se dice en el caso de los hombres: ellos maduran; sus cabellos blancos son cabellos plateados. A ellos, las arrugas les dotan de atractivo, mientras que a nosotras nos afean.» Cuarenta años después de la publicación de *La nostalgia ya no es lo que era*, Simone Signoret sigue teniendo razón. La verdad es que no ha cambiado nada. Ya no hay papeles en la pantalla para las actrices mayores, y su pretendida vejez empieza hacia el final de los cuarenta años. Es raro que digan algo, ya que ni siquiera tienen la posibilidad de indignarse de lo asumido que tenemos el imperativo social de «no mostrable» más allá de cierta edad. Pero los hombres sí pueden seguir interpretando papeles protagonistas haciéndose pasar por atractivos veteranos, como el inoxidable Clint Eastwood y el siempre joven Sean Connery, o

escribiendo guiones sobre el tema, como Guy Bedos, que nos hace morir de risa en la ceremonia de sus sesenta años cuando sus supuestos amigos le regalan unos bastones de *trekking* y unos calcetines en los que se lee: PIERNAS TODAVÍA APTAS PARA CAMINAR, y donde él repite: «Detesto a los viejos, sobre todo cuando son viejas». En el sitio web Dailymotion se puede ver en bucle al humorista y constatar que la sala estalla en carcajadas. Bedos juega sobre seguro. Que las viejas son más viejas que los viejos es un cliché tan extendido que, si buscamos para una mujer un adjetivo positivo equivalente al que se emplea para describir a un viejo —como *venerable*—, nos costará encontrarlo. Hasta el idioma falla. Cuando las mujeres quieren seguir viviendo, se dice que «se aferran» (¿a qué?), que no saben «colgar los guantes» (¿los de boxeo, en el cuadrilátero que es su vida?). Las viejas inspiran compasión, se las trata como a unas réprobas, unas desgraciadas sin amigos ni familiares que se atrevan a decirles que no se muestren en público. Son pocas las que siguen en la brecha cuando se las critica por un comportamiento fuera de lugar, es decir, obsceno.

A ella la vemos en los escenarios desde el comienzo del Teatro Nacional Popular de Francia. Equivale a decir, tal como señala ella, que no tiene edad. Es tan célebre que no quiere que desvele su identidad. Alabo el valor de esta mujer que, desde hace décadas, sigue subiéndose a escena, aunque en ocasiones se trate de «pequeños teatros» y para «pequeños papeles». Para ella, la edad es cualquier cosa menos un problema. «Yo no interpreto con mi rostro, sino con mi memoria, con mi amor por el texto, mi experiencia del oficio. Si hiciera falta para seguir, si un director me pidiera que me pusiera un saco en la cabeza, lo haría, tan insultada me sentiría por los que me negarían un papel recordándome los años que llevo encima.» Estas declaraciones las hizo hace unos años. A principios del año 2020, sin embargo, me cita en su casa a las cinco y media de la tarde, lo más pronto que se puede empezar a beber champán, y afirma que las cosas han cambiado. Desde sus comienzos en el oficio, es el primer año que no tiene proyectos. Una obra no se representará por falta de acuerdo entre los propietarios de los derechos, y lo más doloroso es que han prescindido de ella en la reposición de una obra donde tenía un papel importante y aplaudido. Ha sabido por la prensa que la ha reemplazado la esposa del director. Me dice: «Ya no me siento buena para nada. Tengo la enfermedad de la vejez. Sin embargo, he resistido

durante mucho tiempo. Ser viejo es un horror, pero ser vieja es peor todavía. Todo ha desaparecido: los amigos, los amantes; los lugares donde iba a nadar sola están ahora tan abarrotados de turistas que ya no se puede ir. La soledad es espantosa. Nadie se enamorará ya de un carcamal como yo. Y sin embargo, el amor y el sexo son los únicos remedios capaces de retrasar la enfermedad de la vejez. Claro que entonces no consiste en bum, crac y ah, no es un gran espectáculo, sino las caricias, el placer, el gozo, porque sí, se llega. Tengo un amante intermitente con el que no rompo, pero el pobre está perdiendo la cabeza. Afortunadamente, me queda el amor por el teatro. La esperanza del teatro. Esa sensación cuando estoy en escena y que me lleva, esa intensidad de ser. Pero todo eso ha terminado. ¿Quién va a contratar a un vejestorio de noventa y tres años? Un día, con ocasión de la entrega de un prestigioso premio, me dijeron la edad que tenía. Yo no pensaba nunca en ello. Me dejaron hecha una mierda, y aquel día me di cuenta de que sí, tenía ochenta años. No aparentaba ochenta años, pero ser vieja es ser fea. Siempre me he sentido fea, desde pequeña, pero aquel día comprendí que sería fea definitivamente. De modo que espero». La tengo delante de mí, vestida entera de negro, muy elegante, con una bella figura, la boca pintada de rojo, los ojos muy maquillados detrás de sus lentes oscuras. Está magnífica. Su gata me salta encima. Ella ríe: «Quiere ponerme celosa». Desde la calle llega el sonido de sirenas de policía. La atmósfera se ha teñido de melancolía. Silencio. Me voy. En el umbral de la puerta le pregunto: «¿Qué espera usted?». Me responde sonriendo: «La muerte, por supuesto. La idea de que seamos mortales siempre me ha fascinado. Tarda en llegar».

Hace dos años se creó una asociación, la AAFA, para alertar a la opinión pública sobre la discriminación por razones de edad que sufre de lleno la profesión de actor, y más aún, de actriz. A partir de los cincuenta años ya no eres «mostrable». Las actrices denominan a este fenómeno «el túnel de los cincuenta». Son pocas las que han sabido —como Catherine Deneuve, Isabelle Huppert o Charlotte Rampling— seguir trabajando en papeles que no son de... su edad, y esto gracias a una reflexión que se hicieron hace mucho tiempo. En el siglo XIX, cuando eras mayor, el teatro te protegía de los estragos de la edad. Seguías siendo siempre una joven primera actriz. Así ocurrió con Mademoiselle Mars, que representó papeles de ingenua hasta una

avanzada edad. Y más recientemente Madeleine Renaud, quien contaba riendo que cambiaba de papel cada diez años. Comenzó como joven primera actriz y acabó con su conmovedora interpretación de *Los días felices*, de Samuel Beckett. A los cuarenta y ocho años creó el papel de una joven cortesana en *Amélie*, un papel que interpretó hasta la edad de sesenta años. Estas mujeres notables son excepciones. Hoy en día, y cada vez más rápido, te señalan y te atribuyen un papel según lo que ven en ti. Una imagen, nada más que una imagen. Un clic de cámara, una captura de pantalla. Y aunque a los jóvenes les encanta utilizar en los demás (no tanto en ellos mismos) la aplicación que muestra cómo envejecerás, el aspecto sirve de viático a los responsables del deseo, quienes piensan que no se le puede ofrecer un rostro de más de cuarenta años a un público cada vez más sediento de carne fresca y de modelos de identificación, cada vez más necesarios con el sobreconsumo de selfis, que aumentan nuestra angustia de saber... a quién debemos parecernos. Una vez más, los hombres quedan más a salvo de esos estragos simbólicos. Fijaos en cómo ha sabido evolucionar George Clooney tras diez años de erótico *presenior*, tan atractivo que podría convencernos de que tomemos bebidas afrodisíacas gracias a las cuales no dudaríamos en acompañarle al paraíso. Y no olvidemos al inamovible Clint Eastwood, que sigue paseando su elegante, desenfadada y melancólica figura, y que hace de su cine el espejo de sus propias preguntas sobre su estatus de hombre muy guapo. No es realmente viejo, porque es muy guapo...

También en la televisión hace mucho tiempo que se ha impuesto en todas las cadenas el modelo anodino de una mujer joven, más bien rubia. Las presentadoras del tiempo han de tener un aire seductor, las periodistas y las realizadoras de programas que superan la cincuentena han desaparecido de las pantallas. Los presentadores y los realizadores, que tienen la misma edad o más, siguen, no obstante, en su puesto. Los responsables de las cadenas —a menudo hombres «en lo mejor de la vida», como suele decirse— continúan buscando carne fresca, únicamente femenina, y cuando te despiden a causa de tu edad, alegando por supuesto otros motivos, te explicarán que hace tiempo que debías haberte «desenganchado», como si este oficio fuera una adicción. En noviembre de 2014 hubo una tendencia —por

desgracia efímera— en la publicidad de los grandes periódicos, tanto en Francia como en Estados Unidos —pienso sobre todo en *M*, la revista de *Le Monde*—, en que se veía a modelos de cierta edad, es decir, de avanzada edad, fotografiadas sin Photoshop, como heroínas de un mundo en el que las arrugas eran respetables, las marcas sobre el cuerpo eran señales de una vida bien vivida y donde vejez y belleza formaban tan hermosa alianza que los anunciantes se vieron sobrepasados por las reacciones positivas de... tanto mayores como jóvenes.

Pero esa ola se ha alejado ya, pese a ciertos episodios positivos, como la película *Gerontophilia*, de Bruce LaBruce, en 2013, en la que un hombre joven se enamora en un hogar de jubilados de un señor de ochenta y dos años, o el blog *Advanced Style*, donde el fotógrafo y autor Ari Seth Cohen nos presenta a mujeres mayores suntuosa y elegantemente ataviadas, y también el fotógrafo Sacha Goldberger, que ha tomado como tema e icono de sus fotos... a su abuela, a la que pone en situación de superheroína en su serie *Mamika*. Afortunadamente, hay asociaciones como la fundada por Marie-Françoise Fuchs con el malicioso nombre de Old'Up, que se replantean la edad avanzada y se basan en otros modelos, particularmente indios, provenientes de esa reserva de vida contemplativa, para ser ciudadanos del mundo, seguir activos, liberar una energía desconocida y alcanzar una madurez interior. No estar ya en el tener y el hacer, y replantearlo todo para acercarnos a nuestro ser.

El verbo ser. Esta inmediatez del presente en el que vivimos. Todas las cosas nuevas que nos llegan con el flujo de la percepción de vivir. Clasificamos, ordenamos lo que nos llega casi sin darnos cuenta. Evitamos las colisiones. Justo sabemos lo que acaba de pasar y ponemos una barrera de contención al futuro. En ocasiones, la vejez hace que se diluya esa idea evidente, cartesiana, de temporalidad. Como todo el mundo, tengo conocidos que sufren de alzhéimer o de demencia senil. Como todo el mundo, tengo miedo de que me pase lo mismo. Vigilo los menores síntomas. ¿Sabré detectarlos? ¿Quién me avisará?

Flaubert escribe: «Hay que aprenderlo todo, desde hablar hasta morir».

«Casi cada día mi madre me dice que está preparada para morir. A continuación añade: no quiero vivir vieja y decrépita, sin que me quede ni una neurona válida...

»—Yo tampoco quiero eso, mamá.

»—¿Cuántos años tengo? —me pregunta una vez más.

»—Noventa y cuatro años.

»—Y tú ¿cuántos tienes, entonces?

»—Sesenta y dos.

Me responde que no puede ser que su hijo sea tan viejo.»

En *Recuerdos del futuro*, Siri Hustvedt habla de ella, de nosotros, para nosotros, para nuestra generación. Nuestros padres son ancianos durante más tiempo cada vez. ¿Sabremos devolverles todo lo que nos han dado desde que nacimos?

Tenemos nuestras ideas sobre la vejez. Pensamos que es una edad a la que podemos llegar gracias al progreso de la medicina y de la higiene. Verdadero y falso, ya que siempre ha habido ancianos, desde los albores de la humanidad. Antes había menos, evidentemente, y sobre algunos periodos solo tenemos conocimientos fragmentados. No hay avance alguno en la aceptación de la vejez a través de los siglos. ¿Por qué en la Edad Media los viejos eran considerados menos que nada, y en cambio en la Antigüedad debías tener una edad avanzada si querías ocupar altos cargos? La experiencia misma de la vejez ha oscilado mucho. Tenemos, por ejemplo, a Sófocles, quien escribió su última obra, *Edipo en Colono*, a los noventa años, y a Eurípides, que escribió sus *Bacantes* y su *Ifigenia en Áulide* a los ochenta años. Platón terminó su última obra, *Las leyes*, poco antes de su muerte a los ochenta y un años. Su contemporáneo y gran rival Isócrates publicó hasta la edad de noventa años. Catón el Viejo vivió hasta los ochenta y cinco años. Entre los padres de la Iglesia, san Agustín vivió hasta los setenta y seis años, y Tertuliano, hasta cerca de los ochenta. Nuestros Beethoven y Verdi lucen poco al lado de estos *postseniors* de la Antigüedad. Afortunados y muy resistentes, esos viejos eran mucho menos numerosos que nosotros y podían considerarse unos supervivientes, mientras que nosotros somos tan numerosos que inspiramos lástima y

pavor. En todo caso, no tuvieron que sufrir los daños causados por el culto a la juventud que padecemos desde hace cincuenta años.

En la Alta Edad Media, Brunilda superará la edad de setenta años. ¿Tan diabólico fue ese prodigio que tuvo que pagarlo con la pena capital? En efecto, la longevidad permitió a esta reina de Austrasia tener un papel durante los sucesivos reinados de su esposo, su hijo y sus nietos. Cuando ya reinaba su bisnieto, se enfrentó a un rey enemigo. La torturaron como si hubiera sido una doncella: la ataron a la cola de un caballo salvaje y luego la quemaron en la plaza pública. Desde Erasmo hasta Du Bellay, pasando por Rabelais, son muchos los autores que describen a ancianas con el sexo entreabierto, un vientre prominente y poderes de bruja que reclaman su ración sexual emitiendo obscenos gañidos. Únicamente Pierre de Brantôme, en el cuarto discurso de su obra *Vie des dames galantes*, alaba los refinadísimos conocimientos eróticos de las damas maduras, las únicas que son auténticas expertas en el placer.

La Revolución francesa puso empeño en rendir solemne homenaje a las personas mayores, que tendrían derecho a su fiesta nacional. El 23 de octubre de 1789 se votó en la Asamblea la creación de una ayuda obligatoria a todas las personas viejas, así como su inscripción en el gran libro de la beneficencia nacional. En 1793, honrar a la vejez se convierte oficialmente en una virtud cívica. Asimismo, se erradica la caridad, que era la manera en que se trataba la pobreza de los viejos durante el Antiguo Régimen. La idea de deuda social insta a «asistir de forma incondicional a aquellos a quienes la edad y las enfermedades han privado de medios de subsistencia». Para los revolucionarios, la sociedad es el resultado de los esfuerzos llevados a cabo en el pasado por los mayores. Habrá que esperar a la III República, con la ley de 1905, para que esa deuda social quede reflejada en una ley: la obligación de asistir a los ancianos indigentes; por primera vez, una gran parte de la población —más del 22 por ciento— se beneficia de la ayuda estatal.

Hemos de diferenciar entre la historia del auténtico papel de la vejez y su representación en las imágenes sociales. Desde las sociedades cristianas medievales del principio de los tiempos modernos hasta el siglo XVIII, la vejez no se valoró. El anciano era el que había sobrevivido a las enfermedades y se había retirado en todos los sentidos del término. Podía ser devoto, estudioso, un pensador. Iba vestido de negro y meditaba sobre el sentido de la vida. Recordemos las pinturas de Rembrandt. También podía ser ávido y perverso, estar enfermo, perder todos los dientes y desprender un olor desagradable. Los vejestorios de las obras de Molière —media de edad de cincuenta años— son ridículos porque no quieren retirarse del mundo y ceder su fortuna... A lo largo del siglo XVIII se produce un vuelco y se recupera el modelo del anciano noble de la Antigüedad. Esta figura del patriarca perdurará hasta el siglo XIX, y Victor Hugo la glorificará para siempre. Desde entonces se celebrará al niño, otrora el gran ausente, curiosamente en los mismos términos con los que se alabará la belleza del anciano, el gozo de envejecer. Haber sobrevivido, sobrepasar los límites se convierte en una distinción envidiable... «Uno de los privilegios de la vejez es tener todas las edades, aparte de la propia.» Es proyectarte en el infinito, alcanzar el puente del tiempo, olvidarte de ti mismo para unirte al cosmos, afrontar las tinieblas con los ojos abiertos, descubrir en el negro los colores del arcoíris, convertir tus sueños en profecías. Victor Hugo, que lo escribe y lo vive, nos provoca todavía una tempestad de energía oscura. ¿Será la sensualidad cósmica un don que la Naturaleza otorga a los más viejos? En un dibujo de Victor Hugo, se ve al bíblico Booz dormido: de él nace un roble que llega al cielo y a sus pies yace una mujer con el pecho desnudo, mientras el universo entero participa en la voluptuosa sinfonía nocturna. Pocas veces ha sido llevada la vejez a tan altas cimas como en *Booz dormido*. El romance del patriarca octogenario con la espigadora moabita conserva hoy toda su fuerza erótica. Aquel que reivindicaba poder empezar una carrera a los setenta y cuatro años cumplió su promesa; a los setenta y cinco publica *El arte de ser abuelo* y teoriza sobre lo que él denomina su «maduración» en el arte de vivir. ¡Retorno a la sublime primera inocencia, retorno a la razón, retorno a la luz! «Pero está usted loco, abuelo. Estoy de acuerdo. Ánimo, señores fuertes y señores poderosos, desconfiad de mí, estoy falto de venganza...» Con este texto, de una belleza salvaje e

indestructible, Victor Hugo sigue siendo el autor que más lejos se ha aventurado en el inmenso océano de la vejez.

¿Y si Victor Hugo tuviera razón? ¿Y si ciertos placeres solo les estuvieran permitidos a los viejos, y a nadie más que a ellos? ¿Como el de la filosofía, por ejemplo?

En *¿Qué es la filosofía?*, de Gilles Deleuze (uno de sus últimos textos, ya que se suicidó en 1995, a la edad de setenta años) y de Félix Guattari, ambos presentan la vejez como una apertura al mundo: «Tal vez solo nos podemos preguntar qué es la filosofía tarde en la vida, cuando llega la vejez y la hora de hablar con concreción... En algunos casos, la vejez otorga no solo una eterna juventud, sino también una soberana libertad, una necesidad pura en la que gozamos de un momento de gracia entre la vida y la muerte, donde todas las piezas de la máquina se combinan para enviar al futuro una línea que atraviesa las edades».

En el siglo XIX en Francia gobernaban los viejos porque tenían... edad, y además eran ricos. Ser viejo era una condición para tener poder y ejercerlo. Durante la Restauración, el sufragio censitario, o restringido, funcionaba según los títulos de propiedad, pero principalmente según la edad avanzada. Eran elegibles los viejos y los muy viejos. Después de 1830, los viejos siguieron haciendo las leyes en la Cámara de los Pares. En 1835, Talleyrand le escribe a Guizot: «Ayer acudí a la Cámara de los Pares... solamente éramos seis, y todos teníamos más de ochenta años». Louis Adolphe Thiers tenía setenta y siete años cuando dejó la presidencia en 1873. Clemenceau tomó el poder a los setenta y siete años. Churchill lo abandonó a los ochenta y un años. Adenauer, a los ochenta y siete. En época más reciente, el general De Gaulle parece el benjamín, porque se retiró a los sesenta y nueve años, una edad que, en su época, lo situaba entre los ancianos. Desde la elección de Nicolas Sarkozy como presidente de la República, la imagen del viejales en altos cargos políticos se ha visto seriamente afectada. La elección de Emmanuel Macron ha reforzado la idea entre la opinión política de que más vale tener juventud y buena salud para saber responder en cualquier momento a cualquier tipo de situación.

Durante la campaña presidencial de Macron, no se señaló en ningún momento que su edad pudiera ser un obstáculo o que significara falta de experiencia. Esto habría sido impensable hace tan solo veinte años, cuando la práctica de las instituciones, la sedimentación de la experiencia y los recorridos lentos y obligados de esta profesión impedían la entrada de los treintañeros... El mundo entero nos envidia la juventud de nuestro presidente (incluso sus adversarios) y la experiencia que tiene de su posición —estemos o no de acuerdo con él — basándose tal vez en su edad, y no a pesar de ella..., acentúa en Francia la omnipresencia y la omnipujanza de la juventud... por desgracia, en detrimento de una vejez relegada, marginada, inutilizada porque se considera inútil.

Gracias a Dios, la reina Isabel de Inglaterra cuida de nosotros. A sus noventa y cinco años, ella, que todo lo ha vivido, sigue interpretando su papel y nos tranquiliza. Es una de las pocas personas en el mundo a la que su pueblo festeja el cumpleaños. Como auténtico icono de una cierta idea de la serenidad y el gozo de vivir, cuida de todos los viejos y transmite sin pretenderlo un mensaje positivo a los más jóvenes... ¿Cuál es su secreto? ¿Comer cisne? ¿Retorcer personalmente el pescuezo de los faisanes que ha cazado, ver todas las tardes la serie *EastEnders* antes de bañarse con jabón de agua de rosas? A los ochenta y nueve años se atrevió con Twitter, a los noventa y dos con Instagram. Recientemente amonestó a un hijo suyo que fue acusado de tener experiencias sexuales con una menor, y lo castigó como si fuera un niño: le ordenó que se retirara de la vida pública. Leyó sin pestañear el programa de salida de la Unión Europea delante de Boris Johnson. Cuando su adorado nieto renunció a vivir en el Reino Unido, tal vez no dijo lo que pensaba, pero lo comprendió. ¿Le envidiaba por atreverse a tomar la decisión? Durante la pandemia, cuando su primer ministro estaba hospitalizado, Isabel de Inglaterra supo hablar con naturalidad y sensibilidad —unas palabras concisas, llenas de humor y empatía— para dar las gracias al personal sanitario y ofrecer a sus conciudadanos una nota de esperanza. ¿Qué sorpresa nos prepara para su centenario? ¿Enviará cartas de felicitación firmadas por ella a todos los centenarios de Gran Bretaña, como hace todos los años desde que es reina?

En el siglo XIX se hablaba de la muerte con ávida curiosidad. La gente incluso quedaba para hablar del tema. A partir de 1862, las famosas cenas Magny, reservadas a los hombres —solo George Sand fue invitada y pudo asistir—, reunían a personas como los hermanos Goncourt, Daudet, Zola, Flaubert y Sainte-Beuve para debatir sobre ella con libertad. En el café Kraup de Helsinki, a principios de los años veinte, Sibelius se reunía todas las semanas alrededor de la mesa limón —el limón es el símbolo chino de la muerte— con médicos, hombres de leyes y poetas... Recuperemos ese tipo de reuniones de amigos. ¿Y si organizáramos cenas de debate con un premio de consolación para el mejor orador? Pero es al revés, ahora se considera incorrecto hablar de la edad, de la propia y de la de los demás. Es un tema que provoca enfados o que lleva rápidamente a reacciones de compasión. ¡Oh, pobrecita mía, trabajas sobre la vejez...! Te compadezco, pero ¿quién te ha obligado? La incomodidad de nuestra civilización con respecto a la edad nos impide la reflexión y obstaculiza cualquier intento de anticipación. Si eres optimista te dices que falta mucho para que pases por las horcas caudinas, y si eres pesimista te dices que de todas formas te llegará, de modo que no vale la pena pensar en ello. Si cumplir años es una fatalidad, saber envejecer es una posibilidad, y puede, incluso, convertirse en un arte. Envejecer podría ser un privilegio, un suplemento anímico, siempre que conserves la salud, por supuesto. No hay duda de que la vejez supone una aceptación, tal vez un desdoblamiento de uno mismo —te ves distinto de lo que has sido—, pero esta aceptación pasa por mantener el deseo de vivir y la alegría de estar todavía en el mundo. En esta época de transición, cuando la esperanza de vida lleva años aumentando y creando una nueva clase de edad —*the oldest old*, los más viejos de los viejos—, lo preocupante es que veamos la vejez cada vez más como un peso, un peligro, una desgracia.

«Vivo de imágenes sociales. El viejo tiene la edad que le coloca un "joven" que, a partir de aquí, se ve a sí mismo como "joven". Este gesto pone en marcha un racismo: me excluyo de una exclusión que yo pongo, y así es cómo, a mi vez, yo excluyo y constato. [...] Eres joven, eres viejo de modo que cállate (espera, deja espacio libre, no entres, paga más caro). Hay un racismo de las edades, de todas las

edades» (Roland Barthes).

Hay quienes deciden —precisamente porque ya han experimentado lo que es la vejez o porque la tienen cerca— construir lo que yo llamo un templo a la vida, a su vida. Tienen un sentimiento de gratitud —por retomar el título del maravilloso libro de Oliver Sacks— y un agradecimiento tan enorme a todo lo que han recibido que el miedo a la vejez ya no les afecta, tan impregnados están por ese pasado que irriga su presente. Viven cada instante como si fuera el último, y ponen todo su empeño en ser conscientes de los pequeños momentos de felicidad. Parecen invencibles. Inspiran admiración, aunque no desean suscitarla. Al contrario que algunos estoicos, que convertían sus preceptos en enseñanzas, esas personas no aplican su enfoque de la existencia más que a sí mismas. No son maestros pensadores, no predican, se esconden y se asustan cuando se les quiere rendir homenaje. Esas personas están enamoradas de la vida, y todos tenemos cerca a alguien así. Pueden haber dejado testimonios escritos, como Françoise Héritier, renombrada antropóloga que, cuando supo que padecía una enfermedad autoinmune, publicó *La sal de la vida*, y a continuación *Al azar de los días*. En estos diarios de vagabundeo poético, cuadernos de notas de la vida cotidiana, anota todo aquello que la lleva a maravillarse: el eco de los niños jugando en el patio, el olor del heno mojado en el campo después de la lluvia, la intensidad del azul del cielo en un día de invierno, la voz de John Wayne cuando reponen una película suya en la televisión, el *Bella ciao* cantado a coro en italiano, los guisantes desgranados entre varios mientras se charla, el aliento recobrado al llegar pedaleando a lo alto de la cuesta, el esperado calor del verano para oír los primeros cantos de los grillos... La lista de estos pequeños placeres, que son también los nuestros, es infinita, y la autora los bebe a grandes tragos para poder explicárnoslos mejor y también como protección contra el fin inevitable que se acerca. En *Plaisirs*, su nuevo libro, Dominique Rolin evoca la vejez como una dulzura, una liberación, la aceptación de sí misma, una nueva libertad interior, un encuentro permanente con su auténtico ser. Ella, que nunca se había gustado, contempla con placer el azul pálido de sus ojos o su mandíbula prominente, que tanto la había hecho sufrir. Finalmente se acepta como es. En adelante, su

presente está totalmente entregado a esta extraña alegría: sobrevivir. *Gratitud* es la palabra que le vino a la mente al célebre psiquiatra estadounidense Oliver Sacks, inventor de una nueva forma de enfocar la enfermedad mental, cuando su médico le comunicó —él ya tenía ochenta años— que el cáncer le concedía seis meses más de vida. Feliz de no estar muerto todavía. Gratitud, pues, a la vida:

> Aquí estoy, cara a cara con la muerte, pero todavía no he acabado con la vida.

Deseo y también voluntad de redondear la existencia. No dejarse atrapar por la edad, recuperar energía como se pueda para tener la impresión de que empezar cada día a vivir de nuevo nos tendrá en ascuas. El padre de Sacks —que murió a los noventa y cuatro años— le dijo a menudo que él había vivido su mejor etapa entre los ochenta y los noventa años. La cercanía de la muerte se vive más como un combate intelectualmente interesante que como una disminución del apetito por la vida. Amar y trabajar: esa era su divisa. Su vida psíquica se hizo más profunda, su visión del mundo se amplió en lugar de estrecharse, su percepción de la belleza se agudizó y ya no sufría ataques de impaciencia. Pagar sus deudas al mundo sin dejar de honrar el amor y la amistad, alcanzar un nivel superior de sagacidad y entendimiento, eso es lo que le quedaba por hacer: «No puedo decir que no tenga miedo, pero por encima de todo tengo un sentimiento de gratitud. He amado y he sido amado, he recibido mucho y he dado mucho, he leído, he viajado, he pensado y escrito. He librado una lucha cuerpo a cuerpo con este mundo». La cercanía de la muerte puede ser, paradójicamente, una de las formas de disfrutar de la vejez. Así lo afirma Sacks: «No considero la edad madura como un periodo de decadencia que deberíamos soportar lo mejor posible, sino como un momento de placer y de libertad que me libera de la exigencia ficticia del principio y me permite explorar lo que yo quiera...». Incluso Voltaire, que tan a menudo se quejó de que se acercaba la hora de la vejez, a partir de cierta edad empezó a admirarse, y a los ochenta años, escribe: «El corazón no envejece, pero es triste albergar a un dios entre las ruinas. Es cierto que estoy un poco sordo, un poco ciego, un poco impotente; todo esto está coronado por tres o cuatro enfermedades horribles, pero nada me puede privar de la esperanza».

La edad nos puede dar fuerzas. ¿Puede darnos talento también? Es indudable que algunos artistas, en especial músicos, pintores y escritores, tienen una «obra tardía» que linda con la genialidad. Sin duda existe un estilo de vejez que no es simplemente el resultado de los años vividos, sino un don plantado entre los demás dones que pueda poseer el artista, y que solamente eclosiona en la edad avanzada. Por ejemplo, el descubrimiento de la luz penetrante que hizo Tiziano al final de su vida, o los hallazgos de Rembrandt y Goya, que en la última etapa de su existencia lograron hacer visible lo que es invisible, como si hubieran alcanzado una suerte de metafísica. Uno de los más bellos ejemplos es Nicolas Poussin, en su obra *Invierno o Diluvio*, el cuarto cuadro del ciclo de las estaciones, consagrado al invierno y pintado para el duque de Richelieu. Esta pintura final inspiró a Rousseau, que la consideró «realmente sublime», mientras que Chateaubriand veía en ella «el admirable temblor del tiempo». El propio Chateaubriand señala en *Vida de Rancé* que, para llegar a eso, es necesario primero haber sido un genio. La edad no es un don en sí misma, pero es la condición que nos permite dejarnos llevar, tomar distancia de las vanidades del mundo y soltar lastre para llegar más lejos. Hace treinta años, el trabajo «postrero» de los artistas era, en el mejor de los casos, ignorado y, en el peor, considerado discutible. Hoy en día, por fin, estas obras pueden ser reconocidas como las más destacables, incluso las más innovadoras, de una increíble modernidad, como adelantadas a su tiempo. Actualmente, *Los nenúfares* de Monet ya no se considera un lamentable efecto de la vista deficiente del artista, y uno de los últimos autorretratos de Bonnard —*Autorretrato en el espejo del cuarto de baño*— es una obra de arte de la meditación sobre el devenir del tiempo; los papeles recortados de Matisse anuncian las nuevas técnicas y no una renuncia al acto de pintar, y las últimas pinturas a base de puntos de Picabia se han reevaluado como muestras de una gran libertad formal. Para estos artistas que se atreven a reinventar el vocabulario pictórico solamente existe el placer de pintar. En esta vuelta a la introspección al final de la existencia hay una necesidad de saborear sus posesiones y sus logros, pero también de profundizar en ella para rebasarla. De ahí la sensación de riesgo que sentimos al contemplar esas obras. El éxito que alcanzaron las exposiciones de las obras tardías de Picasso

demuestra que ya quedó atrás la época en la que se lo veía como un viejo senil obsesionado por el sexo que pintarrajeaba sus fantasmas en los lienzos. La edad se convierte en intensidad, plenitud, capacidad profética de mantenerse en el límite. «A veces los genios anuncian su muerte a través de una obra de arte», decía Chateaubriand. Esta nueva manera de contemplar la historia del arte, que no se apoya en la seudosabiduría que conceden los años, rompe con el cliché de la edad venerable, del dominio, y pone el foco en cambio en la intranquilidad propia de la última etapa de la existencia, la ausencia de compromisos, la exaltación de seguir vivo. Edward Said teorizó sobre este tema en el que fue su último seminario, publicado tras su muerte con el título de *Sobre el estilo tardío.* ¿Existen cualidades especiales de la percepción y del sentido de la forma que surgirían durante las últimas fases de la existencia? Desde luego que sí, responde Said, y pone como ejemplo a grandes genios como Shakespeare con *La tempestad* y *El cuento de invierno*; como Beethoven con las cinco últimas sonatas para piano, la *Novena sinfonía*, los últimos diez cuartetos de cuerda, su *Misa solemne*, las diecisiete bagatelas para piano que rompen con lo que él dominaba y parten en exilio hacia tierras desconocidas; o también Verdi, quien al final de su vida compone *Otelo* y *Falstaff*, dos obras de las que emana no un espíritu de resignación, sino un rebrote de energía. La intransigencia, el dolor del esfuerzo, las contradicciones no resueltas, la confrontación con la muerte, el alejamiento de la idea de logro son aspectos comunes a estas obras tardías que nos emocionan por su tono de verdad trágica.

Para convencerse, basta con fijarse en las obras de Louise Bourgeois en los últimos años de su vida: es nonagenaria y crea obras con trapos, corta, repara, ensambla piezas como en un retorno a la infancia en el taller de su madre, canta mucho, escribe cancioncillas, fabrica libros de tela, consciente de la reactivación de su pasado, pero en busca de su futuro. Habla de «tener el recuerdo de algo que no ha existido nunca». Acepta la idea de «marcharse de casa», «hacer las maletas». Lo experimenta, lo dice y lo escribe: «Lo suelto todo, me alejo de mí misma». El tema de la maternidad aparece una y otra vez de forma obsesiva. Fabrica cabezas con pedazos de tela remendados, y algunas tienen la boca amordazada, no pueden gritar. Se imagina a sí misma ante la decrepitud. Vive físicamente el fluir del tiempo y dibuja relojes, agujas que señalan las horas. Imprime en los retales algunas

frases de sus cuadernos: «obsesión o confusión», «no te ocupes de ti misma, ocúpate de los demás». Se pregunta desde hace mucho tiempo sobre lo que ella denomina el mundo de arriba, sobre lo evanescente y lo eterno; se siente desbordada por esta vida que la supera, dibuja maternidades y se identifica con los bebés. Esta mujer, que a los sesenta años decía sentirse joven como una muchacha de dieciocho años y veía la vejez como una bendición, escribe en su libreta: «Actualmente me gustan las personas viejas porque son modestas y a menudo tristes. Suelen atacar porque se sienten feos. De hecho, no son feos, son interesantes, como los árboles que han sobrevivido a las tormentas». Louise Bourgeois trabajará hasta el último momento pese a la fatiga o las pérdidas de memoria, e inventará nuevas técnicas. Una de sus series, realizada solamente dos años antes de su muerte, se titula *À l'infini*, una serie de nudos, tirabuzones y lazos de los que se escapan una cohorte de seres en el mismo inicio de su existencia. Reto a cualquiera a que intente no sentir emoción al verlos.

¿La edad como una posibilidad de ser por encima de la existencia? ¿La edad como camino de aprendizaje de alianza con el concepto de la nada?

La avaricia, el amor inmoderado del mundo, estuvo durante largo tiempo considerada un pecado, un pacto con el diablo. Quizá la resistencia a la idea de Dios nos ha llevado a reemplazar la muerte por el sentimiento de mortalidad. ¿No se ha diluido la muerte en el propio sentimiento de la vida, mientras que en el pasado era solo un instante? Es posible que, para algunos, la experiencia de la edad avanzada sea un intento de alcanzar el viejo sueño de la inmortalidad.

En los monoteísmos, los viejos están incluidos en la sociedad. No están fuera de ella, ni al margen. Una sociedad no podría considerarse entera si una de sus partes estuviera excluida. El patriarca de la Biblia es a un tiempo propietario de los bienes sobre los que manda, dueño del trabajo que controla y juez de los asuntos humanos. Si ocupa este estatus social privilegiado es porque ha llegado a la cúspide de la

edad. La vida prolongada acumula el poder de los años. La persona de edad avanzada llega a la plenitud del ser humano, por eso se la venera. Hace de eslabón entre las generaciones y los sexos, al contrario de lo que ocurre en nuestra sociedad, donde el anciano ha «salido» del contrato social, por lo que se le considera inútil y peligroso.

Por más que pensemos, si tendemos al pesimismo, que somos viejos antes de tiempo, por más que lo digamos y lo repitamos, la experiencia del tiempo en y sobre nuestra persona deja marcas psíquicas y físicas, y dibuja una cartografía de cicatrices que, mal que bien, intentamos enmascarar. La alteración o la modificación que los años graban en nosotros modifican nuestra definición y nuestro apetito por el futuro. La sensación de que «quemas» tu tiempo sin darte cuenta, ese apetito ilimitado, tan normal que ni siquiera le prestas atención, mengua para transformarse en voluntad de vivir más, es decir, de sobrevivir. Esa suerte de languidez es una versión rebajada o atenuada de aquella agitación vital que venía contigo desde tu nacimiento. No significa necesariamente que te sientas disminuido en tus facultades y en tus posibilidades —de joven piensas que los viejos están en todo disminuidos porque te resulta más cómodo—, lo que cambia es tu relación con el horizonte, la percepción de un cuarto muro, la ausencia de escapatoria que puede transformarse en domesticación de tu propio destino. Citemos otra vez a Chateaubriand: «A mi entender, por mucho que aprecie a mi pobre persona, comprendo que no superaré mi vida. En unas islas de Noruega desentierran unas urnas que tienen grabados unos caracteres indescifrables. ¿A quién pertenecen esas cenizas? Los vientos no lo saben». *Vida de Rancé* es el último texto que escribió Chateaubriand, quien gracias a la excelencia de su escritura hizo de la vejez un estado existencial, y no una semimuerte, como deseaba. Leyéndolo y releyéndolo se me ocurrió el título de este libro, *La viajera de noche*: «La vejez es una viajera de la noche: la tierra queda oculta para ella, solamente puede ver el cielo».

En la obra de teatro de Lars Norén, *Poussière*, que presenta a tres

personas ancianas que se encuentran entre la vida y la cercanía de la muerte, una de ellas se acerca a las otras y grita: «¿Nos hemos tomado el tiempo de ser jóvenes?».

Es una excelente pregunta, dice el amigo Edgar, y añade riendo: «Conozco a muchos viejitos que están en la treintena y que me deprimen, y a unos cuantos nonagenarios que me transmiten alegría». De modo que envejecer sería vivir sabiendo lo que es más importante para ti sin dejar de proyectarte en el futuro. No sentirse nunca «detenido», dice Simone de Beauvoir en su libro *La vejez*. Y añade: «Todos los jóvenes se convertirán a su vez en viejos, y la juventud solo dura un tiempo. Todo viejo ha sido joven, pero no todos los jóvenes han tenido, como los viejos, el privilegio de distanciarse de los alborotos del tiempo que obstruyen la intensidad del presente...». ¿Y si de todas formas estuviera bien llegar a viejo?

# LA VISIÓN DE LA EDAD

Para mí, que lo conocí en la última etapa de mi vida, era mi camarada, un adolescente cuya juventud yo —que no creía haber vivido más allá— medía según la que inconscientemente me otorgaba a mí mismo. Oí comentar que aparentaba la edad que tenía, y me sorprendí al observar en su rostro algunos de los signos que caracterizan a los hombres viejos. Comprendí que, en efecto, era viejo, y que la vida obtiene sus viejos de esos adolescentes que duran muchos años.

MARCEL PROUST,
*El tiempo recobrado*

Estoy sentada en el alféizar de la ventana de mi habitación en tiempo de confinamiento y hablo —como toda abuela que se precie— por Skype con mi nieto, al que tengo muchas ganas de abrazar, aunque geográficamente no está lejos. Lo veo perfectamente en mi portátil y, de repente, *hop*, desaparece: en su lugar veo a una mujer con gafas. Son para ocultar las ojeras. Es lo que me digo. Lleva gafas para que no se le vean las ojeras. Luego observo que la parte derecha de su boca es asimétrica. Me llevo la mano a la parte baja de mi rostro para borrar las arrugas. De nuevo esta prueba que se repite, cada vez más cruel. Imposible ignorarlo, fingir. Al llegar a cierta edad, todas y todos tendremos este tipo de experiencia cada vez más a menudo. Por definición, no nos vemos envejecer. Nos llega de forma accidental, como un rayo. Y cuando eres tú la persona que tienes delante, te dices con crueldad: ¿cómo lo haré para estar todo el día paseándome entre la gente sin que se den cuenta de que tengo la cara tan arrugada? Si me ven de espaldas, nadie diría que soy vieja. Pero ¿de cara? ¿Hasta cuándo me aceptaré? ¿Hasta cuándo me «reconoceré»?

Verse envejecer resulta más doloroso que cuando son otros quienes nos lo señalan. Aunque prefieras no pensar en ello, has iniciado un viaje que te supera, el tiempo del que antes disponías de forma ilimitada se agota inexorablemente y tienes miedo de no emplearlo bien. Eso no significa que no «pierdas el tiempo». Tendemos a creernos muy astutos y aplazamos la posibilidad de vivir plenamente cada instante. Nos robamos la vida a nosotros mismos, sin darnos cuenta de lo que perdemos.

«Vivís como si fuerais a vivir eternamente, sin que la idea de vuestra vulnerabilidad llegue siquiera a rozaros, no os percatáis del tiempo

que ha transcurrido ya; perdéis el tiempo como si pudierais disponer de él a voluntad, cuando en realidad este día que habéis regalado a una persona o a una actividad podría ser el último de vuestra vida. Todos vuestros temores son propios de mortales, pero vuestros deseos son propios de inmortales» (Séneca).

Decimos que «avanzamos» en edad. Preferimos dejarnos llevar por el *continuum* de la vida creyendo que somos siempre los mismos en el fluir de ese tiempo que pensamos que no nos modifica en lo esencial. Habría que ser estúpido, sin embargo, para ignorar que hace mucho tiempo que abandonamos la idea de una vida sin límites —algo en lo que no pensábamos a los veinte años—, sin que por ello creamos que moriremos mañana o pasado mañana. Conservamos nuestra vitalidad intacta. Estamos vivos. Para disgusto de algunos, seguimos con vida. La vejez no es solamente *haber sido*, es *seguir siendo todavía*, es un *futuro*. Intensamente.

Es última hora de la tarde. Acaban de bajar al andén del metro y es evidente que vienen del teatro más cercano, igual que yo. Ella viste parka gris y tejanos, y calza unas zapatillas deportivas. Él es más clásico en el vestir y «aparenta» la edad que tiene. Ella abre su móvil. Él se inclina hacia ella. Se besan. Entre los dos tienen, como mínimo, siglo y medio. Son guapos. Se miran a los ojos. Ríen. Tal vez por vivir este amor. Cuando llega el tren se cogen de la mano para entrar.

No quiero volver a mi juventud. En absoluto. No siento nostalgia del pasado. No me siento tan diferente. Es cierto que voy un poco más lenta. Espero a que el semáforo se ponga en verde para cruzar, no encuentro las llaves en el bolso, olvido dónde dejé aparcado el coche ayer, me equivoco de día para las citas, ya no quiero salir todas las noches, pero no por eso me he vuelto más formal; en este principio de primavera que nos ha robado el confinamiento me siento igual de feliz al ver desde mi ventana los nuevos brotes en los árboles de mi calle, y envejecer no me impide sentirme partícipe de esta renovación. Sin embargo, cada primavera me rompe el alma: ¿cuántas más podré

vivir?

*Fading* es la palabra que emplea Roland Barthes para definir ese momento en que el ser amado se retira sin agresividad de todo contacto. No responde, ni responderá tampoco si el que ama pretende ignorarlo. *Hosting* es el nuevo término que designa a esos hombres y mujeres que piensan que siguen siendo jóvenes a pesar de la edad. Se inventan historias en las que conservan la piel tersa, el cuerpo impoluto, los labios carnosos, el cabello hermoso aunque esté sin peinar, los andares elegantes. Se autoconvencen, y en esto los ayuda un mercado publicitario en pleno auge.

Este pequeño yo resistente que hemos construido a lo largo de los años, creyendo que nos protegería.

¿Se disuelve a medida que pasa el tiempo? ¿Y si nos dirigiéramos en otras direcciones, abandonando algunas costumbres, determinadas certezas? Abandonarlas nos permitiría tal vez crear nuevas posibilidades en el cuerpo y en la mente que hasta ahora no habíamos intuido. Menos dispersión, más concentración, acercamiento a un sentimiento íntimo de unidad, puesto que tenemos el tiempo contado. ¿Cómo puedes permanecer en la vertiente abierta de la vida sin malgastar tus fuerzas? Es preciso que recojas cuanto antes todo lo que todavía puedes recoger.

«Solo al envejecer nos damos cuenta de que la belleza no abunda, solo entonces comprendemos el milagro que supone que una flor se abra en medio de las ruinas y los cañones, que las obras literarias sobrevivan entre los periódicos y las cotizaciones de bolsa» (Hermann Hesse, *Elogio de la vejez*).

Reducir nuestra propia actividad, ¿no significa empezar a aceptar que envejecemos? Agudizar la investigación personal, mantener la curiosidad despierta, entregarse más a los demás que a uno mismo. Encontrar nuevos ritmos, abrir nuevos compartimentos, asombrarse,

reírse de los requerimientos, puesto que ya no hay mucho que perder, conocer la realidad de las posibilidades que tenemos aquí y ahora, en lugar de limitarnos a lamentar lo que fue.

Un día, mi hija Paloma decidió que ya no debía acompañarla hasta la puerta del colegio. Tenía entonces ocho años. Le costó confesar sus razones: «Eres demasiado vieja. No te pareces a las mamás de mis compañeras». Paloma nació cuando yo tenía cuarenta años, de modo que yo era una madre de cuarenta y ocho años, la única de esa edad, una vieja entre madres treintañeras. Me sentí dolida, pero lo comprendí. No dije nada. Con la muerte en el alma, acepté confiar mi hija a otras madres que sí tenían el derecho de ver cómo su hija pasaba al otro lado de la verja. Un buen día, unas semanas más tarde, Paloma me lleva de la mano hasta el otro lado de la fatídica frontera y me conduce hasta delante del colegio, donde me abraza delante de sus compañeras y sus madres. «Mira, mamá. Aunque tú parezcas más vieja, las mamás de algunas compañeras son mentalmente mucho más viejas que tú», me dijo al día siguiente. Fue mi día de gloria.

Los días de mercado, mi abuela se sentaba siempre a descansar en el mismo banco cuando volvía a casa. Doblada sobre sí misma, con la cabeza baja y las manos sobre las orejas, me decía como para excusarse: «Ya verás cuando tengas mi edad». La edad era una fatalidad que yo entendía como una amenaza. Los viejos parecían viejos. La edad era una suerte que el destino te asignaba, una certeza, un hecho social. No podías evitarla ni sobrevivir a ella. Los viejos, sin embargo, tenían sus privilegios: el dinero, el poder. Pertenezco a una generación que tenía la impresión de que los viejos le bloqueaban el camino, le impedían existir, no le dejaban espacio y paralizaban la sociedad. Estábamos hartos de ser jóvenes. Fue uno de los detonantes de Mayo del 68. Recuerdo un eslogan en la rue Gay-Lussac: «Prohibido ser viejo». Nos gustaba mucho esa frase: «Corre, camarada, el viejo mundo está detrás de ti». Teníamos la impresión de estar delante, nos creíamos los vigías de ese mundo futuro. En cuanto a los viejos, sobraban. Incluso aquellos a los que admirábamos, como Jean-Paul Sartre, que recibió un empujón cuando vino a la Sorbona porque era

un señor mayor. «Profesores, son ustedes viejos. Y su cultura también.» Nuestra juventud era un arma en sí misma, una diferencia positiva, y ellos estaban definitivamente al otro lado. Ya no contaban. De hecho, los llamábamos «los decrépitos». Actualmente soy yo la decrépita, y no puedo por menos que estar de acuerdo con los jóvenes que se inquietan por su futuro, que critican con razón el egoísmo de las generaciones precedentes, que confían cada vez menos en ellos, les dan pocas responsabilidades y les dejan en herencia un planeta estropeado que habrá que arreglar para seguir viviendo. Los *millennials* han cambiado de mundo, y nosotros, los *baby boomers*, intentamos torpemente adaptarnos al suyo aprendiendo los códigos de ese universo inmaterial en el que viven sumergidos desde su infancia. ¿Y si la verdadera grieta, el corte diferencial, estuviera en su distinta percepción del mundo común? Actualmente, igual que justo antes de Mayo del 68, se extiende por el mundo una protesta contra los viejos. Ya están hartos de los viejos. Y su lema de protesta es «OK boomer». Sigue hablando, nadie te escucha porque eres viejo. Todo empezó con una joven diputada neozelandesa ecologista que en noviembre de 2019 no lograba hacerse oír en un hemiciclo constituido por personas de más de cincuenta años. La joven sacó una pizarra y escribió su OK BOOMER. La expresión recorrió las redes sociales y se convirtió en viral. En las últimas manifestaciones por el planeta, organizadas por la generación Y, en todas partes aparecieron pancartas con la frase. Los jóvenes nos reprochan a nosotros, los viejos, que no asumimos nuestras responsabilidades de adultos. ¿No están en lo cierto al estigmatizar nuestra irresponsabilidad colectiva?

Desde el principio de la epidemia del coronavirus, los años que tienes se han convertido en un criterio objetivo de vulnerabilidad. Estamos científicamente considerados como «personas de riesgo». No se equivocaron aquellos *millennials* que desde el primer momento bautizaron al virus como *boomer remover*, literalmente «eliminador de *boomers*», con un gran éxito en las redes sociales. La edad como debilidad, la edad como déficit. Déficit de barreras inmunitarias, déficit de reacciones, como si todos estuviéramos ya afectados. El día en que el presidente dio su primer discurso televisivo, anunció que las personas de más de setenta años debían quedarse en casa —era una

semana antes del gran confinamiento— porque eran más frágiles. Era precisamente el día de mi setenta cumpleaños. No pude celebrarlo. Al día siguiente, mi jefe me comunicó que a causa de mi edad ya no podía ir al trabajo. De un día para otro. Al día siguiente soñé que unos policías me paraban en la calle, me pedían la documentación y me molían a golpes porque había incumplido la normativa. Luego nuestra relación con el tiempo se transformó de forma tan rápida y súbita, nuestra vida cotidiana se vio tan alterada por esta tragedia que nos volcamos en proteger a los demás y nos olvidamos de nuestra edad. El número de fallecidos nos arrastró a una espiral de angustia, de compasión, de vulnerabilidad y de deseos de ayudar. La edad se convirtió en un criterio obsesivo en los discursos de los médicos y científicos invitados a diario a los medios de comunicación. Cada noche nos recordaban que éramos los más afectados —¡cómo negar la evidencia de que a partir de cierta edad estamos más cerca de la muerte!—, que éramos personas de riesgo y que, sobre todo, no debíamos enfermar para no sobrecargar los servicios de reanimación, donde éramos los más frágiles. En fin, una especie de segregación se abatía sobre nosotros, una población más o menos apartada, juzgada tan inútil, puesto que se consideraba económicamente improductiva para ciertas competencias, que se estudió seriamente la posibilidad de desconfinarnos, una opción que finalmente —¿gracias, Brigitte Macron?— fue desestimada, no sin haber provocado una considerable protesta. Circularon muchas peticiones que recogían esa indignación. Una de las más emotivas fue la de Serge Klarsfeld, dirigida al presidente de la República, que señalaba que una parte importante de los supervivientes de la guerra y de la Shoah vivían y morían en las EHPAD (residencias para personas mayores dependientes). El coronavirus aumentó su tasa de mortalidad, ya fuera porque se contagiaron o, indirectamente, porque al verse privados de las visitas de sus seres queridos se dejaron morir. Klarsfeld subrayaba el atentado contra los derechos elementales de la persona humana. ¿Lo escucharon? Afortunadamente, las condiciones de visita —muy controladas— se relajaron un tanto.

Decimos el crepúsculo de la vida. ¿Por qué tiene que haber oscuridad? Al contrario, la luz nunca ha sido tan brillante, incluso cegadora. No

es culpa mía si todavía tengo ganas de nadar más allá de las boyas amarillas, de caminar por los senderos de esa cadena de montañas, sorprendida de poder seguir andando, aunque a la bajada me duelan las rodillas. El banquete del presente con la conciencia de lo que me espera en un plazo más o menos breve. Hambre de saber lo que va a pasar. ¿Convertirse en uno mismo?

«A veces hace falta toda una vida para recorrer el camino que lleva del miedo y la angustia a la aceptación de uno mismo. A la adhesión a la vida» (Charles Juliet).

¿Pueden los demás comprender lo que vivimos? Podemos encontrar las palabras, pero ¿cómo hacerles sentir lo que nos pasa? ¿Se puede aprender la vejez?

La vejez podría suponer que abandonamos los relumbrones sociales para centrarnos en lo que de verdad nos importa, como si nos desnudáramos de toda pompa para alcanzar lo esencial. ¿Dejar de repetirnos machaconamente todo lo que no hemos podido o no hemos sabido vivir y adquirir una especie de confianza? Cuando yo era joven, me castigaba a mí misma, me impacientaba, pensaba que nada iba lo bastante rápido ni era lo bastante fuerte. Vivía en desarmonía. Siempre por debajo. El reloj de la vida ha calmado y hasta ridiculizado esos intentos vanos y pretenciosos. No es solo que la dureza de la edad no me agobia ni me impone su ritmo, sus preocupaciones y sus angustias, sino que me he desprendido de toda clase de ilusiones destructivas que pesaban sobre mi vida, y ahora estoy más dispuesta a recibir, incluso a dar con la belleza allí donde, durante décadas, no había sentido más que una respetuosa indiferencia. La lectura de un poema de Celan me deja fulminada, los ojos se me llenan de lágrimas durante un baile de Anne Teresa de Keersmaeker, mi cuerpo en ese cuerpo colectivo durante la *Novena* de Mahler.

Me equivoco, como de costumbre. A pesar del GPS, doy vueltas en las rotondas y me pierdo. No pasa nada. A mi lado está Thierry Thieû Niang, al que desde hace ya más de dos años acompaño cada tres meses a un servicio geriátrico piloto en el nuevo pabellón del hospital Charles-Foix, en Ivry-sur-Seine. Los jubilados, con una media de edad de más de noventa años, lo reciben en cada ocasión como a una estrella del rock. Hay que decir que este coreógrafo y bailarín lleva a cabo desde hace tres años un trabajo muy notable, inmortalizado en el documental de Valeria Bruni Tedeschi y Yann Coridian *Una jovencita de 90 años*. En un principio lo pidió el Museo del Louvre, que propuso a pacientes y cuidadores que vieran, hablaran y se expresaran a partir de obras de arte en el recinto del hospital. Thierry vino en una ocasión para bailar entre cuadros prestados por el Louvre, en el vestíbulo de la unidad geriátrica del hospital. El enamoramiento fue instantáneo. Amina Lahlou, la directora del pabellón, que cree en las virtudes terapéuticas del arte y lucha de forma ambiciosa desde hace una década para modernizar y suavizar la mirada sobre la vejez, captó de inmediato lo que estaba en juego y le propuso a Thierry que volviera. Comprendió que el bailarín, con su amabilidad y su gracia, podía hacer que los ancianos que vivían encamados y postrados en sillas de ruedas irguieran la cabeza, luego la espalda y por fin el cuerpo, para aprender de nuevo a ponerse de pie y llegaran incluso a bailar. Amina pertenece a una generación preocupada por mejorar la vida cotidiana de los más ancianos que justamente a causa de su edad viven separados de la sociedad, recluidos en espacios cerrados, como si debieran sobrevivir en un mundo alejado del nuestro.

Una espléndida luz otoñal entra esa mañana por los ventanales de la instalación circular de la planta baja. Nada más entrar, en medio del vestíbulo, el piano con un taburete donde cualquiera puede sentarse a tocar, las plantas verdes, los cuadros de los residentes y las banquetas te dan la sensación de entrar en un lugar de vida, y no en uno de arrinconamiento, como me ha pasado a menudo en mis visitas a otros centros gerontológicos, incluso en los más ricos de Francia. Aquí todo es abierto, aquí huele bien, aquí todas las habitaciones dan al jardín. Aquí se acoge a personas de «edad avanzada», con patologías diversas, que envía el hospital. Aquí se ocupan de todo. Nadie tiene que pagar para que lo atiendan. ¿Será esta una de las razones por las que las cuidadoras, las enfermeras y el personal de las salas establecen

una relación individual con los ancianos? Lavantina viene a recibirnos. Luce una brillante cadenita alrededor del cuello —se la regalaron sus colegas por su aniversario la semana anterior— y blusa blanca, y nos anuncia con una sonrisa encantadora que todo sigue bien desde nuestra última visita en verano. Es su forma de decirnos que no ha habido ninguna muerte. Aquí los residentes, llegados del hospital público por decisión médica, pueden elegir entre quedarse en su habitación o permanecer en los espacios comunes. La mayoría están sentados en su silla de ruedas alrededor de las mesas, normalmente encorvados, con la cabeza baja y la mirada fija en el horizonte. Aunque no hablen entre ellos, la mayor parte del tiempo se comunican de otra manera y se agrupan por afinidades: aquí el grupo de las mujeres vietnamitas, allá los señores elegantes, más allá las parejas que no se sueltan la mano ni dejan de mirarse. Thierry se acerca a un grupo. Se ha quitado la cazadora y no tiene nada en los bolsillos, pero intuyo que durante dos horas va a hacerles incontables regalos, como si fuera un mago. Se acerca a Léonie con la mano tendida, y esta levanta la cabeza, esboza una tímida sonrisa, le tiende una mano a su vez. Su vecina, que no quiere ser menos, le ofrece también las manos. Una oleada de celos a causa de la presencia de Thierry recorre la sala, iluminando las miradas de las ancianas y también las de algunos ancianos. Thierry saluda a cada persona por su nombre y se interesa por su salud; él hace las preguntas y las responde, porque esas personas ya hace tiempo que perdieron el uso de la palabra. Thierry está el tiempo que haga falta para, literalmente, «despertar» a cada individuo. Le contestan con asentimientos de cabeza, pero poco a poco balbucean retazos de palabras que él interpreta: empieza a bailar, se estira y dibuja un espacio alrededor del cual se agrupan algunos residentes. Una mujer encorvada en su silla de ruedas, que desde nuestra llegada emitía gritos o repetía de forma obsesiva la frase «va bien, no va bien», intenta levantarse. Thierry se acerca a ella, le toca un hombro y luego otro, la planta sobre los pies, le hace notar que se mantiene sola de pie, la suelta unos segundos mientras la mira directamente a los ojos, abre los brazos hacia ella, como si la fuera a abrazar. Finalmente la abraza, para alegría de toda la asamblea: cuidadores, enfermeras, personal de sala, todos agrupados en esa burbuja de vida que el bailarín ha sabido crear. Viene a continuación el tiempo de la palabra. Ahora que los cuerpos se han desanudado,

varias personas quieren decirle cosas a Thierry, algunas insisten en que son secretos. Thierry escucha, a menudo arrodillado delante de cada uno; lo coge de las manos y descifra, lo hace repetir, enuncia lo que ha entendido, espera una señal de asentimiento y pasa a otra persona. Circulan las tazas de café, el aroma se mezcla con los efluvios de la cocina, donde se prepara la comida. Luego Thierry hace la ronda de sus «amigas», las que estaban tan cansadas que se han quedado en su habitación, en la cama. Incluso si están dormidas, el bailarín se acerca a cada una de ellas, como un príncipe encantador; las despierta y casi siempre se desarrolla entre ellos un diálogo silencioso. Yo me quedo en el umbral de la puerta, con un nudo en la garganta. Es duro, es muy duro marcharse.

El tren ha llegado puntual. El taxi ya estaba allí. El corazón me latía a toda velocidad cuando llegué al comedor, a tiempo para el café. Mi madre me sonrió. Mi padre me dio un abrazo. Me preguntó por la familia, se excusó por estar fatigado y le pidió a una cuidadora que lo acompañara a su habitación. Desde que decidió —en contra de la opinión de sus hijos y de su mujer— ingresar en un centro para personas mayores dependientes, el sueño tiene un papel importante en su vida. Se ha —sí— adormecido voluntariamente. No lo niega. Yo ya lo sabía. Con el corazón roto, lo acompañé en la ambulancia al centro que él mismo había escogido después de una minuciosa investigación. En tres ocasiones había hecho un intento de marcharse. Mi hermana y yo le suplicamos que no lo hiciera. Mi madre había decidido que se quedaba en su casa, era un asunto que habían acordado hacía tiempo. De modo que hice las maletas, deshice las maletas, y una mañana de septiembre mi padre dejó atrás su habitación, su despacho y a su mujer. Lo dejó todo. Pese a mi insistencia, no quiso llevarse su ordenador ni sus ejemplares de *En busca del tiempo perdido* que desde hace treinta años relee cada mañana y cada noche. Se cuidó de rescindir las suscripciones a periódicos y revistas, salvo la de *La Montagne*. Se fue sin nada. Sin que él lo supiera, le puse en la maleta un retrato de mi madre, pintado por uno de sus amigos en los años sesenta, y una foto de familia con sus bisnietos. La tarde de su llegada lo vi bastante contento. La verdad es que todo fue muy alegre. La directora lo recibió como si fuera a formar parte de una nueva familia,

y las enfermeras que lo cuidaban a domicilio —y que con el tiempo se habían convertido en amigas suyas— vinieron con sus hijos a verlo. La habitación medicalizada se convirtió en un terreno de juegos donde los niños brincaban y gritaban. En un momento dado, mi padre interrumpió la fiesta. Quería estar solo. Nos fuimos todos. Esa misma noche se cayó y se rompió los huesos de la mano derecha. Ya no puede caminar solo, ya no lee, ve un poco la televisión. Espera. Dice que espera morir tranquilamente en un entorno confortable. Piensa que la muerte tarda demasiado en llegar. «Mira, cuando mi padre se encontró mal, fue a dar un último paseo por los campos, fue a ver sus vacas, regresó a casa y se acostó. Esa misma noche murió. Aquí te restauran, te cuidan para que sigas entero, pero eso no basta, es interminable y la cabeza sigue funcionando. Al parecer, lo moderno es acabar así. No me hace gracia, pero no me quejo. No, no, hay que tener paciencia.» La mayoría de los residentes vuelve a su habitación en tropel, y se forma un atasco de sillas de ruedas delante del ascensor. Detrás de los ventanales se ven los rosales desnudos, azotados por el viento: se los enseño a mi madre, que asiente sonriente. Le propongo que tomemos otro café. En la pared de enfrente hay dibujos de bosques en invierno. La sensación de frío se intensifica. La mano de mi madre en mi mano. Una señora que ha perdido la chaveta canturrea tonadillas de su infancia. Mi madre ríe. Mi madre ya no sabe dónde está. Me lo pregunta a menudo. No importa que le explique que, tres días después de que se fuera mi padre, me pidió que la llevara con él —«entiéndelo, es mi marido, toda una vida con él», me dijo— porque ya no se acuerda. Me dice que esto es la muerte, que quiere marcharse, pero en cuanto le digo que puede irse, cambia de opinión y lo deja para más tarde. Si estoy geográficamente lejos de ella, me ordena que la venga a buscar de inmediato. Si estoy con ella, mira su reloj y me ordena que me vaya porque tiene miedo de que pierda el tren. Dentro, fuera, es un caos tremendo. Cerca de ella, lejos de ella, el dolor es el mismo. Ella está en su mundo, yo estoy en el mundo convencida de que todavía es un poco el suyo.

«El que es incapaz de perderse es el mismo que no se ha perdido nunca: a ambos, es decir, al mismo, les faltará siempre la posibilidad

de emprender un camino» (Clément Rosset).

A los viejos hay que dejarlos juntos y esperar. ¿Esperar a qué? La muerte, y no la esperanza de una vida que puede conllevar bastantes placeres. Pero para eso hay que cambiar el punto de vista y abogar por una vida en común totalmente diferente de los modelos que supuestamente nos proponen, pero que de hecho nos imponen. Hay que luchar contra la discriminación por edad y convertir esta lucha en una causa esencial de nuestra civilización. Porque es en verdad una causa: humana, humanista, social, política. De vez en cuando, las instancias políticas organizan jornadas nacionales en las que solicitan informes... y dejan para más tarde las decisiones necesarias. En esta era de obsesión por el rendimiento, ayudar a personas ancianas que la sociedad considera «inútiles» tiene una traducción material —salarios de miseria—, psíquica y mental para aquellas —el 97 por ciento son mujeres— que llamamos cuidadoras a domicilio o asistentas personales. ¿Por qué una profesión tan útil socialmente goza de tan poca consideración? En el mejor de los casos, se las considera ayuda doméstica y les cuesta lo suyo que se respete su misión: acompañar, responsabilizar, devolver autonomía y confianza a personas a las que miran con respeto y benevolencia. Su papel es hacer que estas actividades se lleven a cabo y no que se hagan más deprisa. Las residencias de personas mayores dependientes no son guarderías. Al infantilizar a las personas mayores, con el pretexto de darles un máximo de seguridad, impedimos que ejerzan plenamente su papel como ciudadanos. ¿Serán los viejos los ciudadanos olvidados de la República? La cantidad de quejas sobre discriminación por edad que se elevan al Defensor de los Derechos señala a un tiempo una situación alarmante en algunos lugares donde, por desgracia, hay casos de maltrato, y una toma de conciencia de las familias o de las propias personas mayores para hacer valer sus derechos elementales. Jacques Toubon resalta que, antes de la pandemia, el plan de dependencia se aplazaba siempre para más adelante. Emmanuel Macron prometió un informe con carácter prioritario. Tanto para las compañías de seguros como para la banca, la edad es un criterio de discriminación, algo inaceptable desde el punto de vista del derecho. Toubon sueña con una sociedad donde ya no exista edad límite, y

señala que los menores tienen actualmente más derechos que las personas mayores. Opina que sería necesario «neutralizar» en cierto modo la cuestión de la edad en todas las situaciones, ya sea en el mercado de trabajo o en la vida personal, sin dejar por ello de conceder a las personas más frágiles por sus años de trabajo el derecho a vivir: a ser cuidadas, respetadas y protegidas. Desgraciadamente, la falta de medios es tan escandalosa que esto no siempre se cumple. Hemos pasado de un sistema mandatario a uno prestatario sin hacer ruido, poco a poco; pero la degradación, la pérdida de categoría de una parte de la población, aumenta sin cesar, sin que de momento esto provoque un escándalo duradero. De modo que, para ahorrar dinero, en algunos centros de mayores dependientes se violan de forma deliberada los derechos más elementales. Algunos EHPAD tienen que rendir cuentas a los accionistas, y no a los jubilados. Sin embargo, en un país donde el número de ancianos aumenta a extraordinaria velocidad, pronto será imposible continuar con la ley del silencio y la política del avestruz; los problemas son tanto de índole ética como demográfica: en los últimos años, en Francia el número de personas mayores ha aumentado un 60 por ciento, y ya somos más de trece millones de personas con más de sesenta y cinco años. ¿Por qué somos tantos y tan dóciles? En mayo de 2018, el Comité Consultivo Nacional de Ética denunciaba la guetización de los mayores y señalaba las condiciones indignas en las que se los dejaba al concentrarlos en los centros EHPAD, con lo que se creaba una situación indigna que provoca... indignidad. «Esta exclusión social, probablemente ligada a la negación colectiva de la vejez, el final de la vida y la muerte, plantea auténticos problemas éticos, especialmente en lo referente al respeto a la persona», concluía el comité. Cómo no recordar lo que escribió hace cincuenta años Simone de Beauvoir en *La vejez*: «El sentido de nuestra vida queda en entredicho en el futuro que nos espera: hemos de reconocernos en ese anciano, en esa anciana. Hemos de hacerlo para asumir totalmente nuestra condición humana. De entrada, ya no aceptaremos con indiferencia la desdicha de la última etapa de la vida, nos sentiremos concernidos, porque nos concierne». Es cierto que antes no era mejor: por fortuna, ya ha pasado el tiempo de los grandes asilos de ancianos que existieron hasta entrados los años ochenta, donde los jubilados estaban amontonados en dormitorios colectivos sin higiene y sin cuidados; los

ancianos, en camas agujereadas; los más pobres, en auténticos mortuorios. A las personas que habían rebasado una cierta edad y que carecían de medios se las consideraba entonces no-sujetos. Durante mucho tiempo, la vejez y la pobreza iban de la mano. En Francia, a los viejos se los denominaba «económicamente débiles». Incluso en 1970, más de la mitad de los pensionistas cobraba una pensión inferior al 75 por ciento del salario mínimo de la época. Actualmente, la vejez se ha convertido en un mercado y las personas mayores nunca han tenido un nivel de vida tan elevado. Desde hace cinco décadas, los ingresos de las personas mayores aumentan más rápidamente que los de los jóvenes. Aunque con el progreso de la medicina, que permite que cada vez más personas vivan más años, ha mejorado la atención a los mayores, no nos hemos adaptado a este nuevo hecho, ni política ni humanamente. Para los más ricos, todo va bien, o casi... Porque la enfermedad de la vejez está tan profundamente grabada en nuestro subconsciente que degrada a todo el mundo, incluso a los que pagan una fortuna para que accedan a cuidar de ellos. Que no te consideren más que un cuerpo inútil, un espíritu débil, una boca que alimentar, es un síntoma grave de una sociedad que ha enfermado del culto que otorga a la eficiencia, a las apariencias, a la intensidad del presente, a la fuerza de la juventud. A aquellas personas que ya no pueden tomar ese tren que va cada vez más rápido se las coloca en centros especializados donde entran con la idea de esperar la muerte, que a sus propios ojos tarda más de la cuenta en llegar. Hace solamente cuarenta años, en la ciudad, nuestros abuelos, si tenían la suerte de llegar a viejos —la esperanza de vida era de setenta años—, eran acogidos hasta su muerte en la casa de nuestros padres o de algún familiar. También en el campo, los hijos hacían un sitio a sus ascendientes —a menudo tras hacerse con sus propiedades— hasta que les llegaba la muerte. La vida no siempre era feliz, en ocasiones podía haber malos tratos en la intimidad familiar, pero nuestros ancianos formaban parte del ciclo de las generaciones y se beneficiaban de un estatus, un lugar, un reconocimiento en el interior de una tribu familiar. Hoy en día están descalificados, sobre todo a causa de la discriminación por edad. Los apartamentos son demasiado pequeños, las mentalidades han cambiado. Ya nadie es responsable ni culpable. Sin embargo, perdura la idea de hacer todo lo posible para que tus padres puedan tener la mejor vejez, y hay millones de

personas entregadas al cuidado de sus mayores. Estas personas sacrifican su tiempo, su energía y su economía para ayudar a sus padres. El nombre mismo que se da a estos centros nos señala la poca consideración de que gozan socialmente: EHPAD, las siglas en francés para Establecimiento para Alojar a Personas Ancianas Dependientes. ¿Por qué vejez y dependencia tendrían que ir juntas necesariamente?

En Francia vivimos en una sociedad impregnada de benevolencia, de sentimientos humanitarios que provienen de antiquísimos vínculos de consideración hacia los demás, y desde luego hacia los nuestros. La mayoría de las familias en Francia se ocupan de sus mayores de forma ejemplar, y a menudo tienen que romper la hucha por ellos. Actualmente, en Francia, el 80 por ciento de las personas que viven en un EHPAD tienen que recurrir a su familia para completar el pago de la habitación, de 1.600 euros de media. En los centros de mayores trabajan mayoritariamente mujeres, entre ellas, mujeres jóvenes con salarios de miseria que llevan a cabo un trabajo fantástico, difícil y que requiere cualidades no solo profesionales y físicas, sino sobre todo humanas. Quiero hablar también de las cuidadoras a domicilio, las que denominamos «asistentas personales», y quiero rendirles un emocionado homenaje. A pesar de lo agotador de las tareas y lo difícil de los horarios, con sus cuidados y sus gestos llenos de humanidad —les toman de las manos, les ponen una mano en el hombro, las mueven con suavidad, las visten, las lavan, les sonríen, las miran a los ojos—, logran que esas personas formen de nuevo parte de la comunidad. Aunque hace falta tener el tiempo necesario, hay que conseguir que te acepten en el centro, hay que haber seguido un aprendizaje bastante largo. Cuidar de los demás no es una ofrenda ni un don, como pretende hacernos creer cierta opinión por desgracia muy francesa, y seguramente impregnada de catolicismo, sino que es una profesión con sus reglas, sus formas de comportamiento, su vocabulario. Es verdad que en el verano de 2003 nos impactó el número de víctimas y su edad: diecinueve mil personas murieron en Francia a causa del calor, y eran nuestros abuelos. Las primeras semanas se hizo un silencio ensordecedor. Se hablaba más del sufrimiento de los pollos y los cerdos en las granjas que de las personas mayores que morían en su casa, en los hospitales o en las residencias de ancianos. La soledad de los mayores, la marcha de los familiares en verano, la pérdida de los vínculos sociales en las

ciudades... el problema no era solo individual, sino también sanitario, político y ético. También reflejaba la indiferencia o la impotencia de los servicios públicos a la hora de ocuparse de los más frágiles y aislados, así como una suerte de resignación, ciertamente culpable, de todos, que nos dijimos que más valía salvar la vida de los jóvenes. Ahora se ha vuelto a imponer la costumbre de esconder el polvo bajo la alfombra en lugar de afrontar la situación política, colectiva e individualmente. Circulen, aquí no hay nada que ver. Silencio y punto en boca. Además, ¿qué hay más aburrido que una compañera que te cuenta la visita a su abuela en la residencia de ancianos? Intentarás cambiar de tema. Como dice Régis Debray en su libro *Le plan vermeil*: «Nos encantan Victor Hugo, Albert Einstein o la hermana Emmanuelle para así poder, una vez reconocidos nuestros errores, privar de la sopa al abuelo y atarlo a la cama». Ya sé que no es lo que ocurre habitualmente en los siete mil EHPAD de Francia, en los que «viven» más de setecientas mil personas y trabajan trescientos cincuenta mil profesionales de la salud en un sector controlado por los presupuestos del Estado, cada vez más apretados. Aunque puedo comprender el enfado de algunos de estos profesionales, que llevan a cabo un trabajo admirable y se revuelven contra las críticas sistemáticas a los EHPAD, no puedo dejar de constatar el silencio del Estado ante esta cruel falta de medios, su insistencia en disminuir la ratio de personal en el 15 por ciento de los centros, las cada vez más frecuentes huelgas en los centros, la ausencia de una secretaría de Estado para las personas mayores que lleve esta causa nacional al más alto nivel interministerial. Puedo contar, en cambio, lo que ocurre todas las noches en los establecimientos considerados elegantes, muy caros: cuando los ancianos llaman al timbre, se les regaña. Lo que sé es que no siempre se ocupan de las personas, aunque técnicamente las laven, les den alimento y las sienten en el sillón o las acuesten. He oído también cómo se habla a los residentes utilizando esta neolengua que los excluye del libre albedrío: «Vamos a levantarnos», «Nos dirigiremos al comedor»... —¿quién es este *nos*?—, o «¿La señora ha dormido bien?», o la forma en que algunas cuidadoras hablan entre ellas de los casos «más difíciles». Lo que he entendido es que, por una parte, las mensualidades de los centros son cada vez más altas —sobre todo en los privados, un auténtico escándalo—, y por otra, los grandes grupos se enriquecen cada año con un negocio elogiado en profusos

anuncios que te animan a invertir. Gracias a lo que se ahorran en cada partida para tener el máximo de rentabilidad, la cifra de negocios de estos grandes grupos aumenta cada año, y los beneficios se calculan en centenares de millones de euros. La búsqueda de una inversión rentable y sin riesgo ya no es una utopía: los hogares de jubilados ya son y serán cada vez más una mina de oro para los inversores. Muchos hijos que visitan regularmente esos centros me han confiado que su propio padre había gastado todos sus ahorros para ingresar en el centro —a menudo hay listas de espera—, pero, en caso de que no tenga la suerte de morir pronto, los hijos deberán vender los bienes que habían destinado a sus propios hijos para pagar la mensualidad. He podido comprobar que el actual funcionamiento de los EHPAD no permite transparencia ni ofrece a las familias la posibilidad de ser escuchadas. Si las familias preguntan algo, la dirección de los centros responde con un lenguaje tecnocrático, aunque las preguntas versen sobre acompañamiento y calidad de la atención. Da lo mismo que hagas por tus padres lo que creías que era mejor, da igual que los acompañes en un proceso que puede ser voluntario o bien dictado por el hospital, al final te sientes —yo, por lo menos— un poco avergonzada de no haber sabido, no haber podido tener a tus padres contigo. La idea de que los he abandonado, de que no se sintieron acogidos, aunque estuvieran protegidos, perdura en mi espíritu. Tan profundo es el dolor que tal vez sea preferible no tocar este aspecto íntimo de mi vida. Pero no debo de ser la única.

Se llama Mishka. Un buen día comprende que ya no puede seguir viviendo sola en su piso, de modo que hace una petición para entrar en uno de esos centros para personas como ella. Perderá su ritmo de vida, su ámbito de vida, sus costumbres. Lo ha vendido todo para poder pagar esta vida loca: comida a las doce, merienda a las cuatro de la tarde, cena a las seis y media. Afortunadamente, su amiga Marie la visita, y ella se ha hecho amiga del logopeda que intenta poner freno a su pérdida del lenguaje, pero en Mishka todo se va. Se escapa por todas partes, sobre todo desde que está en la residencia. «Pasitos, pequeñas sumas, meriendas ligeras, pequeños paseos, visitas cortas. Una vida empequeñecida, encogida pero perfectamente reglada», escribe Delphine de Vigan, que reconstruye la vida de esta señora que,

desde el momento en que entra en este territorio donde ya nadie espera de ella nada más que la muerte, se dejará consumir poco a poco y perderá su alegría de vivir y hasta su energía. Ella, que lo ha vendido todo para pagar las mensualidades de la residencia, empleará su tiempo en... esperar. Esperar ¿qué? La muerte, desde luego, y para ella lo mejor sería morir mientras duerme. En *Las gratitudes* la autora describe admirablemente lo que ella denomina el punto de inflexión, el momento en que el ser humano abandona la partida. Solo subsiste el automatismo de durar, continuar viviendo. Reducimos progresivamente la velocidad hasta desaparecer del mundo.

Mi madre un domingo por la tarde en la residencia de ancianos. Está sentada en el sofá naranja de la entrada, viendo pasar a tres residentes que se dirigen a la sala de «animación», donde está anunciado el pase de un documental de animales: «¿Por qué aquí son todos tan viejos? Envejecer no es divertido, pero de todas formas no nos merecemos esto». Una semana más tarde, cuando vuelvo a visitarla y estamos tomando el café a la misma hora en el mismo sofá, viendo pasar a los mismos residentes, me comenta preocupada: «Mira, no lo entiendo, yo no las he invitado. ¿Qué hacen aquí?». Le propongo que vayamos a su habitación y añado con torpeza que allí estará realmente en su casa. Ella me responde sonriendo: «Aquí estoy en todas partes en casa».

¿Desde qué orilla me mira ahora a mí, su hija primogénita, a mí, que sigo haciendo planes para el futuro, ella que me dice que ya no vive totalmente en el presente? «La vejez te crea muchos nudos en la cabeza, ya verás cuando te llegue.» Mi madre vive en su mente. En su cabeza ocurren muchas cosas. El único «exterior» que tolera, que incluso busca, es la música, la música de la radio.

La luz es demasiado fuerte, el calor demasiado pesado, el cielo demasiado azul al final de la tarde. Mi madre espera el momento en que se difumina el contorno de las cosas, cuando el desenfoque del mundo coincide con el suyo. Sobre todo en verano, en las horas de calor, cierra los ojos sentada en el sofá, pero no duerme. Hasta donde llega mi recuerdo, mi madre siempre ha buscado la sombra, incluso en las desiertas playas africanas. ¿En qué oscuridad quiere refugiarse hoy? ¿En qué piensa? No me atrevo a preguntárselo.

¿Me abandonaré yo un día a mi propia vejez? No lo espero. El ejemplo de Jeanne Calment nos enseña que envejecer es un gozo, una intensidad, a condición de que no nos quejemos y conservemos el buen humor... El día de su muerte —a la edad de ciento veintidós años — se vivió en Francia como un duelo nacional. Todos estábamos conmovidos. Jeanne Calment era la viva encarnación del tiempo, escribió Annie Ernaux en *La vie extérieure*, de ese tiempo que no hemos vivido. Pero ¿me gustaría morir a la edad de Jeanne Calment? Desde luego que no, y sin embargo no podemos excluir la posibilidad. Cuando la edad límite era de ciento quince años, hace veinte años, investigadores como Roy Lee Walford, fallecido en 2004, predecían una duración de vida cercana a los ciento cincuenta años ¡siempre que restringiéramos ciertas calorías! Hoy en día, un especialista en longevidad como Michel Allard, cuyos trabajos sobre la vejez y sobre Jeanne Calment obtienen reconocimiento internacional, se muestra menos optimista: la esperanza de vida, que no había dejado de aumentar en Francia desde hace décadas, muestra una tendencia a estancarse o incluso a retroceder ligeramente. ¿Es culpa de la polución? ¿De la comida basura? ¿De la falta de actividades que ya no se ofrecen a los *seniors*? Para Jean-Marie Robine, las causas pueden ser muchas: hace veinte años que no se inventa ningún antibiótico; la medicina ha hecho considerables progresos, pero no podrá ir mucho más lejos si las personas no tienen el mismo estilo de vida que hace cuarenta años, un tiempo en el que se vivía más saludablemente. El aumento de la esperanza de vida se ha hecho con respecto a las edades avanzadas, pero lo que cuenta es la esperanza de vida en buena salud, sin incapacidades. ¿Envejecer por envejecer? Los especialistas en la edad no lo desean. Todavía seguimos estando de acuerdo con Cicerón, según el cual «no hay ningún anciano que no olvide dónde ha escondido su tesoro». Envejecer, de acuerdo, pero no a cualquier precio. De todas formas, en 2070 habrá en Francia 270.000 personas centenarias, y una niña que nazca hoy tiene todas las probabilidades de llegar a los cien años. ¿Cambiará esto el sentido, es decir, la definición, de lo que significa vivir?

«Envejecer te lleva a experimentar una alteración interna que, sin

embargo, te deja siendo tú mismo, como si tu ser estuviera dividido por una pared interna, cartilaginosa, que estuviera haciéndose más opaca. No obstante, sigues siendo el mismo» (Pierre Pachet).

En las familias, cuando se habla de los mayores, es habitual que se diga: ya no es el mismo. ¿El mismo que qué? ¿El mismo que antes? Como si para tranquilizarnos proyectáramos en nuestro presente la imagen de un pasado necesariamente glorioso. Como si el tiempo no cayera sobre nosotros como la nieve, silenciosamente, modificándonos de forma imperceptible.

Antaño, en China se ponía a dormir a los niños cerca de los abuelos para que estos últimos vivieran más tiempo. Hoy encontraríamos repugnante que un niño durmiera en la cama de un abuelo.

En español no se habla de pensionistas, sino de *jubilados*, los que sienten júbilo ante la vida.

También en el ocio se aprecia esta segregación entre viejos y no viejos. Para los viejos, las vacaciones después de los no viejos. En los catálogos de internet se promocionan en especial los meses de abril y mayo, y septiembre y octubre. Todo es más moderado, afirman, la temperatura y las facturas. Los no viejos, los que todavía son productivos, pueden elegir el tiempo y el espacio, para los viejos queda el resto, que tiene que ser rápidamente rentabilizado. Bajo la protectora máscara del ritual ultrasocializado, y hoy casi convertido en obligatorio, que denominamos vacaciones de la tercera o la cuarta edad, o más púdicamente de los *seniors*, se trata de disimular, de no mezclar, de discriminar por tanto. ¿Por qué se propone siempre a los viejos las estaciones muertas?

En Francia, la palabra *âgisme*, que se refiere a la discriminación por edad, entró en los diccionarios en 1969. Es una palabra que describe,

igual que el racismo, un fenómeno de segregación y de exclusión basado en el criterio de la edad, y lo define como un concepto que incluye la asignación de roles sociales a los individuos basándose en los años vividos. Este concepto no cesa de infiltrarse en nuestra mentalidad, de metamorfosearse y banalizarse. Ataca de lleno el funcionamiento de nuestra sociedad. Robert Butler tenía razón cuando, en 1978, lo definió como «un profundo trastorno psicológico que se caracteriza por una serie de estereotipos y de prejuicios institucionalizados, y por establecer una distancia o una evitación incluso con respecto a los *seniors*». El hecho de que se multipliquen los centros de una gerontología aséptica, normalizada y generalista no altera el fenómeno segregativo que los anima. Al contrario, esto impulsa la desresponsabilización de los viejos, a los que se incita a dejarse cuidar lo necesiten o no, puesto que se los considera menores sin derechos y fuente de considerables beneficios.

Nosotros, los *baby boomers*, aceptaremos convertirnos en obedientes *papy boomers* y en fuentes de máximo beneficio gracias a las decepcionantes prestaciones que nos paga la Seguridad Social, y se entiende, ya que no existe el riesgo de vejez ni el de dependencia. Todavía estamos a tiempo de rechazar esa visión negativa de la edad basada en un desconocimiento de la realidad —el 84 por ciento de las personas mayores vive en su casa y se considera feliz— y sobre esa noción de dependencia que actualmente se utiliza como una herramienta de medida económica y pone el acento en las dificultades de las personas mayores, lo que refuerza la opinión general de que están físicamente deterioradas, gagás y no sirven para nada. ¿Por qué no poner el foco en la preservación de la autonomía y desarrollar nuevas ramas de aprendizaje para estos nuevos tipos de acompañantes? ¿Por qué no imaginar estructuras de vida más pequeñas, a la medida del individuo, que se inserten en el tejido de los barrios, como se hace en Suiza, en Suecia o en Holanda? ¿Por qué no mezclar las edades en lugar de continuar con la política de segregación? En Europa hay muchas guarderías que lindan con los hogares de jubilados, aunque por desgracia no abundan en Francia, y la cohabitación arroja excelentes resultados. Hay numerosas ideas para reflexionar partiendo de que la humanidad podría reemplazar al

acompañamiento de la, digamos, deficiencia, que la merma de facultades podría no considerarse pérdida de dignidad y la vulnerabilidad podría no verse como disminución de la persona: en estos tiempos de despertar de la intolerancia, pensemos en la ley moral de cada uno de nosotros, la única base para construir el reconocimiento de nuestra dignidad.

La desestructuración de nuestro tejido simbólico ya no nos permite envejecer de forma natural. El mandato de no envejecer se convierte en un eslogan repetido hasta la saciedad en la prensa, la publicidad, la televisión. Bueno, envejecer sí, por qué no, pero con la condición de no parecerlo.

El miedo a la finitud es una de las principales razones de la incapacidad para afrontar la vejez, tanto la nuestra como la de los demás. Antes, la población masculina se dividía en «rangos de edad». Estaban los que tenían edad para partir al frente en caso de guerra y los que se quedaban porque eran demasiado viejos. Hoy en día, incluso la palabra *edad* se ha convertido en un cajón de sastre que señala más una apariencia social que un estatus o una función. «Pero ¿qué edad tiene esa mujer?», «¿Os dais cuenta?, si ya no tiene edad de...», «No aparenta la edad que tiene, cómo lo ha hecho...». Acabo aquí la letanía, sin olvidar la de «Ah, para su edad no está tan mal...».

«¿Todavía nada usted?», le pregunta un señor de una edad cierta a una señora de una cierta edad. Están sentados a la sombra en el parque, en el rincón de los jugadores de ajedrez. La señora explica que en otros tiempos viajaba a Chipre a finales de verano y nadaba durante horas en dirección al horizonte, pero ahora, si se ve con ánimos, se contenta con hacer aquagym. O sea, que sigue nadando, responde el hombre —que no sabe ni quiere saber lo que significa *aquagym*—, así no envejecerá nunca. La señora se ruboriza.

Eric Clapton: «Me apasiona la etapa final de mi vida. No me siento

viejo, salvo cuando me miro al espejo». ¿Sabe que, según un estudio de *The Economist*, los setenta años es la edad en que uno se siente más feliz?

¿Es casual que, después de que los cementerios recientes estén en las afueras de la ciudad, ahora la mayoría de las nuevas residencias se construyan también lejos del centro de las ciudades?

A partir de una edad cierta o una cierta edad, ¿ya no tenemos los mismos derechos? ¿Llegamos a comprender lo que nos pasa cuando envejecemos? En *La edad de la discreción*, Simone de Beauvoir explica que durante mucho tiempo consideraba viejas a las personas de más de setenta años y no les prestaba ninguna atención. Tras cumplir los setenta, escribe: «Me acerco a esa edad y no me considero en la categoría de los "viejos de verdad"». ¿Presunción? ¿Osadía? ¿Ilusión? Annie Ernaux tiene el mismo sentimiento tras la muerte de su madre. En *La touche étoile*, Benoîte Groult nos explica con humor que, tras haber tenido a veces la efímera sensación de ser «una vieja bruja», un día decidió ser vieja todo el tiempo.

¿Por qué los ricos morían más viejos? Luis XIV falleció a los setenta y seis años, cuando la duración media de vida era de veinticinco años. ¿Por qué los papas eran nombrados cuando eran mayores y morían muy viejos? De los doce pontífices que se sucedieron después del concilio, tres tenían sesenta años cuando fueron elegidos, cuatro tenían setenta, y uno contaba ya con setenta y siete años. Fue en el siglo XVIII, en Europa, cuando la esperanza de vida empezó a mejorar, se inventó el sistema de la jubilación y la figura del viejo, pobre loco, temido y detestado, se transformó y se suavizó. Los que se oponen al nuevo régimen de jubilación son descendientes de los revolucionarios de 1789, quienes pensaban que, de acuerdo con los derechos del hombre, era el Estado el que debía proteger y cuidar de los ancianos, garantes de continuidad, responsables de la educación de los niños y jueces de la moral común. Su sabiduría constituía la fuerza de la nación.

¿Por qué no considerar la posibilidad de un papel cívico para hombres y mujeres mayores, en lugar de que sea el pueblo anónimo de los cuidadores, sin reconocimiento ni responsabilidad? Se podría poner el foco en lo que hacen en lugar de esconderlos —una jornada para ellos en todo el año— y aprovechar lo que hacen y lo que son.

De jóvenes ya somos viejísimos. Este texto va dirigido a los jóvenes, a todos esos futuros viejos que ya han creado en sí mismos, a menudo sin darse cuenta, un lugar para lo que serán más adelante.

Es un tópico decir que los viejos regresan a la infancia. Como si hubiera un ciclo de vida que funcionara también hacia atrás. Esta idea equivocada nos permite calmar miedos arcaicos y no querer saber que un viejo ha sido joven, que posee en su interior el resplandor y la fuerza de aquella juventud, mientras que un niño, por definición, no tiene el sentido de la vejez. Tendemos a imaginar que las fuerzas de los viejos declinan y que, en cierto modo, dan su consentimiento, como si hubiera un acuerdo físico y psíquico para rendirse. Es una forma de sentirnos menos culpables al dejarlos de lado. También implica que consideramos la vejez una enfermedad incurable. Una de las principales razones de la reprobación moral que sufre la vejez y que conlleva *de facto* una marginación social es el culto que profesamos a lo nuevo, a la renovación, a lo siempre nuevo, a lo eternamente renovable. Este reino de la obsolescencia programada convierte el imperativo del cambio en el ADN de la sociedad de consumo. Nos lleva a pensar que la vejez es la inmovilidad, lo fijo, lo que no cambia, lo que ya está caducado y pronto desaparecerá de nuestro horizonte. La idea de pérdida de transmisión que opera desde la segunda mitad del siglo XX ha intensificado esta percepción de la supuesta inutilidad de los mayores. Antes, cuando un anciano fallecía, desaparecían con él una herencia cultural y folclórica, un saber hacer, incluso algunos secretos ligados a la longevidad. Ahora que los hemos despojado de sus atributos, ya no les prestamos atención o fingimos que lo hacemos, convencidos como estamos de que no tienen nada que

decirnos. Y yo, ¿qué les transmitiré a mis nietos? El vínculo fuerte y vivo que existe todavía, ¿perdurará?

La sociedad ya no descansa. Cada día está más ocupada en mantener su continuidad, cueste lo que cueste, y le resulta más difícil aceptar a los que perturban su tranquilidad. Todo va cada día más rápido para la muerte. Ya no hay pésames, ni coches fúnebres ni comitivas funerarias en la calle; ya no hay trajes de luto y las cremaciones se han reducido al mínimo, ya no hay tiempo para charlar después de la ceremonia, solo el tren rápido del jardín de los recuerdos.

«Uno de los últimos descubrimientos de la cultura occidental es que es preferible no morirse» (Manuel Vilas, *Ordesa*).

Cuando era niña, empleaba sutiles estratagemas para zafarme de los besos de las personas mayores. Me daban miedo, aunque no sabía por qué. Creo que no soy la única. Recuerdo cuando murió mi abuelo materno. Fue mi primer muerto, como para muchas personas de mi generación. Entonces, si no me falla la memoria, no establecí ninguna relación entre la edad avanzada de mi abuelo y su muerte. Sin embargo, murió de haber vivido demasiado. De muerte natural. A su alrededor flotaba cierta tristeza respetuosa hacia lo que había sido su vida, pero sin tragedia ni alharaca. Recuerdo que para el entierro llevaba ropa de color morado, como los demás niños. Era la primera vez. Mi abuela llevaba un velo negro que le cubrió el rostro durante semanas, y medias también negras, incluso en pleno verano. Mis tíos llevaban un signo distintivo en la chaqueta. Se decía que «llevaban el duelo». Hoy en día se diría que la muerte ha abandonado la ciudad. Las familias cada vez piden menos placas conmemorativas después de la incineración. No queda rastro. Ya no se visitan los cementerios, que cada vez más frecuentemente se instalan en los alrededores de las zonas industriales. ¿Un olvido voluntario? ¿Un borrado programado? En las últimas páginas de *El hombre ante la muerte*, Philippe Ariès afirma que en lo que respecta a la muerte cambiamos de civilización a principios de los años sesenta, y que él mismo es testigo de este

importante cambio. ¿Quién de entre nosotros no lo ha vivido con ocasión de la muerte de un familiar o un amigo? ¿Quién de nosotros se ha atrevido a confesar su pena semanas más tarde, por temor a que le consideren una persona sensiblera o depresiva? Cuanta menos pena sintamos por nuestros muertos —y es lo que nos piden—, menos empatía sentiremos por nuestros mayores. Es como si la sequedad de los sentimientos que se inició hace décadas hubiera dañado gravemente nuestra sensibilidad. Los umbrales de afectividad que se toleran son bajísimos. No se acepta apenas la idea de compartir el dolor. Que cada uno cargue con el suyo. Disimularlo es un deporte mental de alto nivel. Las personas que se encuentran en primera línea —viudos y viudas— deben esforzarse por comportarse bien: nada de molestar a los demás con su pena. Es preferible no tardar mucho en desaparecer, y es lo que por otra parte muestran las estadísticas: la mortalidad es diez veces más alta en los dos años que siguen a la muerte del cónyuge.

En su libro *El año del pensamiento mágico*, escrito después de la muerte de su marido y la enfermedad de su hija, Joan Didion plantea una pregunta en la que yo nunca había pensado y que me obsesiona desde entonces: «Si los muertos tuvieran que regresar, ¿qué conocimiento traerían consigo a su regreso? ¿Seríamos capaces de hacerles frente, nosotros que los autorizamos a morir?».

¿Morir es una torpeza? Es un *business lost*. Para ser un buen muerto debes ser discreto, marcharte de puntillas sin molestar a nadie: morir mientras duermes, por ejemplo. Anteriormente era la muerte más temida, hoy es «la mejor muerte». En *Una muerte muy dulce*, Simone de Beauvoir evoca el final de su madre como un tranquilo adiós. La muerte de su madre es dulce porque sus dos hijas estaban junto a la cabecera de su cama, porque ya no se puede esperar nada más, porque la tierna vigilancia de las hijas permitió aliviar sus sufrimientos. Pero Simone de Beauvoir añade: «Tuvo una muerte muy dulce. Una muerte de privilegiada». Esta frase, cruel pero realista, es la última del libro. En la actualidad, cincuenta años más tarde, la clase social a la que perteneces ya te indica cómo se desarrollará el último ciclo de tu

existencia. Se dice que todos somos iguales ante la muerte. Eso es cada vez menos cierto.

«Nací en un mundo que empezaba a no querer saber nada de la muerte», afirma Christian Bobin. Sin embargo, todos sabemos que debemos morir. Los más afortunados de entre nosotros viviremos una vejez en buen estado de salud antes de desaparecer. El gran logro del siglo XX es que ha hecho posible la vejez y la salud juntas. Sin embargo, no podemos envejecer eternamente. La vejez es vida de más, un depósito que no se ha agotado todavía, una forma de magnificar y amplificar la existencia. Según Vladimir Jankélévitch, nuestra existencia es una especie de pista graduada. De cada uno depende utilizarla bien, sin precipitar ni ralentizar el curso de los acontecimientos. Llegar a la vejez es también saber elegir el ritmo apropiado, tomar en consideración que ya has vivido mucho, que has acumulado recuerdos y que tu disco duro no es ilimitado. Entonces has de pensar en despedirte de este mundo. No es preciso hacer un drama. En cierto modo, la cuenta está saldada y una fatiga vital te dará la señal. Nuestro deseo de vivir nunca es tan poderoso como para no querer morir jamás: «La inmortalidad no consiste en vivir cien años ni ciento cincuenta o más, consiste en no tener que morir, lo que resulta impensable y absurdo», escribe Jankélévitch en *La muerte*. Actualmente hay *blood dealers* en California que, a cambio de centenares de miles de dólares, te cambian la sangre y te aseguran que superarás los cien años. Después de estropear nuestro planeta saturaremos el espacio, de acuerdo con la idea de que los más ricos serán criogenizados para que sus resplandecientes cadáveres giren alrededor de la Tierra y puedan ser contemplados por sus bisnietos durante una fracción de segundo. ¿Pertenecemos a una época en que se considera posible burlarse... de la muerte? Muerte a la muerte. Y no solamente los transhumanistas te prometen, gracias a la regeneración de los tejidos, la vida eterna, también hay médicos y profesores de universidades estadounidenses como G. J. Sussman que afirman que somos la última generación que tendrá que morir. Sin embargo, la muerte define nuestra existencia. ¿Por qué pretendemos no solo atrasarla, sino aniquilarla? Cierto que morir no es una necesidad, pero ¿qué sentido y qué gusto tendría la vida si fuera por sí misma

ilimitada? ¿No será la muerte lo que nos hace vivir? A esta pregunta, Jankélévitch responde sin ambages: «Morir es condición misma de la existencia. Coincido con los que han dicho que es la muerte lo que da un sentido a la vida al privarla de sentido. La muerte es el no-sentido que da sentido a la vida». ¿Por qué dar entonces tanto crédito a la tecnociencia, que fabrica un cuerpo supernumerario y amplía los límites? ¿Llegaremos un día a estar hechos de carne electrónica insoluble? ¿Nos clonaremos y nos autodefiniremos potencialmente inmortales? La nueva vejez con la que sueñan algunos se propone como una especie de eterna juventud. No tiene en cuenta la fatiga del cuerpo y del alma, y contribuye a reforzar el edadismo. Cuántas personas, a lo largo de esta investigación, me han dicho que «habían vivido lo suficiente» y que aspiraban a morir, y que el tiempo de la «antemuerte» no era «auténtica vida». ¿Por qué la medicina nos enseña por encima de todo a no querer morir? Es cierto que su deber es alejar la muerte, pero así avala la idea de que la muerte ya no es un fenómeno natural, y de que no es en sí misma el fin de la vida.

«Cuando ya no consideras tu desaparición, por muerte o senilidad, como un destino, sino que la esperas como un mal que va a golpearte, es posible —como me ocurre a mí— que pierdas hasta las ganas de emprender. Calculas el poco tiempo que te queda, un tiempo asfixiante, sin relación con el de otras épocas en que no podías imaginar que una empresa careciera del plazo necesario para desarrollarse, y eso te quita las ganas» (Michel Leiris, *Frêle bruit*).

Recordemos el final de *Edipo Rey*, de Sófocles. El corifeo se dirige al pueblo para decirle: «De modo que ningún mortal puede considerar a nadie feliz con la mira puesta en el último día hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso». Pensar que hemos tenido una vida feliz no es más que una ilusión, porque todo se reinterpretará a la luz de esta última frontera. De modo que es preciso franquear ese umbral. ¿Qué significa franquear esa última frontera? ¿Qué quiere decir llegar al término de la vida? Nuestra finitud lleva en su seno la idea de la muerte. Por esa razón decimos y pensamos que toda persona —aunque sea centenaria— muere antes de tiempo,

desaparece prematuramente. Séneca describe la inminencia absoluta de la muerte, esa inminencia de todos los instantes. Para él, es inútil retrasar el momento: «Nos pasamos la vida fingiendo, en una continua tontería. Incluso la simplicidad que en ocasiones alcanzamos con la edad nos remite a una renovación salvaje que adquirimos con esfuerzo». ¿Es una ofensa a la condición humana que vivas plenamente la vejez como si tu vida continuara como antes? Empezar tu «nueva» vida a una edad a la que pocas personas llegan es un síntoma desesperado de vanidad. ¿Qué hacemos entonces? Prepararnos para atravesar la última frontera. Incluso el lenguaje es algo confuso. En inglés se puede decir *to die* y *to pass away*. En español suele decirse «irse al otro barrio». Nathalie Sarraute cuenta que su madre siempre le dijo que no se decía que alguien se iba al otro barrio. Una persona moría y punto. Tenía razón. ¿Cuántos niños habrán buscado a los seres queridos de su familia porque se habían ido al otro barrio?

Los animales son solidarios entre ellos ante la proximidad de la muerte. Nosotros no. ¿Por qué? En una reserva de Kenia, en 1964, el guarda Winter tenía el encargo de matar a tres elefantes de un grupo de treinta. Así describe el infierno que siguió a los primeros golpes mortales: «De golpe, todos los elefantes se pusieron en marcha y empezaron a dar vueltas con sus cuerpos inmensos lanzando espeluznantes barritos. Luego intentaron levantar a sus primeros compañeros muertos». Esto se repitió varias veces, y llegaron a romperse los colmillos. A continuación, la manada de elefantes se alejó y regresó al rato para intentar levantarlos de nuevo. Así, tres veces. Luego el elefante «jefe» se irguió como si «saludara» a los muertos antes de internarse en el bosque con el resto de la manada. ¿Sienten los elefantes la llegada de la muerte? Los más viejos se alejan de la manada y se dirigen a un territorio donde han ido a morir algunos de sus antepasados. Se ha comprobado que los delfines pueden rechazar el alimento tras la muerte de su compañero, las ocas chillan y se sienten tan desorientadas que no son capaces de emprender el vuelo. Cuando se les muere una cría, las hembras de chimpancé pueden seguir cargando con ella durante semanas antes de dejarla. Derrida decía: sí, los animales también mueren y tienen una

relación muy especial con la muerte y el duelo, aunque no se relacionen con la muerte como tal y no comprendan su significado.

Existe —y cada vez en mayor número— eso que antes se llamaba edad avanzada. Hoy las personas centenarias son legión, y ya se habla de la cuarta edad, e incluso de la quinta.

Estudios geriátricos publicados en la revista *Science* en junio de 2018 señalan que se envejece menos a partir de los ciento cinco años, y que hay menos riesgo de morir a los ciento cinco... que a los cien años. A partir de una investigación llevada a cabo en Italia, un equipo de investigadores estadounidenses e italianos declara haber encontrado pruebas de lo que denominan «una meseta» en la mortalidad humana. A partir de una edad muy avanzada, la esperanza de vida no baja, sino que se estabiliza. Como si hubiera una especie de casilla a partir de la cual ya no experimentamos los habituales estragos de la edad. Estas afirmaciones son contestadas por especialistas de la edad avanzada como Jean-Marie Robine, estudioso de Japón y de Francia, quien no ha observado este tipo de fenómeno, pero que revela que a partir de los ciento ocho, la mortalidad baja... durante dos años. Como si la vida larga, muy larga, fuera acompañada de un especial instinto de supervivencia.

El principal tabú, sin embargo, es esta edad más allá de la edad que se vive en el mejor caso como un retorno a la infancia, y en el peor como algo descabellado. Paul Ricœur no dudaba en afirmar que la vejez extrema le asustaba más que la muerte: «Resulta más fácil llegar a un acuerdo fraternal con el hecho de tener que morir que con esa caricatura de humanidad que puede ser la edad avanzada. Creo que se necesita un grado superior de sabiduría para aceptar una dependencia tan absoluta como la de un niño, para rehacer el ciclo completo hasta la vida vegetativa. Aceptar esto me supone una carga casi insoportable de pensamiento y de emoción. Después de todo, tal vez sea una bendición ignorar cuánto tiempo viviremos. No me siento nada identificado con la famosa frase de Platón: “La vida es una meditación de la muerte”. La vida es una meditación de la vida. Hay que vivir al día, hay que vivir como si mañana tuviéramos que hacer las maletas,

pero también como si tuviéramos todo el tiempo por delante. Todos tenemos un mañana incierto, pero también el mismo mañana sobre el que podemos contar. Mañana saldrá el sol, y espero que mis ojos se abran para verlo».

Estas palabras, recogidas en 1985, datan de una época en la que no imaginábamos que pudiéramos llegar a esa famosa edad avanzada. Hoy en día, más de una cuarta parte de los franceses creen poder llegar a centenarios. ¿Exceso de optimismo? Sí, porque si el número de centenarios se ha duplicado en diez años, y por lo tanto podría haber 200.000 personas en 2060, esto no es más que el 0,3 por ciento de nuestra población. Estamos viviendo un cambio de civilización en el que, por primera vez, nuestro siglo es el de los centenarios. Ya no se trata solo de encasillarlos como vejez dependiente o medicalizada. El alargamiento de la vida puede ir acompañado de buena salud, tal como explica Michel Allard, que ha inventado el término *fortitud* para designar a esos ancianos... en plena forma, de modo que algunos no se sienten viejos, aunque se sientan envejecer. «No me gustaría llegar a vieja», me dice Marguerite, de ciento y un años, en el pasillo de un hogar de jubilados. «Aquí hay demasiados viejos, pero yo no soy como ellos», asegura Jean en el comedor a la hora de la merienda. Cuanto más envejeces, más te sorprendes de envejecer. ¿Cómo tener una buena vejez? Esta expresión, inventada por Frédéric Balard, se refiere a los nonagenarios y centenarios, cada vez más numerosos, felices de vivir y de vivir bien. No se habla lo suficiente de ellos. Vejez y felicidad van de la mano, pero es indecente proclamarlo a voz en grito. Es interesante observar que las personas mayores que están contentas de vivir son las que no se confunden con las demás, con la categoría de los viejos; al contrario, se consideran distintas, no como «ellos». Se ven como personas muy viejas que no son viejas, y así es como perciben su victoria sobre el tiempo que pasa. ¿Significa que hay varios tipos de vejez? ¿Dónde está la frontera entre la buena vejez y la mala vejez?

La memoria que desaparece, la estructuración que el tiempo impone y que se va, el fluir de la vida... todo esto caracteriza a veces lo que denominamos la edad avanzada. En cuestión de meses, he visto a mi madre perder la noción de qué día era. Al principio se enfadaba y

trataba de acordarse. Pero luego, con bastante sensatez, ya no se ha esforzado en acordarse. Para adivinar la hora se guía por el sol, por los estores que se bajan automáticamente según la luz. Mi madre se acuerda de su primera infancia, pero no de la pregunta que me acaba de hacer. Poco a poco, he aprendido a entrar en los laberintos de su nueva «memoria». De hecho, ¿seguro que mi memoria es superior a la suya? La memoria —el hecho de que tengamos todavía una memoria que funciona— ¿es nuestra única carta de identidad? Cuando hablamos de personas mayores, preguntamos a menudo: ¿se conserva mentalmente bien? ¿Eres solamente lo que recuerdas haber hecho, los lugares donde recuerdas haber estado? Cuando olvidas lo que has sido, la textura que tenía tu vida, ¿en qué te conviertes? La lenta degradación del espíritu —pérdida de la memoria inmediata, desorden de las asociaciones— ¿no va acompañada de una recomposición ficticia de una persona que sigue aquí, en ocasiones muy alejada de nosotros y luego muy cercana en los momentos de luz y de verdad? Envejecer no es necesariamente definirse, saber definirse. En esa zona gris donde el lenguaje puede tener total libertad, donde el espíritu vagabundea y establece asociaciones, el individuo está presente, totalmente presente, pertenece al mundo, es un sujeto pleno, por más que la sociedad médica le deniegue, de forma lenta pero inexorable, el derecho a ser persona y la reduzca a la categoría de niño irresponsable.

Nunca se ha hablado tanto de la enfermedad de Alzheimer. Por suerte, desde hace unos años, el discurso ha cambiado. De amenazante epidemia se ha convertido en una enfermedad normalmente causada por la edad que afecta a un millón y medio de personas ancianas en Francia. En los centros geriátricos se construyeron unidades cerradas en las que se juntaba a personas que no tenían los mismos síntomas, lo que suponía privarlas de la capacidad de dirigir su vida. El respeto que merecen, la memoria de ciertos episodios de su existencia, la lengua con sus accidentes, las áreas de autonomía que les quedan y el conocimiento de algunas afecciones permiten una nueva mirada sobre esta patología que cada vez se detecta antes y que poco a poco pierde su carácter «vergonzoso», aunque las tutelas familiares no aumenten al mismo ritmo que los casos. Una tarea indispensable para reducir el miedo que inspira la vejez entre los grupos de edad que se sienten poco o nada aludidos y que piensan que todos los viejos están gagás, y

por lo tanto resultan inaccesibles, sería reintegrar en el discurso común y en la comunidad a los ancianos que «padecen» alzhéimer. Esto no impedirá que los poderes públicos se comporten con cinismo y apliquen el criterio de la edad a modo de discriminación... para ayudar a los grupos cada vez más numerosos que los demógrafos denominan los *young olds* (entre los sesenta y cinco y los setenta y cuatro años), los *old old* y los *oldest old* (de ochenta y cinco años en adelante). En Dinamarca, hace unos años que los recortes presupuestarios llevan a los hospitales a rechazar a las personas muy mayores: los que tienen más de setenta años y que sufren de embolias o accidentes vasculares no pueden beneficiarse de los cuidados apropiados que se reservan a los más jóvenes. La discriminación por edad, denominada «la selección de la vergüenza», ha provocado numerosas reacciones, pero persiste, aunque de forma más o menos velada, junto con la idea general de que la vejez es algo añadido, una especie de excedente, un saco de inutilidades y de incapacidades. Envejecer es recibir la advertencia de que ya no podrás hacer lo que hacías antes, de que diversas renuncias te obligarán a modificar tus intereses y tu forma de ser. François Mauriac decía que envejecemos como las peras: nos ablandamos en unos puntos y nos endurecemos en otros. No se equivocaba. Sería sencillo escribir un libro negro, muy negro, de la vejez, con muchísimas citas conocidas, como la del general De Gaulle: «la vejez, ese naufragio», o la de Freud, que se espantaba ante «el horror de la vejez», lo que no impidió que, con más de ochenta y cuatro años y un cáncer de mandíbula que le hacía sufrir terriblemente, le escribiera a una amiga: «A mi edad, la vida no es fácil, pero la primavera es magnífica, lo mismo que el amor». Por el contrario, podemos decir que la edad, al despojarnos de la vanidad y de las presiones sociales, nos libera de atormentarnos sobre nuestra valía, sobre lo que queremos hacer en la vida. Todo está hecho. La partida ha terminado. He hecho cosas, me gustaría seguir viviendo, pero no necesariamente a cualquier precio. Eso crea una suerte de fidelidad con la vida. Por cierto, si me preguntarais qué edad tengo, os diría que no tengo edad.

¿Las personas mayores se alejan de sí mismas de forma natural? Es como si hubiera una especie de ruptura interna. Mis padres no se

parecen a la imagen que guardo de ellos. Al vivir en un territorio geográfico y mental que se estrecha de forma inexorable, son como esos domadores que con su anillo de fuego intentan alejar a las fieras que se quieren abalanzar sobre ellos. Poco a poco, habitados por una finitud que los agobia, se desvinculan de nosotros. El tiempo mismo está muerto. Resulta violento tener que escuchar el deseo (legítimo) de morir por parte de aquellos que nos han dado la vida. Separar. Compartimentar. Hacerse con reservas de imágenes. Recordar palabras de antaño. Permanecer en una escucha de abandono, dejar ir la idea misma de conversación, lo que no significa que no haya intercambio. Recolectar, recoger todo lo que sea posible, agarrarse a las ramas, picotear, y de golpe hay frases tan hermosas que te ayudarán a mantenerte durante días. Entonces lamentas haberte abandonado a pensamientos sombríos. Vuelves a creer aunque sabes que la partida ha terminado. Y todo vuelve a empezar. ¿Tenía razón el médico? No te lo crees. Sientes un nudo en la garganta, una tristeza infinita en tu interior mezclada con una estúpida rebeldía. No puedes escapar. No hay ningún lugar al que escapar. Has de vivir al día.

«Toma la vida a pequeñas dosis… no mires nunca más allá de la comida o la cena» (Wittgenstein).

Escucho por enésima vez la canción de Brigitte Fontaine:

*Exhibí mi carnet* senior
*bajo la burlona mirada de los cerdos,*
*que estallaron en risas soeces*
*hacia mi silueta de sirena.*

*Soy vieja y os doy por el culo*
*con mi aspecto de libélula.*
*Soy vieja y la voy a palmar.*
*Un detalle para recordar.*

*Prohibiciones en todas partes.*
*La palabra fornicación,*

*si la dices a los sesenta,*
*provocas risa y escandalera.*

*Prohibidas las enfermedades.*
*Se arrojan a las cunetas*
*salvo si traen riqueza*
*o dinero a los afortunados.*

*Lanzan a los viejos a la cuneta,*
*al asilo o a lugares de olvido.*
*Es lo que me espera mañana,*
*si no encuentro mi camino.*

*Soy vieja y os doy por el culo*
*con mi aspecto de libélula.*
*Soy vieja descreída y sin dinero.*
*Si muero, será de alegría.*

# A MODO DE EPÍLOGO

El hombre y la muerte no se encuentran nunca, porque, cuando el hombre vive, la muerte no está y, cuando ella aparece, es él quien se ha ido.

EPICURO

Todos seremos viejos un día u otro. Yo ya lo soy... De joven nunca lo imaginé. Me decía que moriría antes. El hecho de ser mortal rimaba a mi entender con eterna juventud. Más tarde constaté, observé y después comprobé que entraba en la vejez sin aceptarlo ni alegrarme por ello (cómo alegrarse de la piel que se arruga, de las manchas que aparecen, de un cuerpo que cada vez te gusta menos enseñar), pero sin rebelarme. Lejos de las amenazas de mi madre, que veinte años atrás me había anunciado con solemnidad que pensaba poner fin a su existencia cuando fuera demasiado vieja, y que afortunadamente no cumplió sus amenazas, yo empecé a adaptarme, a prestar más atención a mi grupo de edad y a encontrar cada vez más escandalosa la estigmatización que sufren las personas que han superado una cierta edad. «No se sabe a qué edad empieza la vejez, igual que no se sabe a qué edad comienza la riqueza», escribe Pierre Bourdieu. Sí, pero yo sé que he llegado y que lo soy. Y no me reconozco en aquello que quieren que sea: menos rápida, menos eficiente, menos útil a la sociedad. No significa que me sienta «un prodigio de memoria», o una «sabia» poseedora de secretos o de recetas producto de los muchos años vividos. No vivo la edad que tengo como una disminución de mi ser, sino como una vitalidad menos impaciente.

Apelo a una «neutralidad» de la vejez, no necesariamente a una superprotección que podría resultar pesada, sino a una sociedad que, en lugar de ver la vejez con desconfianza y miedo, la considerara como un valor activo. No temerla para poder desearla. Hay que detener la violencia que se ejerce sobre ella desde todas partes, y que señala el fracaso de nuestra civilización. Considerar la edad una reserva de comienzos, una posibilidad de llenar el mundo en lugar de abandonarlo. Cambiar la vida, o en todo caso cambiar la definición y el significado de vivir. Abandonar la lengua performativa económica, que destruye los destinos individuales y los vincula a sus capacidades de hiperproducción, para revitalizarnos, agarrarnos a nuestra

existencia en todo momento, puesto que la vida no quiere nada más allá de ella misma y nos indica el camino del presente.

Un viejo de hoy es menos viejo que uno de antes. Envejecemos cada vez mejor y cada vez menos. Eso no es necesariamente cierto. «La buena vejez es la que no resulta una carga para nadie», decía Aristóteles. Te prometes que no harás pagar a tus hijos tus desgracias físicas y mentales. Prestas atención a las soluciones que han puesto en práctica tus amigas de más edad, que parecen felices en sus residencias para mayores, aunque te dices que no es normal que te clasifiquen y te coloquen en un sitio u otro según tu edad. La idea me resulta tanto más chocante por cuanto es lo contrario de lo que se hace en algunos países europeos, donde se mezclan distintas generaciones, lo que al parecer beneficia... tanto a los jóvenes como a los mayores. Aunque en Francia es poco frecuente, colocar las residencias gerontológicas junto a jardines de infancia ha dado excelentes resultados. ¿Hemos de aceptar vivir segregados por el simple hecho de ser *seniors*? Solamente una sociedad opulenta puede acoger a tantos viejos. ¿Está preparada para repartir equitativamente el fruto del crecimiento entre los distintos grupos de edad? Es obvio que no. Lo que se les ofrece a los viejos es una especie de «bruto» de la vida en el que los frutos de su trabajo y sus propios ahorros les servirán para financiar —si les es posible— el tiempo que vivan sin trabajar. Y cuanto menos reclamen, mucho mejor. La legitimidad de su palabra es tan débil que resulta inaudible. No nos dejemos embaucar por las trampas de la lengua dominante que quiere domesticarnos y, en ocasiones, incluso reducirnos al silencio. «El *senior* es al viejo chocho lo que el discapacitado auditivo es al sordo y el técnico de superficie al barrendero: una concesión costosa», observa con razón Régis Debray. Desde hace un tiempo, la supuesta ciencia de los viejos no para de progresar: ahora se habla, por ejemplo, de «vejez exitosa», así como de «envejecer exitosamente». Saber «gestionar» la última parte de tu existencia se ha convertido en un deporte de alto nivel. Es una actividad carísima, reservada a los ricos occidentales que viven en una ciudad. Se les pide que conserven un cuerpo fresco, libre de cicatrices, sin signos distintivos, un cuerpo que vive, que late al ritmo del mundo, sin accidentes ni deterioro. La obsesión por la

perfecta salud se ha convertido en una fortaleza patológica en la que la vejez está destinada a decepcionarnos. Ni vejez, ni dolor, ni muerte. La instantaneidad del puro presente, libre de escoria, apunta a la eternidad, por lo que niega la finitud de la existencia humana. Como el miedo al sexo se ha ido borrando progresivamente desde el siglo pasado, puede que ahora el auténtico miedo sea el miedo a la vida. Ese miedo entró en nuestra mentalidad y ha quedado confinado en el rincón más oscuro, de donde no ha vuelto a salir: la imaginación inviolada e inviolable. El aumento de los «no muertos» debido a la generalización de los cuidados, ¿hará desaparecer la noción misma de vejez? El hastío que conlleva sufrir y apagarse lentamente explica que haya surgido un cuerpo físico que es al mismo tiempo un cuerpo fiscal generador de nuevos beneficios en un mercado que busca lo ilimitado y nos promete sucedáneos de inmortalidad. ¿Cuándo tendremos seguros para no morir en una sociedad que no quiere riesgos?

No tengo ganas de terminar este libro. Por definición, es interminable. Cada lector o lectora tendrá que continuarlo a su manera. Estamos invitados al mismo viaje, y todavía no sabemos de qué forma afrontaremos el final. Al principio pensé que sería un libro intelectual, repleto de citas y de estudios culturales. Pronto me di cuenta de que se trataba de un combate social. Las palabras de Simone de Beauvoir en *La vejez*, un libro publicado hace cincuenta años, no han perdido un ápice de vigencia: «Basta de hacer trampas. El sentido de nuestra vida se pondrá en cuestión en el futuro que nos espera. No sabemos quiénes somos si desconocemos quiénes seremos: ese señor mayor, esa señora mayor, reconozcámonos en ellos. Es necesario si queremos asumir en su totalidad nuestra condición humana». Se trataba también de una lucha conmigo misma. Aceptar que cambias sin querer, sin embargo, que los demás te vean cambiada. Vivimos con la imagen que tenemos de nosotros mismos. Yo tengo la suerte de vivir con una persona a la que amo desde hace... casi cuarenta años. Uno no se ve envejecer. No envejezco, mejor dicho, tengo —todavía— la imagen de una persona mucho más joven de lo que soy. «La vejez es, de todas las realidades, aquella de la que conservamos durante más tiempo una idea abstracta.» Otra vez Marcel Proust, y una vez más tiene razón. Simone de Beauvoir denunciaba la escandalosa política de la vejez. En

su tiempo no se vivía tantos años como ahora. Hoy el silencio y la falta de consideración hacia la vejez es todavía más escandalosa. La vejez se ha convertido cada vez más en una enfermedad, se «demoniza» democráticamente sin hacer ruido, sin que nadie se sienta ofendido. Pone al descubierto nuestra indiferencia hacia los más débiles: en efecto, la viven peor los que están en una situación precaria, y en esta doble exclusión las mujeres están en primera línea. La vejez es el periodo de la vida en el que las desigualdades se revelan cada día más flagrantes. Solamente los privilegiados tienen acceso a una vejez feliz, y son una minoría. Por otra parte, se es más o menos viejo según la profesión que se ha ejercido. «¿Cómo debería ser una sociedad para que un hombre siga siendo un hombre en su vejez?», pregunta Simone de Beauvoir en su conclusión. Y responde: «Que lo trate como a un hombre». Actualmente a las personas viejas se las trata como ciudadanos de tercera categoría: mientras están activas se las tolera en las asociaciones y se les felicita por su utilidad, pero más tarde, cuando alcanzan una edad cierta, se las aparta y se las confina, se las conserva. Poco a poco, se las convierte en enfermas «naturales». El mundo posmoderno intenta desembarazarse de los viejos, como de todas las enfermedades. ¿A qué precio? Desde hace décadas, el lenguaje económico ha sepultado el discurso sobre la vejez y casi nos ha convencido de que es la edad de la inutilidad. Lejos de catastrofismos y sin caer en la ilusión de que controlamos nuestra vida, dejemos de sentirnos culpables por envejecer. Igual que un imán, la vejez atrae las limaduras de nuestros temores y obsesiones.

La conciencia de uno mismo no debería verse afectado por la cuchilla de la edad. En el tema de la edad, la sociedad nos administra sus mecanismos de poder, que giran sobre todo alrededor de los conceptos de «hacer vivir» y «dejar morir». Es lo que Michel Foucault denominaba ya en 1976 el «biopoder». Foucault observó que el alargamiento de la vida reforzaría la biopolítica, es decir, que marcaría nuestra visión sobre la vida y el fin de la vida, pero también nuestra manera de vivir y el cómo la vivimos: «El poder interviene para incrementar la vida, para controlar los riesgos, las deficiencias, por lo tanto la muerte como final de la vida... lo que el poder controla no es la muerte, sino la mortalidad». Sobre este tema, como sobre otros, Foucault fue un visionario. La edad es un tema ante todo político, y la forma de considerarlo revela mi relación con el otro, con

el que no soy yo. La relegación social de la vejez es cada vez más evidente. Separada de ella misma, separada de los demás, separada del universo, es una especie de zona gris que no nos conviene alcanzar, ni mucho menos habitar. Todos seremos anfitriones en esa nueva tierra. Hagamos todo lo posible por no ser unos residentes más o menos bien tolerados de cuarta clase. Apartemos el fantasma de la perfección sobrehumana que nos prometen algunos, elogiemos lo frágil, lo maltrecho, ejerzamos nuestros sentidos, admiremos nuestra capacidad de imaginación, aceptemos nuestra finitud en lugar de escuchar los cantos de sirena de cierto medicamento que, al rechazar los límites de la vida, cree que puede —de momento— vencer a la muerte. Vivamos tranquilos en una sociedad compasiva.

¿Hasta cuándo tendré las ganas y las fuerzas para caminar durante horas por la calle, para memorizar páginas enteras de los libros que me gustan, para nadar hacia el horizonte sin mirar atrás, para seguir llevando vaqueros ajustados, botines de cuña y pendientes de aro en las orejas? ¿Hasta dónde me permitirá ir mi cuerpo? ¿Cómo empezará a traicionarme la memoria? Aunque no vivo obsesionada por el paso del tiempo, estoy alerta. Tengo la suerte de que todavía «quiero envejecer». No es una vergüenza ni un privilegio; por el momento, se parece más bien a una tranquila travesía por una sucesión de esclusas, un flujo permanente de discontinuidades, la suerte de haber llegado hasta aquí. Béatrice está muerta, la muerte se la llevó en menos de dos meses a ella, que hablaba con fruición de su futura vejez. Catherine era bella como una flor la última vez que la vi: la ingresaron de urgencia a causa de una tos persistente, salía de una operación de estética que se había regalado a sus sesenta años. Emmanuèle buscó y encontró en una isla bretona la casa perfecta donde pasar los días felices con su enamorado. Tres días antes de morir, me recibió maquillada, peinada y muy guapa en la habitación del hospital donde recibía a sus amigos, y me dijo: «Voy a irme. Es un poco pronto. Un poco demasiado pronto». ¿Qué lloramos cuando lloramos a nuestros muertos? Lloramos un poco por nosotros mismos. ¿Qué texturas tendrá más tarde el sabor de nuestra vida? ¿Qué esperanzas traerá? Es difícil comprender que ya no somos como antes. El tiempo es la escuela donde aprendemos, dijo Joan Didion. «Las flores se secan, las

placas tectónicas se mueven, las corrientes marinas se desplazan, las islas desaparecen.» Siento deseos de contemplar el azul del cielo, de aprender una lengua extranjera, de poder encerrarme durante días en las bibliotecas, de subir por el sendero de montaña que lleva a una granja abandonada. Me olvido de los nombres, la memoria me falla —pero ¿a quién no le falla la memoria?—, tengo manchas en el dorso de las manos, arruguitas en las comisuras de los ojos y la boca, ya no puedo leer ni hacer nada sin gafas, el mundo me aparece como a través de un velo de nubes, pero todavía estoy aquí, a pesar de todo sigo aquí. ¿Seguiré viviendo sin creer verdaderamente que envejezco? No quiero creerme joven, pero no quiero que la sociedad, por mi edad, me prive de ese sentimiento de continuidad que me permite existir. Durante gran parte de mi existencia, las personas de edad eran los demás. Hoy ya estoy en el grupo de los demás. Nunca me lo había imaginado, ni siquiera en sueños. Conservar el gusto por el mundo, encontrar cada día la sal de la vida, intentar estar a la altura de Simone de Beauvoir, que observa: «Me he convertido en otra, aunque siga siendo yo misma».

La amistad ha contado mucho en la elaboración y el tiempo de este libro. Sin el compañero Edgar, la elegancia moral de Thierry y la inteligencia burlona y afilada de Mona, no sé si hubiera podido llevar a cabo este proyecto. Gracias a todos desde lo más hondo de mi corazón.

Este libro es fruto de una serie de encuentros, investigaciones y lecturas. Ha sido un viaje apasionante y emotivo. No habría sido posible sin el diálogo con David Le Breton, filósofo y antropólogo, autor de numerosos textos; entre ellos, *La Saveur du monde*, *Antropología del dolor* y *Desaparecer de sí*. Annie Ernaux sigue siendo mi compañera intelectual y mi referencia para comprender mi propia vida.

Los libros de Joan Didion, en especial *El año del pensamiento mágico* y *Noches azules*, estaban en mi mesilla de noche y han constituido la trama afectiva de esta investigación.

Hace más de cuarenta años que me nutre la obra completa de Simone de Beauvoir y, si no hubiera releído, por casualidad, su libro *La vejez*, dudo que hubiera escrito este ensayo. Con sus libros *La enfermedad y sus metáforas* y *Ante el dolor de los demás*, Susan Sontag me ha ayudado a reflexionar y a encontrar un «sentido político» a lo que veía en las investigaciones.

Doy las gracias a Florence Aubenas, quien con su texto magistral sobre la rebelión de los auxiliares de enfermería y su huelga en Les Opalines, en Foucherans, el 18 de julio de 2017, rompió el pacto de silencio sobre este aspecto de la sociedad. Me ayudó con sus consejos, me abrió las puertas de algunos centros y me permitió conocer a científicos y médicos. Me entrevisté con «especialistas» en geriatría que yo había imaginado técnicos, secos y aburridos, pero que resultaron ser personas alegres, divertidas y risueñas que me levantaban la moral. Entre ellas, Marie-Françoise Fuchs, presidenta de Old'Up, quien no escatimó su tiempo, energía y generosidad. Gracias

también a Michel Allard, médico gerontólogo, amigo de Jeanne Calment, que con sus conocimientos y su humor me ayudó a entender las cuestiones de la edad. A Annie de Vivie, activista de la edad avanzada, por su entusiasmo contagioso. También doy las gracias a Jacques Toubon y a Myriam El Khomri por su entrega y disponibilidad.

He releído con placer algunos textos de filosofía; entre ellos, Séneca, los estoicos, Kant, Husserl, Arendt, Emmanuel Lévinas, Jacques Derrida y Vladimir Jankélévitch, así como todos los libros de Anne Dufourmantelle y los textos recientes de Claire Marin. En literatura han sido esenciales Marcel Proust, en especial el último tomo de *En busca del tiempo perdido*; la obra completa de Philip Roth y de Annie Ernaux, así como los libros de Oliver Sacks y de Nathalie Sarraute. En cuanto al cine, he vuelto a ver las películas de Naomi Kawase, tanto ficción como documentales, y los filmes de Agnès Varda, Bergman, Visconti y Godard.

Hay cada vez más libros que abordan el tema de la vejez. Expreso mi agradecimiento a Noëlle Châtelet, Marie de Hennezel, Christine Jordis, Pascal Bruckner y Emmanuel Hirsch.

He visitado centros geriátricos. Doy especialmente las gracias a Romy Laserre, directora del centro geriátrico en París, a las auxiliares de enfermería, las enfermeras y la directora del centro geriátrico de Boisvallon en Ceyrat, Coralie Begnis.

# Bibliografía


ARAGON, Louis, «Le vieil homme», en *Le Roman inachevé*, París, Gallimard, 1989.

AUDEN, Wystan Hugh, «Si je pouvais le dire», en *Poésies choisies*, París, Gallimard, 2005.

BALZAC, Honoré de, *La Femme de trente ans*, París, Flammarion, 2010. [Hay trad. cast.: *La mujer de treinta años*, Barcelona, Sirmio, 1996.]

BARTHES, Roland, *Diario de duelo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2009.

BEAUVOIR, Simone de, *La force de l'âge*, París, Gallimard, 1960.

—, *La mujer rota*, *La edad de la discreción y Monólogo*, Barcelona, Edhasa, 2001.

—, *La vejez*, Barcelona, Edhasa, 1989.

—, *Una muerte muy dulce*, Barcelona, Edhasa, 1982.

BERNADAC, Marie-Laure, *Louise Bourgeois*, París, Flammarion, 2019.

BOBIN, Christian, *La présence pure*, París, Gallimard, 2008.

BORGES, Jorge Luis, *El informe de Brodie*, Barcelona, Destino, 2006.

BOURDIEU, Pierre y Anne-Marie MÉTAILIÉ, entrevista publicada en *Les jeunes et le premier emploi*, París, Association des Âges, 1978, publicada de nuevo en *Questions de sociologie*, París, Éditions de Minuit, 1984.

CAMUS, Albert, *El extranjero*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001.

CANETTI, Elias, *El libro contra la muerte*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.

CHATEAUBRIAND, François-René de, *Vida de Rancé*, Barcelona, Planeta, 1981.

CHÂTELET, Noëlle, *La femme coquelicot*, París, Librairie Générale Française, 1999.

COLETTE, *La casa de Claudine, Sido*, Barcelona, Bruguera (Ediciones B), 1983.

DEBRAY, Régis, *Plan vermeil*, París, Gallimard, 2004.

DELEUZE, Gilles y Félix GUATTARI, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona, Anagrama, 2017.

DIDION, Joan, *El año del pensamiento mágico*, Barcelona, Literatura Random House, 2015.
DOOLITTLE, Hilda, *Tributo a Freud*, Barcelona, El Cobre Ediciones, 2004.
DURAS, Marguerite, *El amante*, Barcelona, Tusquets Editores, 2010.
EPICURO, *Lettre à Ménécée*, París, Flammarion, 2009.
ERNAUX, Annie, *Una mujer*, Barcelona, Seix Barral, 1988.
EURÍPIDES, *Ifigenia en Áulide, Alcestes, Electra*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1998.
FLAUBERT, Gustave, *Correspondence*, París, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 2007.
FONTAINE, Brigitte y Areski BELKACEM, «Prohibition», Universal Music Publishing Group, Allo Music Editions, 2009.
FOUCAULT, Michel, *Il faut défendre la société: cours au Collège de France*, París, Éditions du Seuil, 1997.
GIROUD, Françoise, *Journal d'une parisienne*, París, Éditions du Seuil, 1995.
GODARD, Jean-Luc, *Adieu au langage*, Alain Sarde-Wild Bunch, 2014.
GORZ, André, *Carta a D.: una historia de amor*, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.
—, *Le vieillissement*, París, Gallimard, 2005.
GROULT, Benoîte, *Journal d'Irlande*, París, Grasset, 2018.
GUIZOT, François, *Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*, t. 3, Clermont-Ferrand, Paleo, 2003.
GUYOTAT, Pierre, *Divers*, París, Les Belles Lettres, 2019.
HESSE, Hermann, *Elogio de la vejez*, Barcelona, El Aleph Editores, 2011.
HOKUSAI, Katsushika, posfacio a *Cent Vues du mont Fuji*, 1831-1833.
HUGO, Victor, *L'art d'être grand père*, París, Gallimard, 2002 [Hay trad. cast., *El arte de ser abuelo*, Palma de Mallorca, Ediciones La Lucerna, 2017].
HUSTVEDT, Siri, *Recuerdos del futuro*, Barcelona, Seix Barral, 2019.
IONESCO, Eugène, *La quête intermittente*, París, Gallimard, 1987.
JANKÉLÉVITCH, Vladimir, *La muerte*, Valencia, Pre-Textos, 2002.
JULIET, Charles, *Dans la lumière des saisons*, París, POL, 1991.
KANT, Immanuel, *Cimentación para la metafísica de las costumbres*, Madrid, Aguilar, 1968.
LANZMANN, Claude, *La liebre de la Patagonia*, Barcelona, Seix Barral, 2011.
LEIRIS, Michel, *Fréle bruit*, París, Gallimard, 2009.

LÉVI-STRAUSS, Claude, discurso sobre su experiencia de la vejez, transcrito por Roger-Pol Droit con el aval del interesado en el diario *Le Monde*, disponible en: <https://www.lemonde.fr/disparitions/article/2009/11/04/1999-comme-un-hologramme-brise_1262645_3382.html>.

MAURIAC, François, *Nouveaux mémoires intérieurs*, París, Flammarion, 1965. Con la gentil autorización de Flammarion.

MONTAIGNE, Michel de, *Ensayos completos*, Madrid, Cátedra, 2010.

NIZAN, Paul, *Aden Arabia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

NORÉN, Lars, *Poussière*, París, L'Arche, 2018.

PACHET, Pierre, *Un écrivain aux aguets*, Pauvert, departamento de la librería Arthème Fayard, 2020 para la presente edición.

PROUST, Marcel, *En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado*, Barcelona, Lumen, 2009.

QUIGNARD, Pascal, *La vida no es una biografía*, Asociación Shangrila Textos Aparte, 2020.

RICŒUR, Paul, *Vivant jusqu'à la mort*, París, Éditions du Seuil, 2007, «Points Essais», 2019.

ROLIN, Dominique, *Lettres à Philippe Sollers 1958-1980*, París, Gallimard, 2018.

—, *Plaisirs*, seguido de *Messages secrets*. Conversaciones con Patricia Boyer de Latour, París, Gallimard, 2019.

ROSSET, Clément, *Lo real: tratado de la idiotez*, Valencia, Pre-Textos, 2004.

ROTH, Philip, *El animal moribundo*, Barcelona, Debolsillo, 2008.

SACKS, Oliver, *Gratitud*, Barcelona, Anagrama, 2013.

SAND, George y Gustave FLAUBERT, *Correspondencia*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2010.

SAND, George, *Correspondence*, París, Garnier, 1964.

SARRAUTE, Nathalie, *Infancia*, Madrid, Alfaguara, 1984.

SÉNECA, Lucio Anneo, *Sobre la brevedad de la vida, el ocio y la felicidad*, Barcelona, Cuadernos del Acantilado, 2013.

SIGNORET, Simone, *La nostalgia ya no es lo que era*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

SIMENON, Georges, *La huida*, Barcelona, Tusquets Editores, 2005.

SHAKESPEARE, William, *El rey Lear*, Barcelona, Vitae Ediciones, 2005.

SÓFOCLES, *Antígona; Edipo rey; Electra; Edipo en Colono*, Barcelona, Planeta DeAgostini, 1995.

Tomasi di Lampedusa, Giuseppe, *El gatopardo*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.
Vigan, Delphine de, *Las gratitudes*, Barcelona, Anagrama, 2021.
Vilas, Manuel, *Ordesa*, Madrid, Alfaguara, 2018.
Woolf, Virginia, *Journal intégral*, París, Stock, 2008.

# Notas

1. La traducción de todas las citas referenciadas es mía. *(N. de la T.)*

2. La autora se refiere aquí al libro *Cosas vistas*, de Victor Hugo. *(N. de la T.)*

1. Ludovico Ariosto, poeta italiano autor del poema épico *Orlando furioso*. *(N. de la T.)*

*La viajera de noche*
Laure Adler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La voyageuse de nuit*

© 2020, Laure Adler
© 2020, Éditions Grasset & Fasquelle

© 2022, Isabel de Miquel Serra, por la traducción
El coste de esta traducción ha sido cubierto por una subvención concedida por el
Centre National du Livre, al que agradecemos su apoyo.

© del diseño e ilustración de la cubierta, Studio Patten

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2022

ISBN: 978-84-344-3578-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!